



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

---

# **¿Mujeres que vivimos solas?: habitando hogares unipersonales desde el género y las relaciones más que humanas**

**Andrea Gómez Mora**

Universidad Nacional de Colombia  
Facultad Ciencias Humanas, Escuela de Estudios de Género  
Bogotá, Colombia  
2017



# **¿Mujeres que vivimos solas?: habitando hogares unipersonales desde el género y las relaciones más que humanas**

**Andrea Gómez Mora**

Tesis o trabajo de investigación presentada(o) como requisito parcial para optar al título  
de:

Magister en Estudios de Género

Director (a):

Tania Pérez Bustos, PhD.

Línea de Investigación:

Globalización, desigualdades sociales y políticas públicas.

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Ciencias Humanas, Escuela de Estudios de Género

Bogotá, Colombia

2017



*Dedico este trabajo a todas las personas que estuvieron presentes en el proceso de elaboración de mi tesis. A mi familia que emocional y materialmente me acompañó durante el desarrollo de la maestría y culminación de la misma. A mis amigas de estudio Priscila, Paulin, Alexandra, Sthefania y Martina quienes cada una a su manera, lidiaron mis crisis y creyeron en mi trabajo.*

*Hago también una dedicación especial al lugar dónde se gestó este trabajo, la Escuela de Estudios de Género, desde la cual aportaron con sus conocimientos, clases, asesorías en cada uno de los procesos las maestras Luz Gabriela Arango, Sonia Vargas, Mara Viveros y en especial a mi asesora la maestra Tania Pérez Bustos quien con sus enseñanzas, consejos, y muy valiosos conocimientos y dedicación no hubiera sido posible escribir este trabajo y haber podido ver, lo que ella me ayudó a descubrir y comprender.*



## **Agradecimientos**

Agradezco a las mujeres que participaron de este trabajo y que compartieron conmigo sus historias, experiencias del habitar y dejaron adentrarme a sus espacios. Así como ser testigo de sus vínculos más que humanos con sus mascotas, plantas, de sus relaciones con el espacio y también familiares, mil gracias a ellas.





## Resumen

El presente trabajo propone un análisis de la experiencia de seis mujeres de diferentes edades en las que me incluyo, que habitamos hogares unipersonales en Bogotá, desde el género y su relación con el espacio. Este ejercicio pretende comprender las razones que nos llevaron a transitar hacia el habitar hogares unipersonales y las relaciones que desde allí establecemos con el espacio. En las cuales desarrollamos vínculos que cuestionan ¿el qué tan solas vivimos?, cuándo desde el habitar establecemos relaciones más que humanas. De esta manera los tránsitos y relaciones que desde el espacio se desarrollan, hacemos y rehacemos el género, en este caso lo femenino, al tiempo que logramos por momentos replantear las construcciones socialmente normadas del habitar. Por tanto desde una perspectiva de la geografía feminista y desde las ecologías queer se comprende la experiencia del vivir solas, así como las representaciones que se tienen del habitar hacia el futuro.

Palabras clave: hogares unipersonales, no humanos, geografía feminista, relaciones de género, materialidades, vivir solas.

## Abstract

This paper proposes an analysis of the experience of six women of different ages in which I include myself, who inhabit single-person homes in Bogotá, from the gender and its relationship with space. This exercise aims to understand the reasons that led us to move towards inhabiting single-person homes and the relationships we establish from there with space. In which we develop links that question "what are we alone?", When from living we establish more than human relationships. In this way the transits and relationships that develop from space, we do and remake the genre, in this case the feminine, while at times we achieve rethinking the socially normed constructions of inhabiting. Therefore, from a perspective of feminist geography and from queer ecologies, the experience of living alone is understood, as well as the representations of living towards the future.

Keywords: single-person homes, non-human, feminist geography, gender relations, materialities, living alone.

# Contenido

	Pág.
<b>Resumen .....</b>	<b>IX</b>
<b>Lista de figuras.....</b>	<b>XII</b>
<b>Introducción: mi experiencia viviendo sola y el cómo surge el interés de esta investigación .....</b>	<b>1</b>
1.1    Acercamiento a la información .....	4
1.2    Aproximaciones teóricas.....	7
1.3    Preguntas .....	10
1.4    Sobre las mujeres y aplicación de la metodología .....	11
<b>2.    Capítulo 1 Transitando en el espacio .....</b>	<b>17</b>
2.1    Repensando el espacio .....	17
2.1.1    Control desde el espacio.....	18
2.1.2    Control del tiempo .....	21
2.1.3    Control de las relaciones.....	26
2.1.4    Controles sociales externos .....	27
2.2    Domesticando el espacio.....	29
2.2.1    Espacios para una .....	29
2.2.2    Decoración y otros objetos.....	37
2.2.3    La habitación, la cocina y otros lugares de la casa.....	53
<b>3.    Capítulo 2 Mujeres que viven solas, pero en relación con otros .....</b>	<b>71</b>
3.1    Vivir solas, con mascotas y plantas .....	72
3.1.1    Perros y gatos que acompañan.....	74
3.1.2    Las plantas.....	87
3.2    Objetos que acompañan.....	99
3.2.1    Habitando con los objetos .....	100
3.2.2    Los objetos en las relaciones con otros.....	109
<b>4.    Conclusiones.....</b>	<b>117</b>
4.1    Habitando con una misma .....	117
4.2    ¿Pero... qué tan solas vivimos? .....	120
4.3    ¿Vivir sola en el futuro? .....	123
<b>A.    Anexo: preguntas orientadoras y momentos de la investigación. ....</b>	<b>127</b>
<b>Bibliografía .....</b>	<b>131</b>

## Lista de figuras

**Pág.**

Figura 2-1 Lugar de la casa que más me agrada o por momento más me gusta. ....	39
Figura 2-2 Uno de los momentos y espacios de la casa del que más disfruta Carolina...	42
Figura 2-3 Uno de los espacios de la casa dónde Carolina pasa más tiempo. ....	44
Figura 2-4 Objeto de la casa que para Gina es el que más la representa. ....	46
Figura 2-5 Este es uno de los espacios de la casa que a Gina le gusta, pero también es en el que más pasa tiempo y en el cual también socializa. ....	50
Figura 2-6 Objetos que para Ángela tiene mucho significado.....	52
Figura 2-7 La cocina y el lavadero son los espacios que menos me agradan de la casa.	56
Figura 2-8 El lavadero es uno de los espacios de la casa que menos le gustan a Ángela. ....	58
Figura 2-9 La cocina es otros de los espacios de la casa que menos le agradan a Ángela. ....	59
Figura 2-10 La cocina es uno de los espacios de la casa que menos le agradan a Carolina. ....	61
Figura 2-11 El lavadero uno de los espacios de la casa que menos le agradan a Gina. .	62
Figura 2-12 La cocina es un espacio significativo para Gina. ....	65
Figura 2-13 El cuarto y en especial la cama es lugar y el objeto que Ángela más disfruta. ....	67
Figura 2-14 El cuarto es el espacio que Gina más disfruta. ....	69
Figura 3-1 La compañía de Ángela sus mascotas Prometeo y Gaia. ....	75
Figura 3-2 Prometeo y Gaia en la sala de la casa de Ángela. ....	78
Figura 3-3 Hannie la perrita de Martha, en su silla favorita.....	80
Figura 3-4 Mona, mi gata. ....	84
Figura 3-5 Las plantas de Martha.....	90
Figura 3-6 Mi compañía también son las plantas. ....	92
Figura 3-7 Las plantas de Martha, ubicadas en el pasillo a la entrada de su casa. ....	94
Figura 3-8 Las plantas de Carolina. ....	96
Figura 3-9 Otra de las plantas de Carolina.....	97
Figura 3-10 El televisor de mi cuarto.....	103
Figura 3-11 El televisor de mi sala. ....	103
Figura 3-12 La radio en mi baño. ....	104
Figura 3-13 Libros de Carolina. ....	108
Figura 3-14 Los libros de Carolina en la sala. ....	108

## **Introducción: mi experiencia viviendo sola y el cómo surge el interés de esta investigación**

Vivo sola en Bogotá hace aproximadamente 7 años. Esto pasa luego de vivir 17 años con mi familia en Girardot. Llego a la ciudad motivada por el deseo de estudiar una carrera profesional. Al inicio viví en casa de familiares y residencias universitarias, pero luego decido que es momento de tener un espacio propio. Esto gracias a las gratas y no tan gratas experiencias de compartir con otras personas un mismo espacio. Viviendo con otras personas tuve que integrarme y adaptarme a reglas, ajustarme a los espacios de ellas, a sus costumbres, dinámicas y normas. Acostumbrarme y acomodarme a sus formas de alimentación y sus horarios. Compartir y regular mis tiempos en el uso del baño común y en el momento y el espacio para estudiar. No podía durar hasta altas horas de la noche preparando clases o leyendo pues ello dificultaba el descanso de las y los demás. Ver televisión o escuchar música era algo que también era controlado. Incluso estar en la habitación era un asunto poco íntimo, pues hasta ese espacio era compartido con más personas.

Vivir con otras personas familiares, en particular, también me hacía encontrarme bajo su cuidado. Mi tía y mis padres estaban siempre pendientes de mis llegadas tarde, por lo que debía avisar dónde me encontraba e informar si me quedaba fuera de casa. Esto no pasaba en la residencia universitaria, allí no sólo tenía una habitación propia sino también mayor libertad, pues no daba cuenta de lo que hacía. Sin embargo, en ocasiones sentía mayor vigilancia por la dueña de casa, en particular por el tipo de relaciones afectivas que teníamos con hombres, siempre preguntaba con quién andábamos, y de sí regularmente estábamos en casa o fuera de ella.

En la residencia también teníamos horarios para comer, pues el desayuno, almuerzo y cena se servían en horarios específicos, y de no asistir a tiempo nos quedábamos sin estos. No podíamos socializar con nuestras amigas o amigos en nuestros cuartos, sino

en la sala. Asimismo, teníamos prohibido beber o fumar, o tener relaciones sexuales en la casa. Si bien la convivencia allí era enriquecedora pues se conocían personas de diferentes lugares del país, en ocasiones se tornaba molesta por las costumbres y temperamentos diferentes de cada quien.

Estas situaciones dan cuenta cómo el espacio, siguiendo a Lia Karsten y Donny Merteens (1991) alberga dimensiones opresivas y restrictivas respecto de las relaciones y construcciones de género. Éstas, nos dice Irene Cieraad (1999), revelan normas y lineamientos que desde temprana edad adquirimos en casa. Por tanto, este es un espacio en el que se evidencian también relaciones de poder y jerarquías a partir de las cuales surgen normas y se determinan roles, actuaciones, como también el lugar a ocupar de hombres y mujeres. De este modo la casa más que un espacio geográfico delimitado es también un lugar que se construye a partir de las relaciones que allí se desarrollan, en este caso con nuestras familias u otras personas con quienes vivimos.

Estas experiencias de control y vigilancia, de regulación, que tuve cuando viví con otras personas, me llevaron a decidir habitar un espacio propio. Quería manejar mis propios tiempos, espacios y haceres. Si bien esto ocurre en mis veinte años, el deseo de vivir sola estaba presente en mí desde muy pequeña: quería salir de casa, abandonar el espacio de control y dominio que sentía en la casa paterna en la que crecí, distanciarme de mi padre y mi abuelo, quienes eran los que ejercían ese control (sobre esto volveré en el primer capítulo). Paradójicamente, este deseo fue posible gracias al apoyo emocional y económico de mi familia. En el 2009 consigo un pequeño apartamento para arrendar en el sur occidente de Bogotá, en un barrio popular, acogedor, rodeado de ventas informales, mercados de frutas y que alberga un gran número de residencias en conjuntos cerrados. Es un apartamento pequeño, al que hice mi espacio, un lugar solo para mí. Podía disfrutar de un baño para mi sola, de poder preparar mis propios alimentos, comer a la hora que deseaba, ver lo que se me antojara en la televisión, estudiar hasta tarde. Adornar el espacio a mi gusto y compartir allí con mis amigas, familia, pareja y mascotas. Así como no tener que dar cuenta de dónde estoy o de si llegó tarde.

Tener un lugar propio, es también poder tomar decisiones sobre mi espacio y sobre mi misma, y así construir mayor independencia y autonomía. Sin embargo, en el vivir sola

también experimento tensiones, se enfrenta una sola a la economía, en ocasiones a la soledad, a la casa misma y a su materialidad. Pero también generamos y establecemos otros vínculos con los objetos, así como con nuestras mascotas y plantas. Al tiempo que se ven transformadas las relaciones con otras y otros, por ejemplo la familia, la pareja, las vecinas, amigos y amigas.

De esta manera la experiencia de vivir sola, puede ejemplificarse con lo que expresa Woolf (2008) sobre una habitación propia, un lugar desde el cual se hace posible escribir nuestra propia vida. Una oportunidad, pero también un privilegio desde el que podemos experimentar materialmente ciertas libertades con el espacio y con nosotras mismas, así como vivenciar solas ciertas tensiones; ambas cosas que en conjunto constituyen nuestra identidad. Vivir solas se presenta como una forma, no sólo de rehacer el espacio, el habitar, sino además de encontrarnos de otra manera con nosotras mismas.

El vivir sola se presenta para mí, no sólo como una posibilidad de vivir lejos de la vigilancia y el control de los espacios por parte de otras personas, sino también como una oportunidad para experimentar una relación particular con el espacio, conmigo misma, con los objetos y otros seres con los que habito y que en conjunto construyen un sentido de hogar particular: Un lugar en el que hago y rehago construcciones de género relacionados con el habitar la casa. Es así que, viviendo sola se constituyen otras relaciones más allá de lo humano, en la que se descolocan las formas socialmente normadas de habitar y construir el hogar, pues reconocemos e interactuamos desde otros lugares y sentires con los objetos, las mascotas, plantas y tecnologías.

Estas experiencias mueven mi interés en la escritura de esta tesis, y desde allí el querer argumentar de qué manera el espacio es un lugar de poder e identidad desde el cual podemos crecer y desarrollar otras relaciones con nosotras mismas, al tiempo que se configuran formas particulares del habitar. Carmen Alborch (1999) refiere a esto cómo una relación con nosotras mismas que evoca autonomía, responsabilidad y realización personal, que surge en el vivir solas y que contiene aspectos favorables y problemáticos como cuando se vive acompañada. Junto con eso, el hogar unipersonal es un espacio que posibilita construir y desarrollar otras relaciones en las que se muestra la casa como un lugar complejo, como un lugar más que humano (Will McKeithen, 2017).

En este contexto sitúo mi experiencia y desde ella enmarco mis preguntas de investigación que interpelan la experiencia de otras mujeres que como yo también viven solas: ¿cuáles fueron los motivos que las llevaron a vivir en un hogar unipersonal? ¿Cómo ha sido su relación con el espacio? ¿Cómo se desarrollan allí las construcciones de género? ¿Cómo se hace o se replantea la construcción del hogar cuando se vive sola? ¿Cuáles son las representaciones que se tiene del vivir solas? ¿Cuáles han sido las experiencias de tensión pero también de disfrute desde el vivir solas?

Dichas preguntas se encuentran atravesando el deseo por comprender mi experiencia de vivir sola en diálogo con la de otras mujeres, junto con las cuales quiero indagar por las construcciones de género y la relación con el espacio. A continuación presento cómo dichas inquietudes trazaron un camino en la búsqueda de información, datos, artículos y demás documentos, así como también marcaron las aproximaciones teóricas y metodológicas frente al tema. Luego presento como fui profundizando en el tema a través de la información que fui encontrando y de la teoría que me ayudó a entender y analizar esta información. Por último refiero sobre la manera en que se realizó el acercamiento a las mujeres y cómo se desarrolló el trabajo con ellas, además de contextualizar quiénes son.

### **1.1 Acercamiento a la información**

Las preguntas que referí hace un momento orientaron mi revisión de literatura sobre el tema. Lo primero que encontré fue que mujeres de más de 65 años son quienes mayormente habitan hogares unipersonales. Esto producto de circunstancias como la viudez o por causa de que sus hijos e hijas dejan el hogar paterno o materno para establecer su propio hogar. Algunos informes también muestran, sin embargo, que este no es un fenómeno sólo característico de mujeres adultas mayores, ya que en países como Dinamarca, Finlandia, Alemania, Suecia y países bajos, cada vez más personas mayores y menores de 25 años optan por vivir solas. Así, habitar un hogar unipersonal se está convirtiendo en un estilo de vida de hombres y mujeres. Para estas últimas, bien sean mujeres solteras, separadas o divorciadas, el vivir solas es una opción que como en mi caso puede estar orientada por la búsqueda de mayor libertad e independencia. (Cámara Argentina de Agencias de Medios, 2011; Instituto Nacional de Estadística en España, 2014; López Villanueva, C., & Pujadas Rúbies, I., 2011)



Sobre esto, nos señala Irma Arriagada (2007) que la modernización y la globalización han producido cada vez más diversidad en las familias y con ello el aumento de hogares unipersonales en personas jóvenes, que buscan espacios y procesos tendientes a construirse como individuos independientes. Este ha sido un poco mi caso, el vivir sola es una opción en la búsqueda de un espacio propio, un lugar lejos de los controles sociales y de género, en las que se replantean las construcciones normativas del hogar familiar. Yo decido vivir sola buscando mi realización profesional y económica, pero también buscando construir un espacio para la autonomía e independencia, un espacio que a su vez me permite ir replanteando el querer vivir en pareja o tener hijos o hijas, para configurar un deseo individual de realización o encuentro personal que no se vincula con las formas socialmente establecidas de habitar un hogar.

En Colombia el DANE señala que entre 1993-2005 se registra una disminución en el número de personas por hogar en las zonas urbanas, así como un alto crecimiento de hogares conformados por una y dos personas. Estos hogares son característicos de personas solteras, estudiantes y/o trabajadoras. En ocasiones de personas que emigran de ciudades donde las ofertas de empleo y estudio son deficientes; como en mi caso, que migré a la ciudad de Bogotá con el fin de poder estudiar una carrera profesional y desarrollar una vida laboral, que en Girardot era mucho más difícil emprender. El DANE también plantea que la disminución del número de personas por hogar se encuentra relacionada, también, con la transición demográfica que vive Colombia en las últimas décadas, debido a la reducción en las tasas de crecimiento de la población y continuo envejecimiento; aspectos que se encuentra acompañados de un incremento en la urbanización, cambios en el sector educativo, de salud y desarrollo tecnológico, producto del impacto de la globalización. Estos son factores que también inciden en el incremento de los hogares monoparentales, unipersonales, y biparentales ya que los cambios demográficos traen consigo transformaciones en las formas de la organización del hogar, en la que elementos como la reducción en el número de embarazos, y a su vez el acceso al espacio laboral y académico de las mujeres, como también los cambios en las percepciones y estilos de vida, se encuentra incidiendo en la aumento de la conformación de dichos hogares. (Encuesta Nacional de Demografía y Salud – ENDS, 1990 -2010).

Algunos de los aspectos que el DANE y Profamilia señalan como explicativos de las transformaciones en la configuración de los hogares, son la ruptura entre las prácticas de

sexualidad y matrimonio, y el incremento en la reducción de las tasas de fecundidad, entre otros. Estos son cambios asociados a las transformaciones en la estructura de los roles productivos y reproductivos en las familias, como resultado del avance en la autonomía de las mujeres y su participación laboral. Sobre ello, el informe Poblaciones, demografía y diversidad: hacia la inclusión y la equidad en Bogotá (2014) plantea que el aumento en el número de hogares unipersonales, se ha dado, principalmente, en las localidades de Teusaquillo, Chapinero y Usaquén, donde residen gran parte de hombres y mujeres estudiantes y profesionales.

Ahora bien, aunque dicha información explora algunas de las razones generales del incremento de las personas que viven solas, esta información se queda corta para hablar de la complejidad de dicha experiencia, y en específico de las mujeres, pues no se adentran en mostrar elementos más complejos de lo que significa estas formas de habitar y de las formas en que ello se construye. Los estudios de Lucy Gutiérrez (2010) y Patricia Uribe (2015) contribuyen a ampliar la mirada acerca de lo que significa vivir en un hogar unipersonal o mejor, la experiencia de vivir solos y solas. Allí se identifican una serie de características particulares, como las rutas de entrada y conformación de los hogares unipersonales, las experiencias significativas de sus miembros, su vida cotidiana y los conflictos que se encuentran articulados a su conformación y estructura. Con sus reflexiones, estas autoras complejizan la comprensión de lo que significa vivir solas. Señalan que la experiencia de vivir solas y solos, por ejemplo, no excluye relaciones eróticas o de pareja y familiares. Así, quienes habitan hogares unipersonales se ven inmersos en redes sociales más amplias lo que cuestiona la idea de soledad que a veces se atribuye a esta forma de habitar.

De manera similar los motivos que mueven a las personas a vivir solas alberga diferentes causas, por ejemplo el aplazamiento de una forma de vida como el matrimonio, o el desplazamiento forzado, o por motivos de trabajo o estudio. Para Gutiérrez (2010) y Uribe (2015) la experiencia de esta forma de vida, evidencia también que el hogar se convierte en un espacio vital y esencial que posibilita la estabilidad y la intimidad de aquellos que lo habitan; en ese sentido explica cómo en ocasiones hombres y mujeres construyen nuevas percepciones sobre los roles atribuidos socialmente al espacio de la casa, en las que independientemente del género, esta vivencia contribuye a la

construcción de la independencia, la libertad, la responsabilidad, la autonomía, propias de la construcción de un espacio propio.

Estos son aspectos que contribuyen a analizar lo que acontece en el espacio que habitamos con nosotras mismas, la forma en que experimentamos el vivir solas, y sobre todo las implicaciones que tiene la materialidad del espacio en ese habitar, así como las múltiples relaciones que allí desarrollamos, lo que exige una mirada mucho más rica para desentrañar y profundizar esta experiencia. Con miras a contribuir en esta dirección en esta tesis hago uso de la geografía feminista para analizar las relaciones de género desde la interacción con el espacio. Este enfoque me permite dar cuenta de las concepciones sociales de lo femenino y masculino que se interrelacionan con la naturaleza del lugar, al tiempo que estas se reflejan y afectan mutuamente (McDowell, 2000). Este enfoque también me ha dado herramientas metodológicas, para comprender el vivir solas y las relaciones socio-materiales que de allí se derivan, para entender cómo el espacio que habitamos con nosotras mismas construye y reconstruye el género, lo hace y deshace.

## **1.2 Aproximaciones teóricas**

En esta investigación acudo a McDowell (2000) para abordar la Geografía Feminista como una perspectiva que me permite comprender la categoría de lugar, como un conjunto de relaciones sociales, materiales y de género que inciden en la configuración del espacio, y cómo este a su vez reproduce dicha configuración. Un conjunto complejo de relaciones que se entrecruzan y operan en función de unas ideas y representaciones, así como también de imágenes y símbolos que son cada vez más variables y complejos.

Para McDowell la noción de espacio desde la geografía feminista, cuestiona la idea geográfica de lugar como delimitado, estático, definido o como algo dado, para entenderlo en continua construcción, conflicto, fluidez e inseguridades. En esa medida para esta autora lo que define un lugar son las dinámicas socio-espaciales, las relaciones de poder, de exclusión, de género, que configuran un lugar cambiante, pero que lo hacen histórico. Por tanto estos elementos hacen que los espacios se superpongan, entrecrucen, y ello hace que sus límites sean variados y móviles.

Dicho esto, la geografía feminista nos permite pensar el espacio de quienes vivimos solas, como espacios que hacemos todo el tiempo. En ellos se enmarcan, no sólo las relaciones sociales, sino también las relaciones materiales y emocionales, a través de las cuales se reproducen y a su vez reconfiguran órdenes sociales del habitar. En la interacción con el espacio las concepciones sociales de lo femenino y masculino se configuran con y en el lugar, al tiempo que estas se reflejan y afectan mutuamente.

Así, desde esta perspectiva es importante entender las dinámicas cotidianas, locales desde la cuales podemos dar cuenta de las relaciones, pautas y demás dinámicas situadas en la vida diaria, en especial en el espacio de quienes vivimos solas, es decir nuestras casas. Desde estos abordajes el espacio construye y organiza las relaciones de género de formas particulares, al tiempo que lo resignificamos a través de la experiencia de quienes le habitamos. Las emociones, tensiones, disfrutes, así como representaciones, desde las cuales le percibimos, dan cuenta de una conexión permanente que construimos con la espacialidad y su materialidad (McDowell, 2000). Es en esa interacción que nos hacemos con los lugares, los intervenimos, transformamos, construimos, pero también nos encontramos con estos en continua negociación.

Dicho esto, es importante comprender que las relaciones que establecemos en el espacio son también relaciones materiales, pues estos lugares son también físicos, tangibles, albergan objetos, que en conjunto también se encuentran definiendo allí las relaciones. Razón por la que es imposible entender las relaciones socio-espaciales sin dimensionar su aspecto material. Según Latour (2008) toda relación que establecemos esta materialmente transversalizada, es heterogénea, une múltiples planos: lo físico, lo ideológico, lo tecnológico y hasta lo político. Todo se mueve y se hace posible en conjunto con lo material. En este sentido, lo material no es sólo mediador de las acciones sino actor, es decir las materialidades son activas en la configuración de relaciones, que determinan las acciones que producen lo social. De esta manera en las relaciones socio-materiales lo material (artefactos, máquinas, archivos, edificios, animales, cuerpos etc.), la casa y aquello que materialmente la habita tiene una capacidad de afectación sobre nosotras. Nos mueven, nos tocan e intervienen nuestras decisiones, pero también nos construyen.

Para quienes vivimos solas, las relaciones que establecemos con nuestros hogares, y allí con los objetos, posibilitan la experiencia de habitar y dan sentido a la construcción de hogar, es decir en las relaciones socio-materiales significamos el espacio, se desarrollan sensaciones de placer, tranquilidad, seguridad, anhelos, pero también recuerdos con los cuales construimos subjetividad. Por tanto las relaciones socio-materiales en la experiencia de vivir solas se dan en el vínculo que construimos con el lugar, las rutinas que establecemos, las modificaciones que llevamos a cabo en el espacio, y en general la manera en que vamos habitando la casa; allí, gracias al conjunto de relaciones materiales con las cuales somos en este espacio, se va configurando un lugar propio. Es así que la intimidad, la autonomía, y la responsabilidad se experimentan y mueven por los espacios en los que devenimos en relaciones más que humanas que involucran objetos y otros seres.

De hecho, las construcciones de género y de lo femenino, se hacen y re hacen materialmente. En el vivir solas nos vemos sujetas a configurar otro tipo de relaciones con nosotras mismas, por los espacios y las acciones que allí desarrollamos. El cuarto, la cocina, los arreglos de la casa, nuestro tiempo libre y hasta nuestra sexualidad se determinan en función de diversos objetos, al tiempo que configuran nuestra relación con los demás. Sin embargo, no sólo los objetos definen nuestro habitar. Habitamos solas también con otros seres vivos que nos acompañan en su naturaleza más que humana. Hablo aquí de las mascotas y las plantas y del papel fundamental que cumplen en nuestra experiencia de vivir solas.

Sobre esto, Shillington (2008) señala que la casa es social, imaginaria y material, pero que a su vez es un territorio más que humano, en el que establecemos conexiones espacialmente íntimas con la naturaleza. En ese sentido, reconozco aquí que cuando hacemos hogar, este desarrolla gracias a un entramado relaciones donde se forman, negocian y desafían las relaciones humanas con el llamado entorno natural, es decir con las entidades vivas con las que compartimos nuestra cotidianidad. Para ello retomo el concepto de ecologías queer del hogar, expuesto por McKeithen (2017), y desde allí entiendo cómo las relaciones más que humanas modifican las rutinas, la intimidad, los afectos, la sexualidad y la compañía, al tiempo que cuestionan las construcciones heteronormativas del habitar.

Por tanto el sentido de hogar se desarrolla debido a las diferentes relaciones que establecemos en el espacio, este se abre geográficamente para dar cuenta de relaciones más allá de lo espacial y alberga diferentes vínculos: materiales, con otras especies, al tiempo que se reconfiguran las relaciones humanas. McDowell (2000) por ejemplo habla del hogar como un espacio en el se produce una unidad de los seres humanos con las cosas, una relación que se une a la memoria y la imaginación, que brinda sensaciones de placer, refugio, entre otras. De esta manera en el vivir solas generamos sentimientos de familiaridad, de protección, tranquilidad, de afecto, compañía que se desarrollan desde un lugar construido en una relacionalidad más que humana.

A partir de lo anterior busco dar respuesta a las preguntas o inquietudes que constituyen esta investigación, y con ello dar cuenta de la complejidad del vivir solas, de las diferentes experiencias y relaciones que allí se desarrollan, y cómo desde estas se construyen y deconstruyen a su vez relaciones de género, a la vez que se generan representaciones y deseos futuros del habitar, que en ocasiones pueden hacer de los espacios así como del vivir solas algo transitorio.

### **1.3 Preguntas**

En esta tesis me interesa comprender la complejidad de las experiencias de quiénes vivimos solas: los motivos que nos llevaron a vivir en hogares unipersonales, las relaciones que establecemos con y desde el espacio, así como las tensiones, placeres y representaciones del habitar que construimos. Todo esto con miras a dar cuenta de cómo ello construye el género y el espacio que habitamos.

Sitúe mis preguntas de investigación en tres ejes, por medio de las cuales ordené y recogí la información de mi experiencia y de las experiencias de otras como yo. El primer eje fueron los motivos. Allí abarqué una serie de preguntas acerca de las razones que motivaron a las mujeres, que a continuación describo, a vivir solas, así como también preguntas sobre ellas y sus vidas en general. El segundo eje recoge preguntas entorno a las experiencias del vivir solas, así como las tensiones y disfrutes de esta experiencia. Para recolectar información sobre estos dos ejes, realicé entrevistas semi-estructuradas y diálogos informales con ellas en diferentes encuentros, algunos de los cuales fueron en sus propias casas. En esas conversaciones compartí con ellas mi experiencia.

El tercer eje es el de las relaciones humanas y más que humanas a partir de la experiencia de vivir solas. Para éste indagué por las relaciones que se construyen en el hogar y a través de éste. Relaciones humanas, materiales y con otros seres vivos con los que habitamos e interactuamos. Para esto realicé con cada una de ellas una cartografía de su espacio doméstico a través de fotografías tomadas por las mujeres y en la cual yo también participé. Esta cartografía estuvo guiada por unas preguntas, con las cuales junto con las fotos busqué capturar espacios, momentos y compañías del habitar. Luego de que ellas tomaran las fotos tuve con cada una un nuevo encuentro en el que conversamos sobre estas cartografías y sobre los significados de las imágenes tomadas. En este ejercicio yo también compartí con ellas las imágenes de mi espacio.

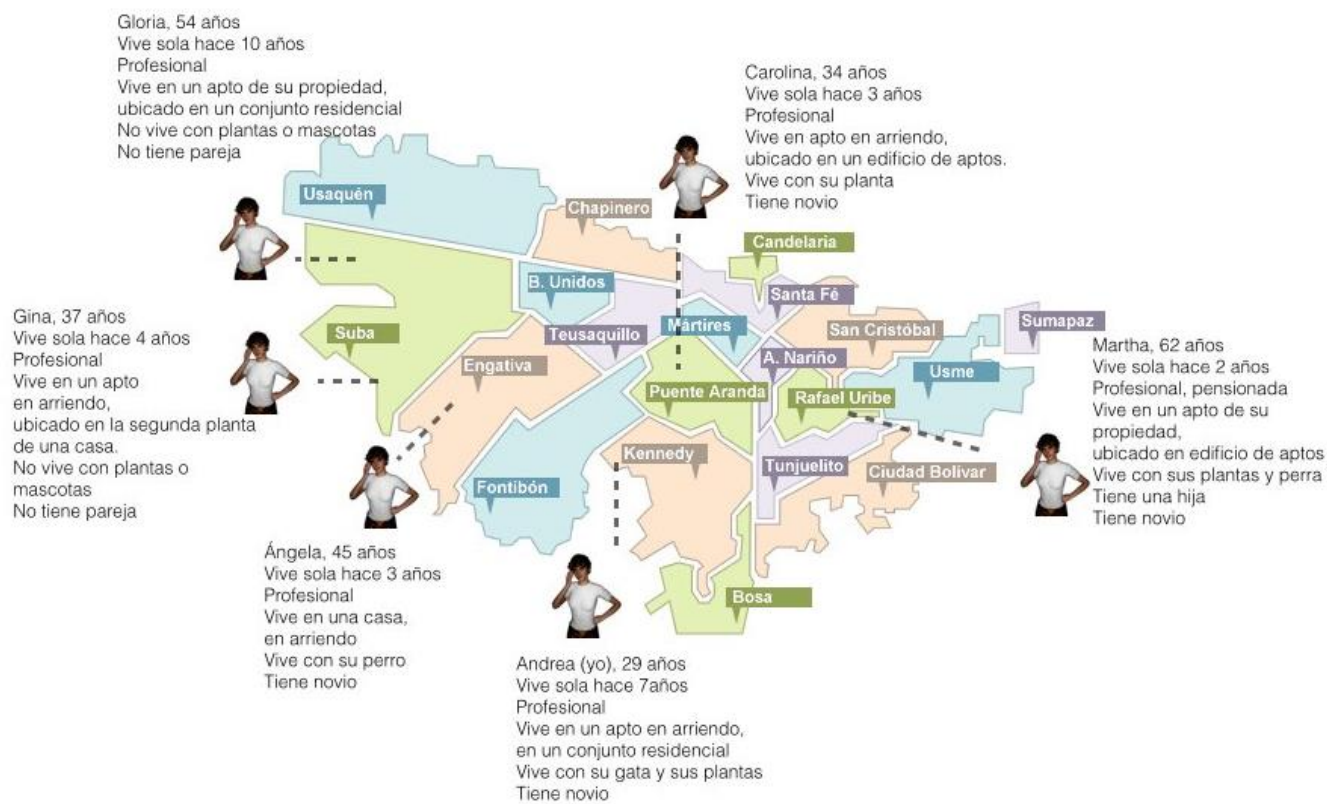
#### **1.4 Sobre las mujeres y aplicación de la metodología**

Inicialmente la selección de las mujeres para esta investigación, de la que también hago parte yo, tenía la pretensión de basarme en las estadísticas revisadas sobre hogares unipersonales para el caso de Bogotá. Sin embargo, no fue fácil ubicar mujeres que, siguiendo los datos, vivieran en localidades como Teusaquillo, Chapinero y Usaquén. Por un lado, encontraba muy pocas y por otro, cuando encontraba aquellas que aparecían eran mujeres que tenían un perfil similar. Por ejemplo, mujeres entre los 29 a 32 años, estudiantes, trabajadoras y sin hijas o hijos. Razón por la que decidí ampliar mi búsqueda en otras localidades a través de personas conocidas. Esto con el fin de encontrar diversidad de experiencias del habitar, motivos, historias y percepciones del vivir solas.

Durante el proceso de contactar a las mujeres que aquí participaron, algunas sorpresas aparecieron. La gente me hacía referencia constante a mujeres que vivían solas, pero que en realidad vivían con otras personas, como por ejemplo la abuela, la mamá o los hijos e hijas, como si el vivir sola representara la falta de presencia masculina, en especial ocupando el rol de esposo. En estas referencias se entendía que vivir sola era haberse quedado sola o sin pareja. Tuve que explicar que quería dialogar con mujeres que vivieran en un espacio solas, y que así tuvieran hijos o pareja, o familia, no vivieran con ellas. Con esta explicación, poco a poco, fui logrando que en el voz a voz me referenciaran el tipo de mujeres que estaba buscando. Es así que esta investigación está construida con base en mi trabajo en torno a las experiencias de vivir solas de cinco mujeres, seis conmigo, de diferentes edades y con diferentes historias, que se ubicaban

en distintas localidades de la ciudad, tal y cómo se muestra en la Figura 1-1 que aparece a continuación.

**Figura 1-1** Caracterización de las mujeres participantes de la investigación, de la ciudad de Bogotá.





En el primer contacto que establecí con ellas les expliqué en qué consistía la investigación y les pregunté si querían hacer parte de la misma. En este mismo encuentro les conté quien era y yo, y así nos fuimos conociendo un poco más; pues sólo con dos de estas cinco mujeres yo tenía una relación de amistad previa. Luego de este primer encuentro, acordamos una nueva fecha de diálogo para de manera más precisa hablar de la experiencia de vivir solas. Me reuní con cada una de ellas al menos tres veces. En los distintos encuentros indagué por las razones que las habían llevado a vivir solas, por aspectos relacionados con las experiencias del habitar, sus emociones o sensaciones del vivir solas, los cambios en las relaciones con ellas mismas y los demás, así como también sobre sus anhelos o proyecto del habitar en el futuro.

Los encuentros con estas mujeres me permitieron indagar y comprender, desde nuestras diversidades, las diferentes realidades del habitar (Baylina, 1997). En las conversaciones con las mujeres no sólo compartíamos vivencias sino también identificamos diferencias en nuestras historias. En esas conversaciones fuimos entendiendo que aunque vivíamos solas esta experiencia no significaba o representaba lo mismo para cada una de nosotras. Pude adentrarme en aspectos de la vida cotidiana y las rutinas de las mujeres, y observar allí las dinámicas que daban sentido el habitar de cada una, pero que también lo cuestionaban.

Para realizar la cartografía con imágenes les envíe previamente una serie de preguntas que tenían que ser respondidas a través de fotografías. Algunas de esas preguntas fueron:

- ¿Cuáles son los lugares de la casa que más le agradan o qué por momentos más le gustan o más disfruta?
- ¿Cuáles son los lugares que menos les gusta o qué por momentos menos le agradan?
- ¿Cuáles son los lugares más significativos?
- ¿Cuál es el objeto que más la representa?
- ¿Qué objetos, espacios o seres la hacen sentir acompañada?
- ¿Cuáles son los espacios en los que más tiempo pasa?
- ¿Cuáles son los lugares en que menos pasa tiempo?
- ¿Cuáles son los espacios de socialización o en los que comparte?

- ¿Cuáles son los espacios íntimos o privados o personales?
- ¿Qué espacios, lugares u objetos rodean su hogar?

Estas preguntas, así como las fotografías que fueron construyendo la cartografía del hogar de cada una, me permitieron comprender las construcciones y relaciones de género que se inscriben en el espacio y en las materialidades y cuerpos que lo componen. Con ellas pude rastrear las significaciones que damos a nuestros hogares y lo que les compone, las relaciones que allí establecemos y que en ocasiones dejan ver la delgada línea que separa lo público y lo privado. Pues los vínculos que establecemos desde el vivir solas con nosotras mismas, con las materialidades, con seres no humanos, así como con nuestras familias y parejas, se desarrollan desde y en el espacio de la casa y también se encuentran vinculados a interacciones que comúnmente se asocian con el afuera, la sociabilidad y las relaciones naturales.

Por otra parte, los diálogos con las mujeres, según los tiempos y los espacios en que se desarrollaron, permitieron que se generara confianza y cercanía entre nosotras. En ocasiones mientras conversábamos nos tomábamos un café, en otras oportunidades me invitaban a sus casas. A veces me permitieron grabar las charlas, otras veces no, por lo que según los espacios y el momento preferí tomar notas de nuestros diálogos de manera presencial, o al llegar a casa.

El proceso de recolección de información duró aproximadamente cuatro meses del segundo semestre de 2016. Luego de esto transcribí las grabaciones y sistematicé esto con mis notas de campo. Para ello utilicé las categorías que fui desarrollando con base en la teoría y la información que iba recogiendo. En el proceso de sistematización desarrollé tablas o grillas en las que fui tomando apartados de las entrevistas y de mis notas. Esta organización se fue enriqueciendo con un ir y venir constante sobre las entrevistas y las notas completas en diálogo con la literatura que iba revisando y que interpelaba mis propias preguntas.

Esta sistematización me condujo a la organización de este documento en dos capítulos. En el primero he querido dar cuenta de las razones que nos llevaron a vivir solas, y de los vínculos que en el vivir solas desarrollamos con nosotras mismas y con el espacio. En el segundo capítulo busco analizar y comprender las relaciones que surgen y se

desarrollan en el vivir solas. De esta manera en esta tesis he buscado dar cuenta de cómo llegamos a vivir solas, qué pasa con nosotras y con el espacio una vez vivimos solas, cómo ha sido la experiencia del ahora, y cómo dichas vivencias afectan nuestras forma de visualizar nuestro habitar en el futuro.



## **2 Capítulo 1 Transitando en el espacio**

En este capítulo doy cuenta de las transiciones que realizan las mujeres en los diferentes espacios y los motivos de dichas transiciones. En otras palabras, busco explicar los factores, que en relación al género, nos llevaron a dejar de vivir con nuestras familias, parejas u otras personas, para a transitar hacia un vivir solas. He titulado este primer apartado Repensando el espacio. Luego de esto analizo las transformaciones, cambios y transiciones de nosotras mismas en la relación con el espacio propio que vamos construyendo. Este apartado se llama Domesticando el espacio. Allí doy cuenta del papel de los objetos, la decoración y los haceres en el espacio de la casa en nuestro vivir en hogares unipersonales. Me interesa en este apartado dar cuenta de cómo esa domesticación hace posible experimentar otras relaciones desde y a través de la interacción con el espacio. En resumen, las dos partes que componen este capítulo dan cuenta de las razones que en relación al género conducen a la decisión de habitar hogares unipersonales y cómo una vez viviendo solas el espacio y los objetos, hacen y rehacen a su vez estas construcciones de género previas.

### **2.1 Repensando el espacio**

En este apartado doy cuenta de los motivos que llevaron a las mujeres a vivir solas, y cómo estos se hallan a su vez justificados en experiencias del habitar, en las que se inscriben construcciones y relaciones de género particulares. En otras palabras, las razones que hacen que las mujeres transiten en el espacio y construyan en ese transitar un espacio propio, tiene relación con los controles, regulaciones y vigilancias que como mujeres vivenciamos en casa de nuestras familias, parejas o en las que compartimos con otras personas, lugares en los que se constituyen y refuerzan sentidos de lo femenino.

Para entender el control que se desarrolla desde y a través del espacio, en este caso de la casa, hacia las mujeres me apoyo en Massey (1994) quien explica como el control espacial es un elemento de constitución de género, puesto que perpetua la división

sexual del espacio, en dónde la casa se convierte en lugar de identificación y de permanencia de las mujeres. Como muestro a continuación en las experiencias tanto de las mujeres con quienes dialogué, así como en la mía se desarrollan diferentes formas de control que buscan determinar el lugar y rol social de las mujeres. Estas formas de control desde el habitar con otros se ejerce desde el espacio y hacia el espacio mismo, desde el espacio y el uso del tiempo allí, y desde el espacio hacia relaciones que allí establecemos.

De este modo, los diferentes controles que experimentamos se encuentran significando y determinando el lugar de las mujeres, al tiempo que definen el espacio mismo. Así, la casa se configura según un orden social de diferencia sexual, en la que según Caballero (2016) el espacio mismo es ordenado y participa activo en su reproducción. Por tanto la casa, su expresión material, las relaciones que allí se desarrollan, dan cuenta de las desigualdades entre hombres y mujeres, aspectos que a su vez cuestionan la división espacial y social público – privado.

### **2.1.1 Control desde el espacio**

*Tengo el recuerdo de una llamada de mi mamá, estando yo ya viviendo sola en Bogotá, en la que me contaba que mi hermana estaba muy triste porque cuando sacó a pasear el perro, se encontró un gatito pequeño solo y maullando. Me dijo que mi hermana lo había consentido y que cuando ya se iban el gatito corrió tras suyo. Ella no se resistió a ese gesto de cariño y se lo llevó para la casa. Sin embargo, al llegar allí, mi papá se había puesto muy serio y le había dicho que no podía quedarse con el gato, pues ya teníamos un perro por lo que debían de buscarle otro hogar. Mi hermana triste y mi mamá muy disgustada, no tuvieron más que hacer, que buscar quien podría quedarse con él.*

*Al contarme dicha situación recordé las distintas veces que mi papá, mi abuelo o abuela me negaron la tenencia de animales, y mi mamá, a pesar de sus disgustos, poco podía hacer para apoyarme, pues el lugar dónde vivimos por mucho tiempo fue una casa propiedad de mis abuelos por parte de papá. Esta situación me generaba mucha frustración y recuerdo que en repetidas ocasiones siendo niña quise tener una casa tan solo mía. En ese entonces le decía a mi bisabuela que vendiera los aretes y me comprara una finca para tener todos mis animales. Me decía a mí misma que nunca me iba a casar, porque cuando estuviera grande, no quería que nadie me prohibiera tener mis animales.*

Este fragmento es parte de mi historia y de lo que yo siento que fueron las primeras sensaciones del querer vivir sola o de querer tener un espacio propio. En este caso, un espacio en el cual pudiera tomar la decisión de tener animales. Sin embargo, no fue hasta que entré a estudiar el pregrado y me desplazé a otra ciudad, lejos de mi familia, que sentí de nuevo la necesidad de vivir sola. Esto luego de tener que compartir los espacios en los que habité con otros familiares, viviendo en casa de mis tías, y residencias universitarias en las que compartía con otros estudiantes.

Estas experiencias fueron diversas, pero algo en común entre ellas, era que se encontraban mediadas por el control y la vigilancia por y desde el espacio. Un control sobre mis tiempos, que regulaba los horarios de salida, de llegada, para comer y hasta el poder compartir con amigos o con mi pareja. También eran espacios en los que se regulaba el uso del lugar: no podía dejar mucho tiempo las luces prendidas o estudiar hasta muy tarde, o ver televisión entrada en la noche, tampoco podía demorarme mucho en el baño. Estas regulaciones y controles dependían de negociaciones de con quién vivía, por lo que una forma de escapar a ello era vivir sola.

Para Cieraad (1999) las relaciones de poder en el hogar o en los diferentes espacios que habitamos se desarrollan desde la infancia, pues al encontrarnos al cuidado y protección de la familia, se adquiere a su vez normas y lineamientos a los que somos sometidos. Normas y lineamientos que están determinados en función del género. En otras palabras, socialmente, al interior de la casa se establecen órdenes y jerarquías entre padres, hijas e hijos o en relación con otros, que se desarrollan en función de la división social entre hombres y mujeres, la cual es generada y genera a su vez desigualdades sociales e históricas que aún persisten, y que evidencia la casa como parte de la reproducción social.

Estos aspectos pueden reflejarse en la historia que aparece al principio de este apartado, en dónde mi papá y mi abuelo eran quienes tomaban las decisiones en la casa y quienes proveían y mantenían económicamente la misma. Así mismo las rutinas que se llevaban a cabo allí giraban en torno a ellos, por ejemplo, la hora en la que se servía la comida y lo que se comía, el momento de ver televisión, el programa que allí se veía y hasta a dónde se iba a pasear, era algo determinado por los hombres de la casa; por su parte, eran muy

pocas las decisiones que podían tomar mi abuela o mí mamá en relación a estos espacios.

En estas situaciones se refleja el dominio masculino sobre los espacios, producto de las desigualdades históricas entre hombres y mujeres, en el que los varones tienen un lugar socialmente definido de poder y toma de decisiones sobre quienes integran el hogar. Así, las acciones que se realizan en el espacio de la casa encarnan lo que Osorio (2016) denomina como una “ficción doméstica” en la se reproducen y desempeñan roles y jerarquías que mantienen el orden social de los cuerpos, al tiempo que constituyen y mantienen la idea tradicional del hogar. Esto nos permite ver la casa es un espacio social, simbólico y físico, en el que se desenvuelven jerarquías y valoraciones culturales que regulan el lugar de las personas según el género.

Es así que muchas de las sensaciones de limitación o restricción que experimenté en esos lugares de habitar, compartidos con mi familia u otras personas, son cercanas a las experiencias de las mujeres con las que tuve la oportunidad de hablar en el desarrollo de esta investigación. Esto pues la casa se encuentra unida a formas de división social y sexual, en las que convergen relaciones de poder y que llevan a que experimentemos ciertas limitaciones y controles comunes para nosotras (Osorio, 2016).

En otras palabras, las experiencias de vivir con otras personas a su vez permiten entender el espacio, la casa, como un lugar histórico precedido por divisiones sociales que anteceden y rigen, como una norma, la manera de habitar el espacio, los roles que se desarrollan allí, el uso de los lugares, la conformación familiar, la sexualidad, entre otros aspectos. Sin embargo, también es importante precisar que los controles que se desarrollan con el espacio, se dan a partir de las relaciones materiales, las decoraciones, la tenencia de ciertos objetos, los lugares que ocupamos en la relación con los objetos, los roles que se desarrollan junto con estos. Los objetos son significativos pues con ellos es que experimentamos las jerarquías y controles en el habitar con las familias, parejas u otras personas con quienes vivimos.

Por tanto el género y el espacio es constituido por las relaciones sociales y materiales que determinan las experiencias del habitar. El no poder durar mucho tiempo con la luz



prendida mientras estudio, o el no poder cambiar el orden de los muebles de la sala, escuchar determinada música o ver determinado programada de televisión, son aspectos que se regulan, directa o indirectamente por otras personas, quienes ocupan un cierto lugar de género establecido, desde cual reafirman el lugar de otros, así como el de ellos mismos.

### **2.1.2 Control del tiempo**

Los órdenes sociales que se producen en el espacio de la casa también encarnan o se desarrollan en el tiempo, el cual es también generizado. De esta manera a través del tiempo de las mujeres también se reproducen roles de género que posibilitan a su vez el hacer hogar. McDowell (2000), relata como el hogar se mantiene en un orden de género a través del trabajo que allí realizan las mujeres, relacionados con las tareas domésticas. Por ejemplo, el cuidado de la casa, la crianza de los y las hijas, así como el cuidado del esposo, son acciones que regularon el tiempo de las mujeres, y a partir de los cuáles no sólo se constituye el hogar, sino también se definió por mucho tiempo la identidad de las mismas.

Carolina quién tiene 34 años, y vive sola hace 3, me contó que cuando vivía con su familia no sentía que podía hacer lo que quería, pues experimentaba cierta vigilancia sobre sus acciones. Un aspecto que referenciaba constantemente era la vigilancia sobre el tiempo de descanso o tiempo libre. Me decía que muchas veces deseó poder dormir hasta muy tarde o simplemente permanecer en cama todo el día, sin embargo, esto era algo mal visto por sus padres. Razón por la cual sentía la necesidad de estar llevando a cabo alguna actividad por ejemplo leer, estudiar o algún oficio doméstico. Frente a dicha situación me expresó que prefería ir a alguna biblioteca y pasar allí el tiempo. Así, mismo, en sus ratos libres decidía estar fuera de casa. Esto evidencia una forma de resistencia de Carolina frente al ordenamiento de su tiempo, en otras palabras, salir de casa le permitía evadir las regulaciones y controles de sus acciones en el espacio de la casa.

Dicha situación puede estar relacionada con un aspecto que explica McDowell (2000) producto de la división de hombres y mujeres en el espacio urbano. Ellos ubicados y legitimados socialmente en el espacio público y mundo laboral, y ellas en el espacio de lo privado de la casa. Esta división social definió también las acciones a desempeñar en

estos lugares y estimuló la identificación de estos con el espacio y los haceres allí. Por ejemplo, las mujeres fueron determinadas por el trabajo doméstico que realizaban y los hombres por su trabajo remunerado fuera del hogar. Esta situación generó a su vez formas distintas de relacionarse con la casa y de situarse en ella, de manera que para las mujeres este espacio se convirtió en un lugar de trabajo, mientras que para los hombres éste se construyó como un lugar de descanso, recreo y también de toma de decisiones.

En otras palabras el hogar, determina socialmente y de manera continua los papeles a desempeñar de hombres y mujeres, como también define los lugares que ellas y ellos ocupan en su interior. En este sentido, las acciones de ocio y tiempo libre al interior de la casa para mujeres como Carolina, pueden encontrarse en continua deslegitimación al ser este un espacio histórico y socialmente construido como un escenario de trabajo doméstico para ellas. En otras palabras, la casa socialmente se encuentra determinando los roles de las mujeres a través de las labores de mantenimiento físico; esto me lleva a pensar cómo a partir de un orden social se producen unos sujetos generizados en los que se encarna una serie de acciones, sobre los que se determina la regulación del tiempo libre en términos espaciales.

Otro de los motivos que llevaron a Carolina a decidir vivir sola, y qué reflejan el lugar socialmente ocupado en la vivienda por parte de las mujeres, tiene que ver con el cuidado de otros y con ello el control del tiempo en el servicio de los demás. Frente a este aspecto Carolina me cuenta que se sentía algo cansada del cuidado de su abuela paterna y del poco apoyo que recibía por parte de su padre en esta labor. Pues era ella quién debía estar pendiente de los horarios de sus medicamentos, de brindarle compañía, así como de turnarse con su madre los cuidados de su abuela, en caso de que alguna de las dos tuviera que salir de casa o viajar. Situación que la agotaba debido a que debía repartir su tiempo entre sus necesidades, tiempo libre, los quehaceres de la casa y el cuidado de su abuela.

Esta vivencia también deja ver otros elementos de género en los que el cuidado de los demás miembros de las familias, es un rol que se desarrolla tradicionalmente en el espacio de la casa, al tiempo que es una actividad que constituye el espacio, así como el lugar de las mujeres, al ser una actividad feminizada. Según Arango & Molinier (2011) el

cuidado no sólo ha sido atribuido como una labor ejercida exclusivamente por mujeres, sino que integró el trabajo doméstico, privado de las familias y hogares. Asimismo, es una actividad que pasó a ser constitutiva de la identidad de las mujeres. Por consiguiente, en el caso de Carolina, así como de su madre, es naturalizado que ellas desempeñan dicha labor.

Esas tareas construidas y asignadas sobre las mujeres en el espacio de la casa se reflejaban para el caso de Carolina en otras formas de control también: mientras vivió con su familia debía hacer las labores del hogar en ciertos tiempos, no podía decidir hacerlos en otro momento; los espacios y objetos de la vivienda eran ordenados y decorados en función de los gustos y deseos de su padre y madre; experimentaba una constante falta de libertad para salir o para compartir con sus amigas hasta altas horas de la noche, ya que su madre se preocupaba y por tanto no dormía o descansaba si Carolina no llegaba, esto implicaba control en su tiempo de esparcimiento o diversión.

Dichos aspectos dan cuenta de elementos de control y vigilancia que se desarrollan desde y a través del espacio, en este caso en el habitar con la familia. Estos elementos manifiestan relaciones de poder y órdenes de género que constituyen y refuerzan una idea occidental del hogar. Según Bourdieu (2000) la división sexual, es una forma de ordenamiento social, espacial y de las cosas, que opera a través de percepciones, pensamientos y de acción. En otras palabras, la división social de hombres y mujeres se materializa en los cuerpos, en los espacios, así como en los hábitos que desarrollamos allí; a través de éstos se establecen jerarquías y lugares de subordinación en relación al género, al tiempo que cada quien espera o vigila que se cumpla determinado rol en determinados lugares. El control y la vigilancia en torno a las acciones de Carolina en la casa de familia, como el descanso, o bien de asignaciones de deberes de cuidado y mantenimiento del hogar, así como también en relación a sus actividades de esparcimiento, evidencian la forma de ordenamiento que expone Bourdieu a través de la división sexual y social que se desarrolla al interior de la vivienda familiar. Así, el lugar que ocupa Carolina en la vivienda y en su familia reproduce el espacio social y tradicionalmente asignado a las mujeres.

Carolina durante mucho tiempo quiso vivir sola, sin embargo, tuvo que posponer ese deseo por varios años debido a la falta de dinero. Dicha situación la atormentaba, no sólo

porque anhelaba un espacio propio, sino porque también sentía cierta presión social de que a su edad, aún estuviera bajo el cuidado y control de su familia.

La experiencia de Martha, quien tiene 62 años, comprende a otras personas en el control del tiempo desde el espacio. En su caso es en la relación con su hija y el cuidado de ella, más las actividades laborales que realiza, lo que reguló su tiempo allí a través de actividades como la preparación de los alimentos para su hija, del lavado de la ropa, de la crianza de ella y cuidado en general que desempeñó en casa, sumado a su vez al tiempo laboral fuera de la misma. Luego de que su hija se fuera de casa hace dos años, Martha comenzó a vivir sola a los 60 años. Siendo ya pensionada y viviendo sola, fue cuando sintió tener tiempo para ella. Su habitar hasta entonces había estado regulada por su trabajo, su hija y por su deseo de salir adelante. Salió de su pueblo muy joven para trabajar y estudiar, por lo que siempre tuvo un estilo de vida agitado y con muy poco tiempo libre. Vivió con amigas y hermanos, y una vez quedó embarazada decidió comprar su casa. No obstante, tuvo que trabajar aún más fuerte para poder pagarla pues era madre soltera.

Con el nacimiento de su hija su vida se dividió entre el trabajo y el cuidado de ella, por lo que su tiempo lo ocupó en los deberes laborales, y las tareas de alimentación, protección, cariño y educación de su hija. De esta manera el tránsito de vivir con su hija a vivir sola, luego de pensionarse, significó para Martha un momento de descanso y como ella lo expresó para dedicarse a sí misma. En este tránsito el espacio de casa, deja de ser un lugar compartido con su hija, para pasar a ser un espacio sólo de ella. Las rutinas y la cotidianidad de Martha se ven transformadas. Cuando vivía con su hija Martha asumía la mayor parte de las labores en el hogar, ahora que vive sola dedica menos tiempo realizando oficio y cocinando. Volveré sobre esto en el apartado titulado Domesticando el Espacio.

Los distintos espacios pueden adquirir diferentes significados y representar relaciones de poder distintas que varían en el tiempo. Para el caso de Martha la experiencia de habitar con su hija, es diferente ahora que vive sola. Aunque mantiene una relación con ella, se dedica más a ella misma y a su propio cuidado, ha desarrollado otras rutinas y hasta ha cambiado sus formas de alimentación.

Para Ángela quien tiene 45 años el tránsito, por su parte, se ha dado en dos diferentes momentos. El primer momento no fue una decisión. Ocurrió luego de la separación de su compañero sentimental con quien llevaban 7 años de convivencia. Durante ese periodo ella vivenció el control y vigilancia sobre su tiempo por parte de él. Debía de llegar temprano a casa, así como estar reportándose continuamente para saber dónde se encontraba. También tenía que disponer de su tiempo para llevar a cabo los quehaceres del hogar y atender de su pareja, quien esperaba y exigía de Ángela realizar estas labores, que se sumaban a su trabajo como psicóloga. Estas situaciones causaron su separación, y es allí que ella se encuentra obligada a vivir sola. Luego de estar tres años viviendo sola, se traslada de nuevo a Bogotá por cuestiones laborales y vuelve a vivir en casa de sus padres. En esta ocasión luego de convivir un tiempo con su familia decide tener su propio espacio. Tenía muchos conflictos con su papá por dos perros que Ángela había adoptado y que a él no le gustaban, por lo que continuamente recriminaba que los sacara de la casa. A esto se sumaba la vigilancia de su familia sobre sus relaciones de pareja, amistades, salidas y demás, asunto que según Ángela era bastante incómodo para una mujer de más de 40 años.

McDowell (2000) es clara al afirmar como los espacios surgen de relaciones de poder que establecen normas y definen límites tanto sociales como espaciales, determinando no sólo quien pertenece o no ha determinado lugar, sino a su vez el lugar a ocupar. Sobre esto señala Bourdieu (2000), dichas relaciones se inscriben en una dominación masculina que se materializa en el espacio, determinando las dinámicas que se desarrollan allí mismos, la toma de decisiones y el dominio del espacio. Así, es recurrente reconocer en espacios, como la vivienda familiar, una dominación por parte del padre, el esposo o por quién encarna los valores tradicionalmente asociados con lo masculino; por ejemplo proveer económicamente, ser el propietario de la casa, tener mayores estudios, un carácter fuerte, entre otras características, que se han desarrollado en la relación con lo público en la que se ha situado a los hombres.

Para Bourdieu (2000) las sociedades se encuentran atravesadas por una división sexual que refuerza permanentemente la legitimación del dominio masculino. En concreto establece como la división sexual y social distribuye de manera estricta las actividades asignadas a cada uno de los dos sexos, su espacio, momento e instrumentos. Así, el control del tiempo, de las acciones, así como de las decisiones que en el espacio de la

casa se desarrollan, denota formas de vivir y experimentar las relaciones de género de manera particular según los cuerpos. Esto explica que el cuerpo femenino, devenga en muchas ocasiones como una prolongación y construcción social de la casa y de lo femenino.

### **2.1.3 Control de las relaciones**

La experiencia de Gloria (54 años) antes de vivir sola estuvo marcada por el control, por parte de su mamá, de sus relaciones de pareja. Mientras vivió con su familia anhelaba tener mayor intimidad, pues le era muy difícil tener un espacio propio o momentos de mayor privacidad, por ejemplo de compartir con su pareja, o de salir a solas con su novio, ya que su mamá vigilaba y regulaba dichas relaciones, controlaba el tiempo de las llamadas con su novio y las visitas. Estas situaciones llevaron a Gloria a decidir vivir sola y con ello a planear conseguir poco a poco sus cosas para hacerlo. Es así que cuando toma la decisión definitiva ya tenía un apartamento propio, así como los objetos necesarios para amoblarlo. En la actualidad lleva viviendo aproximadamente 10 años sola. Señala que el tránsito de vivir con su familia a vivir sola, fue muy satisfactorio y aunque tiene un vínculo fuerte con su madre, la experiencia de independencia, autonomía y privacidad que le brinda el vivir sola es muy enriquecedora.

La experiencia de Gloria da cuenta como la sexualidad puede ser regulada desde el espacio. En el tránsito hacia el vivir solas, nos encontramos con un espacio que nos permite o brinda la posibilidad de explorar nuestros cuerpos y de vivir nuestra sexualidad con mayor libertad. Para Lagarde (2012) la sexualidad de las mujeres ha sido continuamente regulada y expropiada de sus cuerpos, para ser controlada por los hombres y sus instituciones, como la familia, por tanto el apropiarnos de la sexualidad, así como de nuestros cuerpos, nos posibilita apoderarnos también de nuestra vida. Aspectos que se vinculan al fortalecimiento de la autonomía e independencia en el vivir solas. Es así que en el vivir solas tenemos la posibilidad de compartir con nuestras parejas, de tener mayores espacios de privacidad para el disfrute sexual. Tomar allí decisiones sobre con quién estar y cuándo, qué hacer, lo que queremos explorar, y en general la posibilidad de vivir nuestra sexualidad con mayor libertad, es posible gracias también al espacio propio.

No obstante, el control sobre las relaciones sociales, así como de la sexualidad en este caso por nuestras familias, deja ver cómo el espacio de la casa es un lugar de control también sobre el cuerpo. En la relación género y espacio, el cuerpo es ubicado y configurado respecto a unas construcciones sociales que circulan también en el espacio de lo privado. Como lo explica McDowell (2000) el lugar que ocupamos socialmente crea una conciencia en nosotros de lo que es ser hombre o ser mujer con respecto a la forma en que el cuerpo es ubicado. Así, la experiencia de los hombres y en este caso de las mujeres, definidas por unos roles a desempeñar en la casa, a su vez se encuentran situando y regulando el cuerpo, y por tanto la sexualidad.

De esta manera, las divisiones espaciales en la casa, reflejan y se ven reflejadas en las actuaciones y relaciones sociales de carne y hueso, por tanto el control de las relaciones, así como del cuerpo y la sexualidad, deseos, identidades y conductas sexuales, se regulan sobre ordenamientos sociales históricamente definidos, en este caso para las mujeres. Es así que en la relación género y espacio, el cuerpo es un lugar a su vez con significados de género, que se constituye por su ubicación física en el espacio.

### **2.1.4 Controles sociales externos**

Los tránsitos de vivir con otros a vivir solas, no siempre se experimentan como la búsqueda de un espacio que necesariamente se ubica como un escapé al control familiar o de pareja. En ocasiones también son movimientos que buscan la consecución de un espacio propio, para desarrollar otros objetivos. Para Gina (38 años) quien sueña con tener un esposo y ser mamá, vivir sola se convierte en un espacio que se abre a la posibilidad de vivir en pareja y posteriormente de establecer una familia. Para ella vivir sola denota un deseo último de conformar una familia.

La idea de construir su propio espacio, se encuentra vinculada a la idea de establecer al igual que su familia, un hogar tradicional. Lo cual se reafirma cuando la presión de Gina de vivir sola es más externa que interna, al narrar cómo a su edad sus amigas, amigos y conocidos ya tienen hijos e hijas, o se encuentran casados. Por lo que el vivir sola para Gina, se haya relacionada con la búsqueda o consecución de hogar para compartir en pareja y con hijas e hijos; y aunque esto no se ha dado aún, ella no pierde la esperanza de que pase en algún momento no muy lejano.

Según McDowell (2000) el habitar un espacio, así como las actividades que allí realizamos, se encuentra orientado por la cultura e historia del lugar en el que nos encontramos. Así la conformación de un hogar está determinada por normas socialmente establecidas. Por ejemplo, se encuentra ligada a una idea heterosexual de la vivienda, conformada por un hombre y una mujer, y en este caso unos futuros hijos o hijas, sumado al desempeño de roles por cada uno de ellos en función de su género. La heterosexualidad encarna una idea de pareja estable y reproductora que se elige como un modelo social a seguir, razón por la cual los solteros y solteras se ven como una especie de minusválidos sociales, sobre los cuales se depositan temores relacionados con el vivir solos y no tener hijos (Coral Herrera, 2010).

Por tanto el tránsito del vivir con su familia a vivir sola para Gina, más que escapar de los controles de su familia lo que busca es la satisfacción que proporciona una cierta idea de amor romántico y de maternidad. Para ella el espacio propio y con ello el vivir sola, se convierte en un paso para la consecución de ese plan de vida. Para ella, a su edad, el seguir viviendo con su familia, no es un atractivo social que le permita alcanzar dicho ideal. De esta manera la casa, así como la construcción de hogar representan y reproducen para ella ciertos roles de lo femenino. Así, aunque el vivir solas pueda considerarse una forma de escapar a ciertos controles, también el establecer un hogar unipersonal puede reflejar en este sentido la reproducción de otros controles sociales.

Para algunas mujeres, en el vivir solas también se configuran construcciones heteronormativas, en la búsqueda de una vida en pareja, conformar una familia y/o tener hijos. Lagarde (2012) explica que las mujeres modernas experimentan continuas tensiones, relacionadas con el querer experimentar formas de amor tradicionales en contextos modernos, pues aunque desean seguir pautas conservadoras, también desarrollan otras construcciones de mujer que se relacionan con la independencia económica y laboral.

Por esta razón, el vivir sola y con ello el deseo de adquirir nuestras propias cosas, hacer lo que una desea y con ello tomar nuestras propias decisiones, puede ser una forma de menguar las relaciones de poder o jerarquías familiares, o por el contrario reproducir



ciertos controles en las que normalmente nos encontramos insertas. Por tanto, transitar hacia un espacio para una misma es también un encuentro personal.

Estas reflexiones permiten evidenciar la importancia de la dimensión espacial en la construcción de género. Construcción que está atravesada por relaciones y dinámicas de control y de resistencia sobre dichos controles, que se desarrollan en el espacio. A través de los cuales se deconstruyen y a su vez desnaturalizan las divisiones público y privado, y por tanto las experiencias desde el género para hombres y mujeres (McDowell, 2000). Por esto los controles que se experimentan en la casa muestran como estas divisiones se encuentran en continuidad. En otras palabras, las relaciones sociales y materiales que se desarrollan en la casa superan los límites entre lo público y lo privado para albergar representaciones del orden social. Por tanto, la casa, además de reproducir ciertos órdenes, también es un lugar significativo en el desarrollo de transformaciones sociales.

Asimismo situó la experiencia y el espacio del vivir sola como un lugar que genera una identidad, pero también un lugar en tensión, entre el control y la resistencia. Un lugar propio, en el que las mujeres buscan contrarrestar el control y la vigilancia, pero que a su vez encarnan ordenamientos sociales de la feminidad. Así el espacio es comprendido en una complejidad de relaciones en las que este se configura, que superan la división entre ámbito público y privado.

## 2.2 Domesticando el espacio

Luego de exponer las circunstancias y motivos que nos llevaron a vivir solas, este apartado busca dar cuenta de las relaciones que construimos con el espacio propio. Relaciones que buscan contrarrestar las experiencias de control y vigilancia, y que se materializan en las acciones y rutinas que desarrollamos allí. Como mostraré a continuación, si bien las materialidades y el lugar mismo nos permiten construir un espacio propio, estas también ejercen sobre nosotras ciertas regulaciones y/o afectaciones de nuestras acciones con las que habitamos y negociamos.

### 2.2.1 Espacios para una

**Andrea:** *¿Qué es lo que más le gusta de su casa?*

**Carolina:** *Que es mi espacio, que no tengo que compartirlo con nadie, que las decisiones que yo tomo acá son mis decisiones. No sé, algo tan sencillo como la lavada de la loza, cuando una está con otra persona una tiene que negociarla o cumplir con ciertos acuerdos. Yo lo hago por mí y ya, y cuando quiero. Aquí sí yo quiero sentarme a leer, me siento y ya, no tengo que estar preocupada por la música o porque a otra persona le incomode. Aquí yo llego y hago lo que quiero, es por eso, porque yo lo siento mi espacio* (Carolina, octubre 2016).

Pensar cómo desde el vivir sola se construye un espacio propio, está ligado al vínculo que se establece con el lugar, en este caso, con la casa. Las formas en que nos relacionamos con ella, los usos que le damos, las rutinas que allí establecemos y la relación que establecemos con los objetos que la componen. Pero también la manera en que disfrutamos, entristecemos y en general habitamos nuestra casa. Estos son aspectos por medio de los cuáles se domestica el espacio, se crea y genera una sensación y sentido de hogar. No obstante, dichas relaciones también se encuentran inmersas en relaciones de poder, construcciones de género y de feminidad, que se desarrollan en y a través de la interacción con el espacio.

Estos elementos también están presentes en la experiencia de habitar con nuestras familias, parejas, hijos, u otras personas, por lo que en el vivir solas se establece otro tipo de relación con el espacio, un vínculo directo y/o más personal, que se desarrolla a diario. Y aunque en ocasiones estos espacios pueden verse mediados por otras personas como la familia, pareja y amigos, somos nosotras quienes en la cotidianidad y mediante las rutinas y relación con los objetos u otras materialidades, construimos y otorgamos un sentido a la casa, haciendo de éste un hogar.

Un hogar que desde el vivir solas adquiere otros sentidos, y que al mismo tiempo llega a desestabilizar la manera en que a lo largo del tiempo se ha constituido la casa, la familia nuclear tradicional, así como el sentimiento de hogar. Pues la conformación de la casa, y las relaciones que allí se albergan y que allí se habitan, así como las dinámicas que se desarrollan viviendo solas son otras. Por tanto, el sentido del hogar se construye desde la experiencia de habitar la casa, de estar presentes en el espacio, de hacerlo, sentirlo, en otras palabras de vivirlo.

Por tanto en este hacer, cito aquí a Giglia (2012) quien usa el término de domesticidad del espacio para denominar aquellas acciones repetitivas y cotidianas que atribuyen de sentido al lugar, y a partir de las cuales se construye y reproduce la domesticidad. Por ejemplo, hacer uso del baño, llevar a cabo los quehaceres, dormir, descansar, ver televisión, pasearse descalza, cocinar, comer, tener sexo, compartir con otros, escuchar música, permanecer en pijama, decorar la casa, limpiarla, entre otras acciones, son en conjunto actividades que realizamos por lo general en la cotidianidad del espacio de la casa, las cuales le otorgan un sentido a la misma.

De esta manera, el termino de domesticidad del espacio, me permite entender una serie de acciones que desde el vivir solas vamos haciendo junto con las relaciones materiales, así como con otros seres con los que en ocasiones también vivimos, y con quienes en conjunto construimos un espacio que sentimos mucho más nuestro. Desarrollamos otras intimidades, descubrimos otros disfrutes pero también otras tensiones. Así, en el hacer el espacio, se construye una sentido del hogar que se desarrolla a través de las decisiones que tomamos frente a la decoración, la rutinas que establecemos, las nuevas relaciones que experimentamos viviendo solas con los objetos, las mascotas u otras personas. Relaciones desde la cuales hacemos nuestro espacio, pero a su vez re imaginamos las dinámicas habituales del hogar, en las que se trastocan las nociones heteronormativas del habitar, así como los límites espaciales del mismo.

Recién llegué a vivir sola a un conjunto cerrado de apartamentos de un barrio popular de la localidad de Kennedy, luego de vivir por un largo periodo en unas residencias universitarias de Chapinero, apenas tenía una cama, una mesa de noche, una mesa de estudio, libros, la ropa, el computador y unos cuántos platos. Una vez coloqué todo en su lugar era evidente lo vacío que se sentía todo. Poco a poco me fui familiarizando con los espacios. Por ejemplo, con la cocina, un espacio pequeño junto al lavadero y tendedero, en el que empecé a cocinar mis desayunos, comidas y almuerzos. Para esto fui adquiriendo ollas, platos, sartenes y demás implementos; aunque algunos mi mamá me los iba regalando. Los demás espacios, como la sala y el comedor, eran lugares de los que hacía poco uso debido a que no había ningún mueble allí. Así que generalmente comía en la habitación, no sólo por ser un lugar más cálido, sino también porque allí se encontraba el televisor.

No fue difícil adaptarme a vivir sola, ya que era algo que anhelaba desde hacía tiempo. Me encontraba algo cansada de convivir con diferentes personas, y tener que ajustarme a las reglas de dichos lugares, así como al control de estas residencias y sus horarios de alimentación, visitas restringidas, horarios de entrada y salida, etc. Vivir sola es y fue algo gratificante para mí. Si bien al principio cocinar me disgustaba, mientras que fui aprendiendo fui adquiriéndole el gusto. Me agradaba sentir que podía comer lo que me gustaba, estudiar hasta muy tarde sin molestar a nadie, entrar y salir de la casa a cualquier hora, y no sentir la vigilancia de nadie. Habitar la casa, más allá de mi cuarto, no tener la presencia de otras personas en el mismo lugar, pasearme desnuda o bañarme con la puerta abierta, entre otras cosas, hicieron que sintiera el espacio como algo propio, un lugar para mí, en el que tenía total libertad de hacer lo que quería.

Conforme pasaba el tiempo e iba adquiriendo más cosas para la casa, me sentía mucho más cómoda con el espacio y a su vez con mayor apropiación del mismo. Algunos lugares se fueron tornando más acogedores, y con ello la casa entera se fue volviendo más mía, todo esto gracias a medios económicos que me posibilitaron reinventar el espacio con aquello que necesitaba o simplemente quería tener allí.

Para Giglia (2012) las actividades con las cuáles domesticamos la casa, constituyen a su vez el concepto de habitar, al que se suman los saberes o conocimientos, costumbres, expectativas y experiencias previas de otros habitares, que en conjunto nos permiten identificar y actuar en determinado espacio, como también reconfigurar nuestro estar allí. Por tanto, en el habitar, no sólo realizamos actos de domesticación sino que habitamos con nuestras experiencias pasadas, costumbres, cultura y demás, a partir de la cuales generamos representaciones y con ello acciones frente a cómo queremos vivir.

El espacio de Carolina, a quién cito en el párrafo que aparece al principio de este apartado, se configura en las rutinas diarias y en las relaciones que establece con ella misma y su casa. Se levanta temprano para ir al gimnasio, y al llegar prepara su desayuno, se arregla y se dirige al trabajo. Desde que cocina para ella sola ha cambiado sus hábitos alimenticios hacía una dieta que ella considera más saludable. Ahora descansa mucho más en casa y sale menos. Hace más uso de los espacios de la casa, lee en la sala, en la habitación o en el cuarto de estudio que adecuó. Comparte más con su novio que en ocasiones se queda a dormir. También se siente más tranquila de poder

fumar. No se preocupa por el aseo o el desorden, el cual realiza cuando ve que es necesario, así como con el lavado de su ropa. Todas estas acciones hacen que sienta este espacio como suyo.

Lo que realizamos al interior de la casa, evidencia cómo la domesticación permite la construcción de un espacio a través de los usos que a diario le damos a la vivienda, por medio de los cuales reafirmamos nuestro dominio, al tiempo que mitigamos o escapamos de ciertas formas de control y vigilancia de familiares, parejas u otros. En el acto de domesticar el espacio también vamos descubriéndonos a nosotras mismas, vamos experimentando cambios y desarrollando mayor independencia y autonomía.

Habitar un espacio --lo que hacemos allí, la manera en que nos relacionamos, las rutinas que establecemos y hasta los objetos que tenemos, como también las expectativas o anhelos a futuro-- se encuentra inmerso en órdenes sociales, culturales y de género. Según McDowell (2000), estos órdenes establecen formas de experimentar el vivir solas como espacios de menos control que nos permiten reencontrarnos con nosotras mismas. En otras palabras, los motivos y circunstancias que nos condujeron a vivir solas, orientan también la forma en que vivimos el espacio de nuestra propia casa. Es así que, en el vivir solas cambiamos y transformamos ciertas rutinas, los tiempos a los que estábamos acostumbradas y que definen la manera en que construimos nuestro hogar.

Martha desde que vive sola se ha dedicado a ella misma. Muy temprano sale de su casa y se dirige hacia el salón comunal donde realiza actividad física junto con sus vecinas. Luego de hacer ejercicio se queda un rato con ellas y posteriormente se dirige a su casa para prepararse el desayuno y alistarse para salir en caso de tener que realizar alguna diligencia o sacar a su perrita a pasear. Cuando no sale se queda en casa haciendo el almuerzo, regando sus plantas y hablando con su hija por el celular. Desde que vive sola ha adquirido una dieta saludable, y obtiene muchas recetas por internet. En las tardes por lo general siempre sale de casa para realizar cursos y capacitaciones que ofrece la alcaldía de su localidad, y los fines de semana sale con sus amigas a caminatas organizadas por ellas o preparan alguna actividad para encontrarse. Martha dice sentirse muy tranquila y se alegra de no vivir con alguien que le esté controlando su vida.

Karsten & Meertens (1992) señalan que los espacios que las mujeres construyen para sí mismas, les permiten una mayor autonomía. Así, los sitios de encuentro, los espacios de capacitación, la vecindad, o lugares de socialización, son espacios de esparcimiento, educativos y laborales, en los que se hace más factible construir lugares de encuentro para el crecimiento, empoderamiento y goce. No obstante, estas autoras mencionan que los espacios de la casa, en los que tradicionalmente se ha situado a las mujeres, también pueden transformarse en sitios de poder y de organización femenina, como es el caso de la cocina, en donde se pueden desarrollar diálogos, así como actividades para ellas mismas y para la comunidad. Por tanto, la relación que establecemos con el espacio, así como las acciones que allí llevamos a cabo, generan identidades en las que se inscriben nociones de autonomía y de libertad.

En este sentido, la casa, puede encarnar diversos significados y sentires, como la libertad, la independencia y la tranquilidad, que se desarrollan en el hacer diario y en la interacción con espacios particulares de ésta. Por ejemplo, cocinar lo que nos gusta, llenar la casa de libros, escuchar música, levantarnos tarde, explorar nuestra sexualidad, tomar siestas en la sala, ver televisión hasta muy tarde, etc., son actividades que pueden trastocar la construcción social de la casa como espacialidad, en especial aquella en donde las mujeres han desempeñado roles relacionados con el mantenimiento de la vivienda y el cuidado de sus integrantes.

De esta manera el sentido de hogar se desarrolla para quienes vivimos solas mediante las sensaciones de tranquilidad que emergen al habitar el espacio; pero también se hace hogar en la medida en que desde el vivir solas se fortalecen relaciones que trascienden los límites geográficos del mismo, a través de los vínculos con amigas, vecinas, así como con nuestras parejas. Asimismo, desarrollamos experiencias de disfrute del espacio junto con los objetos, la cocina, la sala u otros espacios en los que y con los que vivimos, contribuyen a construir una sensación particular del habitar. También vivimos solas con las representaciones y anhelos de los espacios, que se encuentran redefiniendo la experiencia allí, en este caso los controles que vivimos con anterioridad al vivir solas, otorgan a esta experiencia un sentido nuevo, como por ejemplo el de tranquilidad y mayor libertad.

Sin embargo, como lo expresa Wilkinson (2003) en el vivir solas también hacemos hogar a partir de experiencias de tensión. Las inseguridades, angustias, miedos y decepciones que vivenciamos debido a aspectos como el mantenimiento económico y los arreglos de la casa que debemos afrontar de manera autónoma, así como sentimientos de soledad que nos embargan en situaciones de enfermedad, rompimientos de pareja, problemas familiares, entre otros. Evidencia la complejidad que define el vivir solas.

Sobre esto Alborch (1999) argumenta que la necesidad de un espacio propio para las mujeres se debe al descubrimiento y establecimiento de un lugar en el mundo, un espacio en el que podamos realizarnos, en otras palabras, encontrarnos a nosotras mismas. Este descubrimiento, afirma la autora, también conlleva un grado importante de responsabilidad y autonomía, en la medida en que implica hacerse cargo de la propia vida, lo cual trae consigo aspectos tanto favorables como negativos; del mismo modo que cuando se vive acompañada. Cuando se vive sola se tienen obligaciones distintas que cuando se vive con hijos e hijas y/o con pareja, por ejemplo obligaciones relativas al sostenimiento económico del hogar, o al desarrollo de habilidades y capacidades propias. A Ángela, por ejemplo, le angustia sentirse enferma viviendo sola, no tener alguien que la cuide o se preocupe por ella en estos momentos. A Carolina, por su parte, le inquieta la carencia económica, ya que al ser ella misma quien cubre todos sus gastos de arriendo, pago de servicios públicos, comida, estudios, ropa y demás, cuando no tiene trabajo experimenta mucha tensión. En esas circunstancias comprende las razones materiales por las que muchas personas viven en pareja o con amigas o amigos, con el fin de dividir y economizar gastos. Gina, por su parte, se siente desolada cuando en momentos o días difíciles, al llegar a casa, no tiene a quien contarle sobre aquello que la altera. Piensa que tener una pareja con quien hablar le ayudaría mucho a dejar de pensar en esas situaciones, pues viviendo sola estos hechos continúan rondando en su cabeza. En mi caso las reparaciones de la casa es algo que me genera malestar. Si bien en ocasiones me las arreglo para repararlas, algunas veces debo recurrir a alguien con conocimientos para que las realice por mí. Sin embargo, el hecho de dejar entrar a la casa a una persona desconocida, en especial un hombre, me genera mucha inseguridad. Para aquietar esa inseguridad le pido a mi mamá, quién vive en otra ciudad, que me llame frecuentemente en el tiempo en que la persona que reparar se encuentra en mi casa.

Estas experiencias de disfrute, pero a su vez de tensión, dan cuenta de cómo en la domesticación que hacemos del espacio también nos encontramos adaptándonos a éste, y desarrollando una forma de vida que demanda otras relaciones con lo material y con nosotras mismas, junto con las cuales construimos un sentido del hogar. Sobre esto señala Alborch (1999) que viviendo solas no nos encontramos preparadas para muchas de las tareas o actividades que han sido atribuidas y desempeñadas por los hombres, como, por ejemplo, los arreglos de la casa. Sin embargo, una vez la casa nos demanda hacerlo y lo logramos llevar a cabo, cambia también la relación con nosotras generando satisfacción y sensaciones de poder. Así mismo, cuando experimentamos desolación o angustia por la carencia de dinero, como tantas otras experiencias que vivimos o que se desarrollan en el habitar un hogar unipersonal, se reflejan transformaciones o por el contrario se ven reafirmados órdenes culturales y de género definidos socialmente, en los que nos encontramos inmersas. En este sentido, la experiencia de vivir solas adquiere diferentes significados en relación con dichos órdenes, por ejemplo llegar a casa luego de una larga jornada laboral, puede ser una experiencia agradable de encontrarse con una misma, de descanso y tranquilidad, mientras que otras mujeres pueden experimentar soledad, depresión o angustia, dadas las representaciones que cultural y socialmente adquirimos sobre el hogar. No obstante, vale resaltar que los sentimientos de disfrute o dificultad que allí se experimentan no siempre son fijos o permanentes, sino que estos pueden variar según los momentos y vivencias, no obstante, puede haber jerarquías en estos. Gina, por ejemplo, es clara en afirmar que si bien disfruta del vivir sola, vivir en pareja es lo que realmente desea, razón por la que es frecuente escucharle decir lo complejo que en ocasiones para ella resulta su condición actual.

De esta manera, la casa se configura como un espacio de interacción de diferentes escalas (McDowell, 2000), estas pueden contemplarse en planos como el material, corporal, mental y emocional. Viviendo solas, la casa nos recuerda que somos libres de tomar nuestras propias decisiones, al tiempo nos anuncia que es un espacio material, en el que también se experimentan tensiones. La casa nos permite construir un espacio propio, un lugar al que sentimos nuestro hogar a través de sus lugares y las rutinas que allí establecemos, pero que también evocan órdenes socialmente asignados a las mujeres. Por consiguiente la experiencia de habitar un hogar unipersonal también se desarrolla a partir de las múltiples relaciones que forman nuestra comprensión de ese



espacio, las cuales no precisamente se encuentran confinadas a la espacialidad de la vivienda, sino a una diversidad de lugares, actividades, vínculos humanos y no humanos, representaciones, recuerdos, costumbres, las cuales se encuentran situados desde el género, desde nuestra experiencia como mujeres (Wilkinson, 2013).

### **2.2.2 Decoración y otros objetos**

En el vivir sola los objetos y la decoración nos permiten domesticar el espacio, y generar un vínculo afectivo con éste. Los objetos con los que decoramos nuestro hogar nos representan, pero a su vez guardan memorias, materializan las relaciones, y expresan formas de control. Por consiguiente, la decoración es una ambigüedad que refleja formas de apropiación del espacio, pero de otro lado visibilizan o dan cuenta de los órdenes sociales y de género, que se inscriben en estos.

- La decoración en la domesticación del espacio

En el proceso de domesticación del espacio las materialidades como la decoración y demás objetos cumplen un papel fundamental. Es a través de estos que intervenimos e interactuamos con la vivienda, además, son elementos que pueden reflejar lo que somos, lo que queremos, así como las relaciones que establecemos. Los objetos con los que decoramos nuestros hogares también pueden dar cuenta de nuestro pasado, al tiempo que en sí mismo contienen significados sociales, y representaciones del futuro. De esta manera en la relación con los objetos somos con estos, hacemos el espacio, construimos nuestra identidad, damos cuenta de nuestra historia, pero también de nuestros anhelos.

Cieraad (2010) indaga por cómo el decorar o amoblar la casa, son aspectos significativos a través de los cuáles se construye el sentido del hogar. Así, nuestro hogar no es sólo un lugar en el que sentimos mayor privacidad, por ejemplo, al tener una cocina o baño propios, o al poder tomar decisiones sobre cómo usar estos espacios sin la presencia de otras personas, sino es un lugar en el que tomamos decisiones que reflejan lo que somos cuando preparamos los alimentos que nos gustan o lo adecuamos en la forma que queremos, lo que nos genera sensaciones de independencia. Así, las mujeres con las que realicé esta investigación, y yo misma, señalamos que la forma como habitamos y decoramos los espacios de nuestras casas generan una relación de intimidad y privacidad que son claves en la construcción de un espacio propio.

En mi caso, los objetos que fui colocando en la casa, hicieron sentir el lugar más mío. Los muebles, la biblioteca, el televisor, la lavadora entre otras cosas, me generaron una mayor sensación de apropiación del espacio, como también de poder y autonomía. Así, el uso que se hace de los objetos en la casa da sentido al lugar mismo y al vivir solas. Por ejemplo, lavar la ropa, ver los programas de televisión que deseo, y hacer uso de los muebles para leer, dormir o mirar televisión, sumado al proceso de consecución de los mismos trabajar y/o ahorrar, escogerlos, comprarlos, mirar dónde ubicarlos, aprender a usarlos o hacer uso de estos, es una experiencia que me generó sensaciones de libertad e independencia, a través de la configuración del hacer material del espacio.

La fotografía que aquí aparece corresponde al espacio de mi sala. Un lugar que al habitarlo y verlo me genera confort. Allí está lo que me gusta, lo que escogí, lo que compré. Objetos que me hacen sentir que este es mi hogar, y que me permiten habitar el espacio de cierta manera: relajarme, descansar, distraerme y estar cómoda. Los colores, las cobijas, el tamaño de las sillas y su material, construyen el espacio de la sala como un lugar de disfrute. Un lugar que materializa como quiero sentirme. Esta decoración, y lo que la compone constituyen parte de lo que soy (Ver Figura 2-1).

**Figura 2-1** Lugar de la casa que más me agrada o por momento más me gusta.



(Con la Figura 2-1 doy respuesta a la pregunta de ¿Cuáles son los lugares de la casa que más le agradan o qué por momentos más le gusta o más disfruta? En la cual registro la sala como el lugar que por los objetos que allí tengo, es el espacio que más me gusta y del que más disfruto.)

De esta manera, la materialidad, a través de la decoración —en este caso los muebles, el televisor, tapete y demás— constituye lo que siento que es mi espacio. Un lugar en el que me siento cómoda y me gusta estar, un lugar en el que me reconozco, esto independiente de que viva en un lugar arrendado. Sobre esto señala Cieraad (2010), como una vez que se deja el hogar familiar, el nuevo lugar de residencia comienza un ciclo de creaciones caseras que permiten que la casa emerja y esté a la altura de un hogar independiente. Se adquieren microondas para cocinar, refrigeradores y un televisor para la compañía y entretenimiento, entre otras cosas. Para la autora, este momento de tránsito y asentamiento se convierte en un rito de paso para la vida adulta, de independencia y ciudadanía, así como un punto de no retorno.

Así, las decisiones que tomamos sobre qué objeto comprar, dónde ponerlo, y hasta que uso darle, no sólo generan una apropiación del lugar sino también sentimientos de independencia, que contrarrestan o permiten desarrollar otras experiencias relacionadas con el control, la vigilancia y en ocasiones la dependencia que tenemos con la familia, parejas, hijas u otras personas con quienes habitamos en anteriores ocasiones. Sobre esto, McDowell (2000) señala que la casa y sus objetos, son elementos decisivos que permiten desarrollar un sentido del propio yo, un lugar al que pertenecemos y que se mezcla con lo que queremos ser. Contamos allí nuestra propia historia, al tiempo que creamos sentido y subjetividad.

Gloria, por ejemplo, escogió su actual apartamento ubicado al norte de la ciudad, luego de una búsqueda a través de diferentes empresas constructoras y revisando sus proyectos. Lo que más le interesaba era tener un lugar con buena vista hacia alguna zona verde. Esto era lo primero que quería ver al despertar. En ese lugar especial, propio, le gusta tener sábanas blancas, una decoración sencilla y a su gusto, pues viviendo con su familia era su madre quien definía qué objetos se tenían allí y cuáles no, y dónde debían estar. Chevalier (1999) explica el valor que tiene las materialidades en la medida en que son estas las que posibilitan que ocurra la cotidianidad. En este caso, en el habitar un espacio como la casa propia, las materialidades permiten que se desarrollen rutinas, pero también hacen posible que intervengamos el espacio, lo disfrutemos o sintamos tensiones en él. En estos contextos los objetos producidos en masa adquieren

un significado personal en la medida que nos relacionamos con estos.

Carolina, quien vive en un apartamento en el centro de Bogotá, señala que una de las motivaciones de vivir sola, era poder comprar cosas para la cocina, sartenes, como también implementos para preparar tortas y postres, pues le gusta dedicar tiempo probando recetas. Cuando dio ese paso fue adquiriendo utensilios para la cocina, moldes, batidora, rayadora, así como también fue probando diferentes productos con los cuáles preparar sus alimentos. Cocinar le gusta, la entretiene y le da placer, además de ser una actividad a la que se dedica en sus tiempos libres. Cuando vivía con su familia la cocina no era un espacio que experimentara como suyo, pues las cosas que allí habían eran de su mamá y de su abuela, de igual manera no sentía que era un sitio para experimentar o tomarse su tiempo para hacer lo que se le antojaba, ahora que vive sola la experiencia en la cocina es completamente distinta y esto pasa por los objetos que le han permitido apropiarse de este espacio, tal y cómo se evidencia en la fotografía (Ver Figura 2-2), en la que se registra uno de los espacios y momento del que más disfruta de su casa.

**Figura 2-2** Uno de los momentos y espacios de la casa del que más disfruta Carolina.



(Con la Figura 2-2 Carolina da respuesta a la pregunta de ¿Cuáles son los lugares de la casa que más le agradan o qué por momentos más le gusta o más disfruta? En la que registra en el espacio de la cocina, su horno con una torta, haciendo referencia al cocinar ciertos alimentos como un momento del que disfruta de su espacio, así como con ella misma.)

Además de la cocina, Carolina también ha colocado los objetos más significativos en la sala, como las cosas que le gustan, que le han regalado y que le traen recuerdos de situaciones y/o personas. Muchas de estas cosas ya las traía y otras la ha ido comprando. Los libros, por ejemplo, son unos de los objetos más representativos y a los que dedica buena parte de su tiempo. Ahora que vive sola puede pasarse horas leyendo sin preocuparse por el tiempo que dedica a esta actividad. Prefiere quedarse en casa leyendo que salir con sus amigas, y siempre preferirá leer que realizar quehaceres de la casa como lavar la loza o barrer. Así, parte de la forma en que ocupa y está en ciertos espacios de la casa está mediada por el uso de los libros. Por ejemplo, Carolina tiene una silla en la que le gusta mucho sentarse a leer, y en la que además tiene siempre una cobija para hacer más cómoda su lectura. De igual manera tiene libros en la mesa de noche que lee antes de dormir, así como en la sala. Los libros en la vida y en el espacio de Carolina, otorgan de sentido a su hogar, es como si se hubieran apropiado de cada espacio de la casa (Ver Figura 2-3).

**Figura 2-3** Uno de los espacios de la casa dónde Carolina pasa más tiempo.



(Con la Figura 2-3 Carolina da respuesta a la pregunta de ¿Cuáles son los espacios de la casa en los que más pasa tiempo? En esta imagen Carolina da cuenta de uno de los espacios en el que pasa buena parte de su tiempo libre acostada leyendo. Allí tiene una cobija con la que se arropa para leer y siempre deja sobre la silla el libro que se encuentra usando en ese momento. Esta silla se encuentra ubicada en el cuarto de estudio de su casa.)



En el proceso de vivir sola Carolina ha ido descubriendo nuevas cosas que le gustan y otras que no tanto. Se ha ido conociendo un poco más y encontrándose con ella misma, así como visualizando lo que quiere en el futuro. Construir un espacio propio se desarrolla en la medida en que intervenimos y transformamos el espacio, y en esa tarea también nos vamos apropiando de nosotras mismas pues la experiencia e interacción con los objetos y los lugares nos transforman. Por tanto, es el encuentro con los objetos lo que nos permite una construcción de sí mismas y del espacio, como también de identidad. Los colores que usamos, los objetos que tenemos hablan de nosotras, y nos permiten construirnos, a través de ellos también vislumbramos lo que queremos.

Para Gina, el sofá es uno de sus objetos favoritos, pues además de ser cómodo, disfruta allí de tomar el tinto en las mañanas y al llegar del trabajo, como también de leer y ver películas. Este sofá también representa una de sus grandes pasiones que es viajar, ya que el estampado de la tela que lo cubre, contiene imágenes de algunas ciudades del mundo, que la motivan a seguirlo haciendo. Para Neumark (2013), es a través de las interacciones materiales que nuestro sentido de pertenencia e identidad se forja. La forma en que nos sentimos a gusto en el mundo es a través de la creación y modificación de nuestra casa, de esta manera personalizar el espacio es un componente por medio del cual nos auto-realizamos. Por tanto los objetos que adquirimos y escogemos también hablan de nosotras, de nuestros gustos, así como de nuestras aspiraciones (Ver Figura 2-4).

**Figura 2-4** Objeto de la casa que para Gina es el que más la representa.



(En la Figura 2-4 Gina da respuesta a la pregunta de ¿Cuál es el objeto de la casa que más la representa? Para ella el sofá o su tapizado materializa parte de los sueños que ella tiene, como viajar y conocer diferentes lugares.)

En otras palabras, los objetos se encuentran mediando y posibilitando la experiencia de vivir solas. Sin embargo, en estas vivencias los espacios con los objetos que los habitan —lo que usamos para cocinar y la cocina, los libros y los lugares en los que se realiza la lectura— pueden originar otros usos y sentidos del espacio, en los que se logran en ocasiones modificar ciertos roles de lo femenino atribuidos al interior y en la conformación del hogar. Por ejemplo el servicio y cuidado hacia otros, pueden desplazarse para propiciar relaciones de disfrute y encuentro consigo mismas, como sensaciones de libertad.

Por ejemplo, la cocina es un espacio que en el vivir solas puede adquirir un sentido de disfrute para una misma, cuando inventamos o exploramos la preparación de alimentos para nosotras mismas, en ocasiones sin importar cómo estos queden. De igual manera leer acostada en el sofá de la sala o en la cama hasta altas horas, comer en el cuarto, dejar la loza sin lavar. Así el hogar se torna un espacio que según Alborch (1999; p. 214.) se puede circular en libertad “tumbarnos en el sofá, dejar las tareas domésticas para otro momento porque nadie depende de nosotras, leer, ver televisión...”. Todos estos aspectos dan otros sentidos al espacio, un espacio que es nuestro, en el que podemos ser, alejadas de los controles y del cuidado de otras personas, o de las asignaciones sociales propias de ciertos espacios de la casa y que se encuentran encarnados en los cuerpos de las mujeres.

Por consiguiente, en el vivir solas en la experiencia que tenemos con los objetos, somos con estos, nos hacemos con ellos. Siguiendo a Latour (2008) podemos decir que la domesticación que hacemos del espacio, se desarrolla en la relación con los diferentes actores no humanos. En otras palabras los libros, el sofá, los utensilios de cocina, la estufa, la cama, entre otros objetos, constituyen, junto con nosotras, las experiencias de disfrute, de autonomía, pero también de tensión, como se observa en el siguiente apartado. Por tanto, se puede decir que en el vivir solas, se descubren pero también se rehacen otras relaciones que descolocan las relaciones entre humanos, como algo legítimo o socialmente aceptado en la conformación del hogar.

- Objetos como expresión de control

Ahora bien, las relaciones que establecemos con los objetos en los espacios no siempre generan transformaciones, también pueden reafirmar ciertos roles de lo femenino. Es así

que determinados objetos, en la interacción que establecemos con estos en las rutinas cotidianas, nos recuerdan órdenes de género y con ello maneras de experimentar el vivir solas. Ejemplo de esto son las fotografías, cuadros, libros, alimentos u objetos que nos han regalado o que en determinado momento hemos comprado, los cuales evocan determinados roles a desempeñar, una cierta corporeidad a construir o actividades específicas a realizar. Estos objetos pueden reproducir un lugar de lo femenino subordinado o dependiente aun cuando vivamos solas.

Así, los objetos pueden hablar de las relaciones que establecemos con nuestras familias, parejas, amigos y otros vínculos del presente y el pasado. Con estos, las experiencias de control en ocasiones se mantienen aun viviendo solas. En las casas de algunas de las mujeres con quienes dialogué, así como en la mía, siempre encontré objetos que nuestras mamás y papás nos han regalado en sus visitas, o que siguen comprando para nosotras, como porcelanas, cortinas, utensilios de cocina, mesas, toallas de baño, individuales, entre otras. Estos objetos hablan de las relaciones de cuidado y del lugar que en estas relaciones ocupamos.

En mi caso las toallas de baño son un objeto que mi madre recurrentemente me regala ya que considera que es algo de lo cual se hace bastante uso, y que observa que es un elemento al que le presto poca importancia. Este objeto constituye la relación de cuidado y también de vigilancia de mi mamá conmigo. Así, su “estar pendiente de mí” es al mismo tiempo una sensación de inspección de mi espacio. Lo que por su parte refleja un control de ella sobre el mismo, en tanto que busca llenar vacíos frente a determinadas ideas de inmadurez o infantilización que ella me atribuye. De esta manera mi madre establece una relación de cuidado, al tiempo que busca reafirmar en mí una noción tradicional de feminidad que, a su parecer, yo no logro desempeñar totalmente, ya que no me ocupo lo suficiente de las actividades de las que como mujeres debemos ocuparnos: mantener y cuidar el espacio para recibir y acoger a las y los otros.

Los objetos que heredamos también establecen la experiencia de un tipo de habitabilidad familiar tradicional, así como una idea de lo femenino, que produce la añoranza de recrear una vida semejante a la de nuestros padres, aunque en ocasiones también una búsqueda por construir algo opuesto a ella. Chevalier (1999) señala que los objetos

heredados son la representación de una vida familiar idealizada, en tanto que atestiguan acontecimientos e historias familiares, que enuncian un modelo de vida, así como una idea de casa y de hogar.

En otras palabras, ciertos objetos decorativos pueden evocar desde su materialidad, a través de su forma, textura o pintura, un cierto lugar y momento de un contexto, un recuerdo, o una relación. Gina tiene, por ejemplo, una alfombra que le regalaron su papá y su mamá y un florero que era de ellos y que le fue heredado. Estos objetos le fueron dados para decorar la casa ya que tenía muy pocas cosas. No obstante, el estilo de los objetos habla de una forma de decoración que no es la que a ella le gusta, sin embargo, ella los conserva porque fueron un obsequio de sus padres. Estos objetos podrían encontrarse en ambientes de hogares de otro tiempo, o pueden hallarse en ambientes familiares tradicionales, como el de su familia. Su presencia refleja un tipo de relación en la que los padres continúan extendiendo una cierta vigilancia sobre el espacio de su hija, al tiempo que buscan recrear un hogar confortable y familiar para ella. Una relación de cuidado que se mantiene y que también refleja ciertos controles de su familia, pues aunque para Gina estos objetos no son de su agrado los mantiene como una forma de respeto y como un gesto de agradecimiento, pero también de autoridad que aun reconoce. Como se muestra en la fotografía (Ver Figura 2-5), el tapete y el florero son elementos centrales en su hogar.

**Figura 2-5** Este es uno de los espacios de la casa que a Gina le gusta, pero también es en el que más pasa tiempo y en el cual también socializa.



(En la Figura 2-5 Gina responde a las siguientes preguntas ¿Cuáles son los espacios en los que más tiempo pasa?, ¿Cuáles son los lugares de la casa que más le agradan? Y ¿Cuáles son los espacios de socialización? Para Gina la sala es un espacio en el que lee, estudia, socializa y tiene los objetos que más le gustan, así como algunos que le han regalado sus familiares.)

Para Levin (2014), los objetos conectan a las personas con su pasado, con sus costumbres, pero también con su comunidad. Así los objetos constituyen otras relaciones con nuestras familias aunque vivamos solas. Los vínculos con estos, a pesar de la distancia, continúan reflejando elementos de control, los cuales trascienden lo humano para ubicarse en los objetos. Así, en las relaciones intervienen otro tipo de actores que son capaces de transportar la acción mediante otras fuerzas distintas (Latour, 2008).

Por consiguiente, los objetos son actores que constituyen los lugares, los estilos de vida, así como las relaciones, por lo que estos a su vez son capaces de afectar a las personas, llevándolas a actuar de cierta manera o generando sentimientos particulares. Jacobs & Gabriel (2013) explican cómo el mundo material no es algo pasivo o inerte sino una forma de relacionalidad. Ángela por ejemplo en su mesa de noche tiene una serie variadas de figuras que lleva con ella desde hace mucho tiempo. Unas las ha comprado y otras se las han regalado. Algunas evocan recuerdos, otras son especiales por su tamaño, color o forma y demás. Estas porcelanas han construido su historia, no sólo por lo que significan, sino porque a su vez la han acompañado en cada momento de su vida. Por tanto, los afectos y el valor que Ángela le da a los objetos, se hayan anclados no sólo a sus recuerdos, sino también a la relación que ha establecido con estos, junto con los cuales también ha construido un sentimiento de hogar, que le imprime a los lugares a los que llega a vivir. Por ejemplo, algunas de estas figuras guardan los recuerdos de sus relaciones de pareja, los momentos que vivió y que a su vez le generan representaciones hacía el futuro, en la medida en que dichos objetos desea poder compartirlos o hablar de ellos a sus hijos o hijas, que a futuro le gustaría tener. Asimismo estos también encarnan recuerdos de relaciones de pareja, así como vivencias que a futuro no desea volver a vivir o repetir (Ver Figura 2-6).

**Figura 2-6** Objetos que para Ángela tiene mucho significado.



(En la Figura 2-6 Ángela da respuesta a la pregunta de ¿Cuáles son los lugares o espacios más significativos? Para Ángela los objetos que tiene en la mesa de noche de su habitación son significativos puestos estos dan cuenta de su pasado, de sus relaciones de pareja, de amistad, así como de su juventud, pero también de sus anhelos a futuro.)



A través de la relación que establecemos con los objetos, domesticamos y con ello otorgamos de sentido la casa. Intervenimos, modificamos y con ello personalizamos los espacios. Acciones desde las cuales se llena de significado la experiencia de habitar, se desarrollan emociones y sentires, junto con estos y el espacio. Asimismo en las relaciones con los objetos, desde el vivir solas, se forja nuestra identidad, se materializan y mantienen ciertas tradiciones, pero también descubrimos junto con estos otras maneras en las que creamos nuestras propias costumbres.

Los objetos nos mueven, nos construyen, guardan memoria, hablan de nuestras relaciones, nos permiten generar representaciones del habitar, y hacen posible la experiencia del vivir un hogar unipersonal. En este proceso también se materializan las relaciones y construcciones de género, pues a través de los objetos se reafirman o transforman ideas y representaciones de lo femenino. Para McDowell (2000) el género se forma en el tiempo, el espacio y en las relaciones que allí establecemos, así, en las interacciones con estos objetos devenimos también como mujeres, como lo hacemos en las decisiones que tomamos frente a los objetos que queremos poseer, aquellos que nos recuerdan ciertas relaciones, así como también aquellos que desde su materialidad determinan nuestro accionar, nos sitúan y determinan las relaciones con otras personas, por tanto estos se convierten en elementos performativos del género.

De otro lado es importante resaltar, como en las relaciones con los objetos se replantean a su vez las limitaciones geográficas de la casa, pues los recuerdos que estos construyen y evocan, así como las representaciones sobre el futuro, y la experiencia que vivenciamos con estos y que otorgan de sentido el vivir solas, son aspectos que trasciende los límites físico del espacio más comprender relaciones más allá de este, relaciones con el pasado, el presente y el futuro.

### **2.2.3 La habitación, la cocina y otros lugares de la casa**

En el vivir solas los espacios, así como los objetos, a través de su arquitectura también se encuentran mediando nuestra experiencia. El diseño de éstos restringe y define ciertas construcciones heteronormativas. En otras palabras, los espacios que habitamos solas, también nos hablan y recuerdan que existe una manera social y material de cómo estos deben ser ocupados: en pareja, con hijos o hijas, así como desarrollar ciertos roles,

por ejemplo, de cuidado y apoyo con las personas con quienes vivimos, aspectos que se inscriben y reproducen en la materialidad del espacio (Wilkinson, 2013). No obstante, en el vivir solas estas maneras pueden verse deconstruidas en la domesticación del mismo y por ende en las relaciones que construimos con nosotras mismas, con el espacio, así como en las negociaciones con éste. Aspectos que busco comprender, guiada por el interés de cómo nuestras casas encarnan un orden material, social y de género, y cómo este orden en el habitar, puede ser trastocado cuando construimos un espacio propio.

- Si las paredes hablaran

Espacios grandes o espacios pequeños, la cocina, la habitación, son lugares a los cuáles nos adaptamos, y que nos dicen que actividades y/o rutinas se desarrollan allí. Para Bourdieu (2000) la división de los sexos se materializa también en el orden de las cosas, por ejemplo, la casa encarna y reproduce materialmente órdenes sexuales que se atribuyen y definen a los hombres y las mujeres. De manera similar Sánchez (2012), explica como la casa alberga diferencias sexuales, a partir de las cuales se establecen límites y fronteras en las que se ubican a los sujetos con el fin de vigilarlos y controlarlos. Así, los espacios físicos expresan diferencias y clasificaciones según el género, por ejemplo, la cocina se constituyó como un espacio para las mujeres, quienes se encargaron de la alimentación de la familia. De forma contraria, para los hombres la biblioteca y el estudio se establecieron como lugares masculino, desde el cual se reforzó su función racional y pública, así mismo áreas de esparcimiento y descanso también se asocian históricamente como masculinas por ser espacios en el que podían fumar, jugar y pensar, actividades atribuidas a ellos de forma especial.

Esta distribución de los espacios y de los cuerpos, ha buscado mantener a las mujeres alejadas del espacio público, mientras que a los hombres se les ha permitido mayor socialización o contacto con el mundo exterior (Alegría Casas, 2004). Para Caballero (2016) estos aspectos construyen la vivienda como una expresión material determinada por relaciones sociales y físicas, que han marcado la desigualdad entre hombres y mujeres. Por tanto la vivienda deja de ser un lugar que se inscribe en lo privado para dar cuenta de un conjunto de relaciones socio materiales más amplio y que lejos de pertenecer al ámbito de lo privado es algo que permanece en continuidad con el ámbito

público. Así, su diseño continuamente hace y produce órdenes de género, que marcan las experiencias, así como los lugares a ocupar de mujeres y hombres.

Las mujeres con quienes conversé, por ejemplo al igual que yo, coincidimos en que los lugares en los que vivimos son espacios poco amplios y algo reducidos. En otras palabras los espacios que habitamos siguen reproduciendo órdenes materiales de género, en las que se experimentan ciertos espacios como poco agradables. Las cocinas y zonas de lavado son por lo general los lugares que se presentan como incómodos, en comparación con espacios como la sala o las habitaciones. La configuración arquitectónica de mi apartamento da cuenta de una cierta norma heterosexual en su habitar, una habitación principal matrimonial y una habitación más pequeña para los hijos e hijas, es decir está pensada para una idea de familia heteronormativa. Este arquetipo de vivienda es un rasgo que deja ver las relaciones patriarcal que se normaliza en lo material, en este caso la distribución de los espacios en función de lo socialmente concebido como habitar, se encuentra en relación a una tipología de familia (Caballero, 2016).

Por otra parte está la cocina y el lugar del lavado, que por su estrechez sólo permiten el acceso de una persona (Ver Figura 2-7.) Esto evidencia el hecho de que generalmente sea una sola persona quién se ocupada de estas actividades, socialmente asignadas y desarrolladas por las mujeres. Para Caballero (2016) la arquitectura es un poderoso agente simbólico que organiza la vida social entorno a lo que el autor expresa como la dicotomización, distribución y asignación de los cuerpos y roles en lo público y privado. Así, los espacios materialmente son también agentes en la reproducción de las construcciones de género.

**Figura 2-7** La cocina y el lavadero son los espacios que menos me agradan de la casa.



(En la Figura 2-7 doy respuesta a la pregunta de ¿Cuáles son los espacios de la casa que menos le agradan? Por sus características físicas la cocina y el lavadero es un espacio que me desagrada. Su reducido tamaño, su escasa iluminación, así como su aspecto, hacen de este espacio algo poco agradable e incómodo.)

De igual manera Bergman (2017) explica, por ejemplo, como la cocina por mucho tiempo reforzó el confinamiento y aislamiento de las mujeres, al ser estas las encargadas casi exclusivas de la preparación de las comidas. Si bien la arquitectura de estas se ha ido modificado, en la actualidad aún se experimenta y configura el espacio de la cocina como un espacio incómodo, que al igual que otros, llega incluso a ser invisible pues en ellos se desarrollan tareas socialmente atribuidas a las mujeres. Esto pasa, en los lugares de lavado de ropa, espacios que son reducidos a su mínima expresión o incluso escondidos a la vista.

Entre las mujeres con las que trabajé es recurrente escuchar que los espacios de mayor incomodidad son precisamente aquellos en los que se realizan gran parte de los trabajos domésticos. Ángela, que vive en un apartaestudio acondicionado a partir de la infraestructura de una casa grande, constantemente se refiere al espacio de la cocina y del lavadero como un espacio en el cuál no le gusta estar. Si bien su apartamento es pequeño dichos espacios son aún más reducidos. Es un lugar oscuro, con poca ventilación y que siempre se ve desordenado. Allí se encuentra la cocina, pero también la lavadora y tendedero de ropas (Ver Figura 2-8) (Ver Figura 2-9).

**Figura 2-8** El lavadero es uno de los espacios de la casa que menos le gustan a Ángela.



(En la Figura 2-8 Ángela da respuesta a la pregunta de ¿Cuáles son los lugares de la casa que menos le gusta? El lavadero un lugar que para ella al encontrarse junto a la cocina y la estufa, no sólo es un espacio que se ve desordenado, sino a su vez es incómodo para lavar y tender su ropa.)

**Figura 2-9** La cocina es otros de los espacios de la casa que menos le agradan a Ángela.



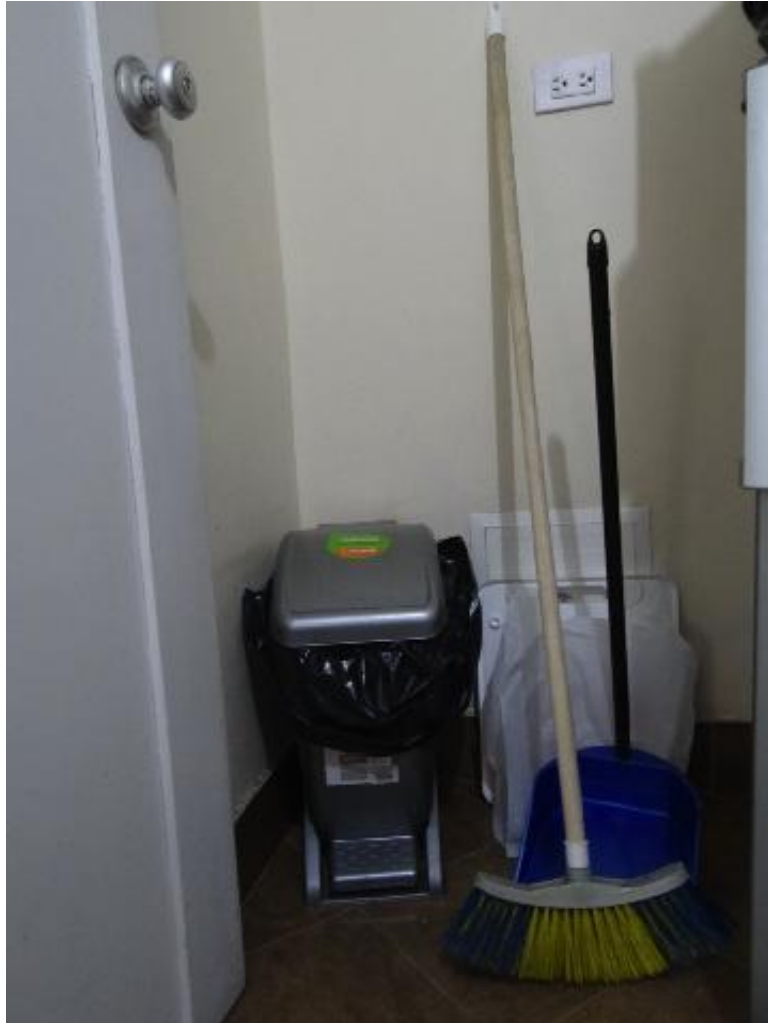
(En la Figura 2-9 Ángela da respuesta a la pregunta de ¿Cuáles son los lugares de la casa que menos le gusta? Para ella la cocina es uno espacio que también poco le agrada, por ser angosto y poco ventilado. Este lugar es además oscuro y no tiene ventanas.)

Para Ángela el cocinar es una actividad de la cual disfruta, y en ocasiones lo hace para su pareja y amigas, no obstante, evita que las personas entren a la cocina, pues siempre está desordenada y no tiene ventilación. A esto se suma que allí mismo, junto a los platos y las ollas se encuentra la zona de lavado y con ello la ropa sucia y la lavada. Le avergüenza que vean el desorden. Su trabajo no le deja tiempo para arreglar su casa y ésta se vuelve un caos. Esto refuerza una idea de ciertos espacios de la casa como espacios de trabajo de las mujeres y una idea de feminidad que se desarrolla a partir de los haceres allí, al tiempo que materializa la división sexual de hombres y mujeres. Frente a esto Caballero (2016) explica cómo sobre los cuerpos femeninos se ha configurado una forma de identidad hegemónica, vinculada con las actividades de cuidado en el espacio doméstico y con la creación de un espacio físico para ello.

Para Carolina y Gina, los espacios de la cocina como de la zona de lavado y aseo en sus casas son lugares poco agradables, generalmente angostos y oscuros. Por ejemplo, cuando Carolina debe lavar, no puede cocinar ya que el tendero queda en el mismo espacio de la cocina. Los objetos de aseo también se ubican allí, junto a la nevera (Ver Figura 2-10), y esto hace que el espacio se sienta apretado y desordenado. Esto también le pasa a Gina, cuya cocina también se encuentra en el lugar del lavado. Un cuartico muy estrecho, en el que no hay ventilación y en el que ubica todos los implementos de aseo: trapos, jabones, traperos y recogedor, todo junto a la ropa sucia que deposita allí en una bolsa negra (Ver Figura 2-11).



**Figura 2-10** La cocina es uno de los espacios de la casa que menos le agradan a Carolina.



(En la Figura 2-10 Carolina da respuesta a la pregunta de ¿Cuáles son los lugares de la casa que menos le gusta? Para ella la cocina es uno espacio que por momentos poco le agradan, ya que al ser un espacio pequeño debe compartirlo con los traperos y las escobas, pues no tiene otro lugar dónde situarlas.)

**Figura 2-11** El lavadero uno de los espacios de la casa que menos le agradan a Gina.



(En la Figura 2-11 Gina da respuesta a la pregunta de ¿Cuáles son los lugares de la casa que menos le gusta? Para ella el lavadero es un espacio demasiado angosto. Es incómodo no sólo para tender la ropa, sino que además es poco ventilado y debe compartirlo con los objetos de aseo de la casa.)

La vivienda a través de su arquitectura, como de sus espacios determinan la manera en que debemos adaptarnos a estos y nos recuerdan de qué manera, y qué sujetos deben hacer uso de determinados espacios. Esto explica lo que Bergman señala en relación a la cocina y aquellos espacios invisibilizados y a su vez feminizados. Aquellos lugares que experimentamos como incómodos pueden materializar a su vez órdenes de género que como justifica Bourdieu (2000) se sostienen en un orden masculino que se impone en una visión androcéntrica y neutra. Por lo que espacios cuyas actividades han sido feminizadas son comúnmente marginados, por el contrario, espacios cuyas características se relacionan con el lugar que ocupan los hombres en la casa, como el de la socialización y el descanso, son espacios materialmente más cómodos, amplios e iluminados.

Por lo tanto en el vivir solas encontramos que los espacios desde su arquitectura definen y reproducen ciertos órdenes sociales, razón por la cual experimentamos cómo éstos se resisten materialmente a ser domesticados, por lo que en el habitar nos encontramos ante continuas negociaciones con ellos. De esta manera la cocina y el lavadero en las experiencias de las mujeres con quienes dialogué, así como en mi caso, son lugares que por su arquitectura o por el uso para el que están destinados, son espacios de poco de disfrute, o que muy lejos están de ser lugares para compartir con otros. Caballero (2016) con respecto a esto plantea que la vivienda tradicionalmente se encuentra estructurada para que ciertos miembros de la familia, y no todos sus integrantes participen en conjunto de las actividades de cuidado y gestión de la casa. De otro lado Wilkinson (2013) precisa la que casa es un espacio que normaliza las relaciones consanguíneas y de pareja en su estructura, obstaculizando de cierta manera el desarrollo de relaciones más allá de estas. Al mismo tiempo, al situar la vivienda en un conjunto de conexiones y relaciones más amplias que replantean la división público-privado, llegan a existir otros controles del espacio que se materializan, por ejemplo, en las cláusulas de arrendamiento y normas de propiedad horizontal, que se encuentran estructurando también las negociaciones que establecemos con el espacio. Sin embargo, como se muestra a continuación dichas negociaciones no impiden que transformemos y otorguemos otros sentidos al lugar en el cual vivimos.

- Un espacio propio

Para Martha quién habita un apartamento propio, en comparación a las otras mujeres, expresó no sentirse incomoda en ninguno de los espacios de su casa. Sin embargo, esto lo dice luego de haber ampliado lugares como la cocina y el lavadero, de llevar a cabo modificaciones en el baño, y construir una habitación en el ático de la casa. Todas esas modificaciones la hacen sentir mucho más a gusto en su casa. Así, aunque los espacios tienen incidencia en nuestro habitar, estos también pueden ser intervenidos y transformados materialmente, bien porque los reformamos estructuralmente, como en el caso de Martha, o por las acciones diarias que en ellos realizamos. Esto pasa de forma particular cuando vivimos solas, pues tenemos mayor libertad a la hora de intervenir o modificar lo que está a nuestro alcance.

Para Gina la cocina, a pesar de ser un lugar pequeño, es un sitio que encuentra agradable. Allí pasa tiempo preparando sus alimentos y compartiendo tiempo con ella misma. Este es un espacio que ha resignificado ahora que vive sola, pues nadie le dice que comer, o si tiene mucho desorden (Ver Figura 2-12) De esta manera los espacios arquitectónicamente determinados para albergar a más personas o para hacer uso de los espacios de determinada manera, se convierten en espacios nuestros a través de los usos que hacemos de ellos o las adecuaciones físicas que allí realizamos. Lugares que modificamos y convertimos por ejemplo en cuartos de estudios, lugares para la lectura, para los chécheres, espacios para las mascotas, las plantas, entre otros usos, a través de las cuáles generamos otras dinámicas a las allí esperadas.

**Figura 2-12** La cocina es un espacio significativo para Gina.



(En la Figura 2-12 Gina da respuesta a la pregunta de ¿Cuáles son los lugares de la casa más significativos? Para ella la cocina es un espacio en el cuál siente la libertad, al tiempo que disfruta de prepararse sus alimentos.)

Para Ángela el cuarto es un sitio muy importante pues es un espacio cómodo en el que según ella hace de todo. A comparación de la sala o la cocina, espacios encerrados y oscuros, la habitación tiene ventana y por ende es mucho más iluminada y ventilada. La cama es su objeto favorito allí. Desde ella ve películas, tiene sexo, duerme hasta tarde, estudia, lee, trabaja y es un espacio en el que también socializa (Ver Figura 2-13) En otras palabras, viviendo solas puede desarrollarse una interacción más libre con los espacios. Experimentamos y/o exploramos de otra manera las compañías, la sexualidad entre otras. La habitación puede ser un espacio en el que podemos comer, socializar, estudiar, disfrutar solas o acompañadas.

**Figura 2-13** El cuarto y en especial la cama es lugar y el objeto que Ángela más disfruta.



(En la Figura 2-13 Ángela da respuesta a la pregunta de ¿Cuáles son los lugares de la casa más disfruta? Para ella su cuarto, así como su cama son los lugares de mayor placer en relación al resto de la casa, ya que allí no sólo se siente cómoda del espacio, sino que a su vez hace lo que más disfruta como descansar, tener sexo, compartir con sus mascotas, etc.)

De igual manera para Gina (Ver Figura 2-14) y Martha el cuarto es el lugar de más agrado. Para ellas este es el espacio más cómodo de la casa, no sólo porque allí descansan sino porque a su vez son los espacios más bonitos. Iluminados y amplios. Además de ser un espacio como en el caso de Ángela de mayor intimidad, en el que, aunque viviendo sola, la habitación encarna esa sensación de estar consigo mismas, de privacidad. Para Woolf (1967) la habitación se convierte en un espacio propio, al ser un lugar para la imaginación, la creación, para encontrarse con una misma, un espacio para los pensamientos y de libertad intelectual.



**Figura 2-14** El cuarto es el espacio que Gina más disfruta.



(En la Figura 2-14 Gina da respuesta a la pregunta de ¿Cuáles son los lugares de la casa más disfruta? La habitación es un espacio que físicamente a ella le encanta, la vista que tiene, lo espacioso que es, y los objetos que tiene allí por ejemplo su cama y televisor, hacen que el cuarto sea un espacio no sólo agradable, sino a su vez allí disfruta de dormir.)

Así, en la el apropiarnos del espacio, nos apropiamos y encargamos de nosotras mismas. Fortalecemos nuestra autonomía, y con ello la toma de decisiones, que en este caso se desarrolla desde y a través de lo material. Las decisiones y modificaciones que hacemos de los espacios, así como las resistencias entorno a éstos, genera cambios en nosotras mismas. Si bien por mucho tiempo la casa ha sido un cautiverio para las mujeres, viviendo solas también se construyen y deconstruyen ideas de lo femenino desde el habitar un hogar unipersonal.

En el proceso de domesticación Giglia (2012) explica cómo los espacios son modificados al tiempo que experimentamos condicionamientos por estos. Algunos por su estructura son rígidamente más ordenados y algunos más dóciles, no obstante, en la interacción con los espacios, podemos a su vez introducir sutiles cambios. De esta manera aunque la casa ha sido materialmente un lugar de regulación y reproducción de lo femenino, como también de lo masculino, los espacios, así como los usos que hacemos o que estos determinan, también permiten la construcción ó deconstrucción de órdenes sociales asociados a la feminidad. La creación de espacios de una misma de conocimiento propio y de autonomía, pero también de tensión en la medida en que están estructural y socialmente determinados.

Todos estos son aspectos me permiten concluir que el vivir en hogares unipersonales junto con objetos y en las relaciones con otras especies, hacemos el espacio, creamos formar propias de habitar a través de las rutinas, las modificaciones que realizamos, así como otros usos o sentidos que le damos a los lugares. Por ello, en el vivir solas nos encontramos con nosotras mismas, establecemos relaciones con nuestras familias, parejas, vecinos que van más allá del espacio y que también reconfiguran el espacio geográfico de la casa. Así, la casa que habitamos solas, lejos de ser un espacio de opresión, es un lugar desde el que transformamos los significados que tradicionalmente la han configurado. Por tanto la casa, así como el sentido de hogar que a esta atribuimos, dejan der ser algo estático para estar en continua re significación.

### **3 Capítulo 2 Mujeres que viven solas, pero en relación con otros**

En este capítulo analizo cómo la vivienda se construye más allá de lo humano, vinculando el espacio, los objetos, así como las mascotas y plantas. Siguiendo a Shillington (2008) la casa es un espacio que comprende relaciones más que humanas, materiales, así como entidades vivientes y no vivas, significativas en la construcción de hogar. Por tanto en el vivir solas se visibilizan y desarrollan otras interacciones que permiten nuestra experiencia espacial, pero también posibilitan y determinan nuestras relaciones sociales. Habitamos con materialidades, estructuras físicas, haceres y otros seres vivos junto con los cuales cobra sentido el habitar hogares unipersonales, al tiempo que se reconfiguran con ellos las relaciones humanas .

Es en estas experiencias del habitar se hacen, reproducen y transforman las construcciones de feminidad y las relaciones de género, entendiendo estos no como meras abstracciones sino como elementos que se desarrollan todo el tiempo, en este caso en la relación con el espacio el cual a su vez se redefine, a través de las relaciones con nuestras mascotas, los objetos, pero también en los vínculos que establecemos más allá del espacio.

De esta manera habitar un hogar unipersonal con entidades no humanas, nos permite comprender como en la relacionalidad con otros, hay una intencionalidad, agencia, y afectación en este caso en la construcción de hogar, que también posibilita el vivir solas. Al tiempo que con estos nos encontramos produciendo otras formas de habitar y de hacer el género, que replantean las formas tradicionales de conformación del hogar, la familia, los roles, emociones, cuidado y afectos.

Por consiguiente en este capítulo pretendo cuestionarme qué tan solas vivimos las mujeres que habitamos un hogar unipersonal, cuáles son las relaciones que se

establecen desde el espacio y cómo el género y la feminidad se construyen, producen o reconfiguran a través de éstas. En ese sentido el capítulo titulado MUJERES QUE VIVEN SOLAS, PERO EN RELACIÓN CON OTROS, busca mostrar que en el vivir solas se establecen diversas y complejas relaciones, por medio de las cuáles nos construimos y definimos constantemente como mujeres.

### **3.1 Vivir solas, con mascotas y plantas**

El espacio de la casa se encuentra no sólo compartido por humanos, espacios físicos, objetos, sino también por plantas y animales, con los cuáles establecemos continuas interacciones en las que se replantea el espacio mismo, sus relaciones, pero también la compañía, la intimidad, el cuidado y los afectos, entre otros. Junto con estos en el habitar así como el sentido de hogar, viviendo más que solas el lugar de lo humano deja de ser central, para albergar y comprender complejos vínculos más allá de estos. Sobre esto Escobar (2000) plantea, desde la perspectiva de los modelos locales de la naturaleza, desde los cuales se abordan los conocimientos y las prácticas de las comunidades con sus entornos, a diferencia de las construcciones modernas de sociedad o de sistemas capitalistas, estos modelos dan cuenta de otros vínculos que se desarrollan en la continuidad entre el mundo natural, humano y supernatural. Por lo que seres vivos y no vivos y/o supernaturales son situados por decirlo así, al mismo nivel o bajo las mismas reglas que los humanos.

De esta manera, las relaciones que se desarrollan en casa, cuándo vivimos con nuestras mascotas y plantas, se construyen también vínculos en los que reconocemos desde otro lugar a la naturaleza, y a través de los cuáles logramos establecer conexiones íntimas entre nosotras y estos seres con los que habitamos, con quienes también se crea o da sentido al hogar. En otras palabras, el hogar es producido a su vez por relaciones e interacciones socio-naturales (Shillington, 2008). Es así que las múltiples relaciones que establecemos en la casa con nuestras plantas y mascotas a través las rutinas que construimos con estos, se configuran la manera en que habitamos la casa dando un sentido al vivir solas. En el ejercicio de interacción con las mascotas y las plantas, que tiene lugar en el habitar solas, se logran establecer vínculos en los que se vuelve

impensable el habitar sin ellas. Habitando hogares unipersonales con otras especies las rutinas, la comunicación, la intimidad, así como el cuidado, se hace otro.

Las conexiones que establecemos con estos seres se producen en la relacionalidad misma, en los vínculos que establecemos en la cotidianidad material con ellas (Shillington, 2008). Estas relaciones reflejan, a su vez, una construcción de intimidad entre-especies que, siguiendo a McKeithen (2017), se basa en la producción recíproca de emociones, sentimientos, pero también de relaciones de poder. Por tanto, en los vínculos que establecemos con los no humanos, dentro del espacio cotidiano del hogar, se generan afectaciones mutuas que contribuyen a configurar resistencias, cuidados y afectos tanto de las plantas y las mascotas hacia nosotras, como al contrario, de nosotras hacia ellas.

Estas relaciones afectivas y cotidianas con otros seres no humanos, en este caso con las mascotas y plantas, también configuran relaciones de género y sentidos particulares de feminidad. Por ejemplo, las relaciones que establecemos con ellas pueden reproducir prácticas heteronormativas o por el contrario acciones que transforman las mismas. En otras palabras los espacios que habitamos pueden verse modificados ante la presencia y la corporalidad de estos seres. Por tanto, los afectos pueden verse deslocalizados más allá de lo humano, generando otras formas de interacciones. Asimismo, nuestros espacios se rediseñan mediante las tareas que juntos con estos adoptamos en la cotidianidad.

Dicho esto, la comprensión de las relaciones humanas y no humanas demanda otras formas de estudiar y explicar dichas relaciones. Siguiendo a Haraway (2016), los vínculos que establecemos con los no humanos, en especial con las especies compañía, se desarrollan más allá del pensamiento binario: civilizado/salvaje, cultura/naturaleza, especie humana/especie animal y se sitúan en perspectivas no androcéntricas que permiten reconocer la interdependencia y complementariedad entre las especies, de manera tal que las acciones humanas se ven intervenidas e influenciadas por las acciones de los no humanos. Aspectos que en el apartado siguiente se desarrollarán.

### 3.1.1 Perros y gatos que acompañan

*Si pudiéramos ponerlo en porcentaje él representa el 80% de mi compañía. Digamos que es un ser que me acompaña permanentemente. En él he volcado toda esa parte emocional, de tener una compañía. Digamos que significa compañía, y significa muchas cosas... el vínculo es muy grande, demasiado grande, desde las rutinas que nosotros tenemos en adelante, es de mucho compartir y de establecer como muchos lazos con él. Saber que por la mañana hacemos esto y aquello, que hay una rutina muy marcada de eso, y él lo sabe. Por las mañanas antes de la 8 de la mañana él ya está molestando, se sube a la cama o cuando se va a acostar lo mismo, la manera de jugar, de por ejemplo pedir la comida, es algo que está muy establecido entre los dos. Y también me he dado cuenta por la manera en que, por ejemplo cuando tengo visitas, él no juega con todo el mundo, sino es conmigo. Él tiene una manera de decir las cosas, por ejemplo, él sabe por las mañanas que cuando yo me pongo el pantalón, el presiente que yo voy a salir con él, entonces trae la mochila para salir. Yo le tengo una mochila dónde le guardo el collar y las bolsas dónde le recojo el popó, y él baja eso de la silla y la trae. Por ejemplo, ese tipo de cosas, el collar lo carga, él ahora hace afuera sus necesidades, ya no hace aquí adentro y me avisa. El vínculo es muy grande vuelvo y repito. (Ángela, marzo 2017).*

La relación de Ángela con Prometeo, su perro de raza Beagle, evidencia las rutinas, así como la comunicación y la compañía que han establecido entre los dos. Los tiempos, así como las actividades que realiza Ángela se desarrollan junto con Prometeo, por lo que puede decirse que ella cohabita con su perro. De esta manera el espacio de la casa ha sido modificado ante la convivencia junta. Ángela y Prometeo comparten el cuarto, pues al igual que ella, él tiene su cama en la habitación. Asimismo la sala y comedor, alberga espacios para la convivencia con él: allí Prometeo tiene un colchón sobre el cual descansa, así como los platos de su comida y sus juguetes. Esto son aspectos en los que se materializa el vínculo, pero también desde los cuales se crea la cotidianidad, pues duermen, comen, juegan, se acompañan y cuidan mutuamente. Estos son ejemplos de cómo el cohabitar con nuestros perros o gatos transforma el espacio de la casa, así como los sentires y rutinas que tradicionalmente allí se ubican (Ver Figura 3-1).

**Figura 3-1** La compañía de Ángela sus mascotas Prometeo y Gaia.



(En la Figura 3-1 Ángela da respuesta a la pregunta sobre ¿Qué objetos, espacios o seres la hacen sentir acompañada? En las que sus mascotas Gaia y Prometeo son los protagonistas. Esta imagen es tomada por Ángela a sus perros cuando estos se encontraban en la cama que ha puesto para ellos en la habitación. Ellos duermen allí y en ocasiones se pasan a la cama de Ángela.)

Al principio Ángela tenía dos Beagles, como se puede ver en la Figura 3-1. Ambos fueron un regalo de su pareja. Sin embargo, para el momento en que nos encontramos para hablar de las fotos su perrita Gaia había muerto de un accidente con un carro. Ángela estaba muy triste y se atribuía la culpa de lo ocurrido. Conforme pasaron los días fue asimilando la partida de Gaia no sin desconocer el vacío que dejaba en su vida y en su casa, y lo difícil que toda la situación era para Prometeo. Además de extrañarla, la presencia de Gaia siguió haciendo parte de las rutinas que habían establecido entre ellos tres, por ejemplo, en variadas ocasiones seguía poniendo su plato de comida, olvidando que no estaba, lo que la hacía sentir muy mal emocionalmente. Asimismo alistaba su correa cuando sacaba a pasear a Prometeo e incluso Prometeo había dejado de ser tan juguetón. Estos son aspectos que reflejan las dinámicas cotidianas que Ángela había construido con sus perritos.

Para Ángela, sus perros son su más grata compañía. En los momentos de tristeza están con ella y evitan dejarla sola. Pero también a través de sus juegos y ocurrencias han hecho de su hogar un lugar más feliz, al tiempo que llenan de sentido el mismo: al batirle la cola llaman su atención, se suben a su cama, juegan con ella. Aspectos que para Ángela hacen impensable la ausencia de sus mascotas, y que a su vez reflejan como estos le acompañan, cuidan, alegran y protegen. Situaciones desde las cuales experimenta la casa de otra manera al habitar junto con ellos.

En su casa, por ejemplo, se encuentran juguetes en el piso y en las camas de los perros. El olor de ellos inunda el ambiente y eso hace que ella se excuse continuamente por si genera molestias. Al principio Prometeo se orinaba dentro de la casa, y aunque procuraba sacarlo juiciosa ya se había acostumbrado a esta situación. Razón por la que le tomó tiempo cambiar este comportamiento. Todas estas situaciones le han permitido conocer y escoger más sus amistades, ya que en algunas ocasiones había invitado amigas que habían terminado incómodas con los olores y llegaban a realizar comentarios negativos a otras personas en el trabajo sobre ella, su casa y sus mascotas. Esto refleja como los vínculos con nuestros perros y gatos también se encuentran modificando las relaciones más allá del espacio, con nuestras amistades, vecinos, pareja y familia.



La relación que se establece entre Ángela y su mascota, también trasciende y determina la relación con el espacio, su domesticación, y construcción, así como también las relaciones que desarrollan con otras personas. Como se muestra en la fotografía (Ver Figura 3-2) Gaia y Prometeo ocupan un lugar significativo en la casa, pues no sólo se han adaptado espacios para su comodidad, sino que a su vez la vida y la experiencia vivir sola de Ángela también se resignifica continuamente junto con estos. Por tanto siguiendo a Haraway (2016) podría decir que en el cohabitar con nuestros perros y gatos no sólo los espacios, sino también ellos y nosotros nos constituimos, al tiempo que se constituyen nuestras relaciones con otros humanos. El afecto por Prometeo y Gaia fue una de las razones por las que decidió vivir sola. Su papá y su mamá no querían a sus perros y esto generaba muchos altercados entre ella y su familia; situación que se ha prolongado en el vivir sola, pues en diferentes ocasiones ha solicitado el apoyo de su familia en el cuidado de sus perros por motivos de trabajo y no ha recibido ayuda, situación por la cual la relación con su familia también ha cambiado.

**Figura 3-2** Prometeo y Gaia en la sala de la casa de Ángela.



(En la Figura 3-2 Ángela nuevamente da respuesta a la pregunta sobre ¿Qué objetos, espacios o seres la hacen sentir acompañada? En esta imagen Ángela muestra lo especial que son sus mascotas. Además de una cama en la habitación, le tiene otra en la sala, como también muñecos, y un guacal para que estos se sitúen también allí, y puedan sentirse muy cómodos.)

Los vínculos con las mascotas, se instauran y desarrollan en el espacio en las actividades cotidianas. Como lo expone Haraway (2016), nos involucramos mutuamente en actos de comunicación que apenas entendemos, nos constituimos los unos a los otros en entramados físicos, históricos, naturales y culturales. La interacción se desarrolla en el encuentro físico de las especies humanas y no humanas. En el espacio de la casa nos relacionamos a través de la saliva, las mordidas, los besos, arañños, caricias, gruñidos, maullidos, pelos, etc. Desde esos encuentros establecemos cierta comunicación, que es posible gracias a una relación histórica y evolutiva de compañía y trabajo articulado. En el caso de Ángela y Martha por ejemplo la relación con las mascotas anteceden el ahora, y se ubica en los vínculos que establecieron ellas viviendo en fincas o zonas rurales y allí en la constante relación con los no humanos.

Martha tiene hace 6 años una perrita, cruce entre Schnauzer y French Poodle, que se llama Hannie (Ver Figura 3-3). Hannie es su más grande compañía ahora que su hija se ha ido. Siempre está cerca suyo y la sigue a todas partes. Cuando quiere jugar le lleva la pelota para que Martha se la tire. La busca para dormir, y cuándo tiene hambre o sed tiene particulares maneras de ladrarle a Martha para pedirle determinadas cosas. Estas acciones determinan que Martha también sea una compañía para su mascota, tanto así, que cuando sale de casa le deja el radio prendido para que no se sienta sola.

**Figura 3-3** Hannie la perrita de Martha, en su silla favorita.



(En la Figura 3-3 Martha da respuesta a la pregunta sobre ¿Qué objetos, espacios o seres la hacen sentir acompañada? Con una imagen que muestra Hannie su perrita sentada en el sillón del que se adueñó, el cual se ubica en la sala de la casa, junto al comedor. Allí tiene unas cobijas que le ha puesto Martha para que este más cómoda.)

En el caso de Ángela como de Martha, el vínculo con las mascotas también determina las relaciones que se establecen con la familia, amigos y amigas, y la pareja, puesto que en el vínculo humano y no humano, como lo explica Donna Haraway (citada por Cristina Pallí Monguilod, 2006), las especies de compañía coexisten, cohabitan y se constituyen de manera íntima, estableciendo incluso nuevas relaciones de parentesco, y con ello otras formas de familia que se vuelven a su vez significativas en la relación que construimos con los otros; llegando incluso a que primen las relaciones con nuestras mascotas frente otras.

Estas acciones podrían enmarcarse en lo que Lucila Desblache (2007) llama la alteridad significativa para referirse a la relación entre humanos y perros. Según esta autora, la cercanía emocional, física y biológica, entre estas especies reconoce una experiencia vital para el bienestar de ambas formas de vida. En efecto, ya no se concibe al perro separado de Ángela o de Martha, ellas dos son o se encuentran en el reconocimiento y reciprocidad mutua, es así como personas y perros nos establecemos mutuamente como especies en compañía.

De esta manera reconocemos la acción y agenciamiento que tienen las mascotas, es decir la capacidad de afectar, cautivar y animar a los seres humanos a actuar, y con ello a establecer relaciones armoniosas con estos. Relaciones que a su vez configuran la experiencia de vivir solas, pues allí también se establecen otras compañías, intimidades, relaciones de cuidado, afectos, roles y rutinas. McKeithen (2017) explica como las geografías animales y posthumanistas reconfiguran el hogar hacia unas ecologías más que humanas, que pueden entenderse como ecologías queer: geografías críticas en las que el género y la sexualidad se encuentran también entrelazadas en las formaciones modernas del espacio natural. En otras palabras, la ecología queer busca entender las relaciones fronterizas del espacio, que escapan a las relaciones heteronormativas, al tiempo que visibilizan el género y sexualidad como un entramado en el espacio.

Así, el hogar como una ecología queer permite dar cuenta de otras relaciones de familiaridad que se desarrollan en la casa, por ejemplo el habitar con las mascotas así como el vínculo que establecemos con ellas, cuestiona el hecho de vivir solas. Las relaciones que se inscriben socialmente en el habitar la casa, y allí las estructuras tradicionales y/o habituales de familia pueden verse transformadas en la convivencia con

otros seres, con los cuáles construimos otros deseos, apegos, vínculos, formas de habitar, parentesco, disfrutes y tensiones, que en conjunto desarrollamos un sentido del hogar. En el habitar un hogar unipersonal, vivimos con otros seres con los cuáles interactuamos a diario, se configura nuestro espacio, desarrollamos afectos y rutinas que escapan a las relaciones humanas normativas que constituyen tradicionalmente el espacio de la casa.

McKeithen (2017) explica como las mujeres que viven con gatos se encuentran de cierta manera re habitando la casa, ya que en las prácticas cotidianas se descolocan y desestabilizan las normas de la domesticidad, género, sexualidad, especie e intimidad. Según el autor las mujeres con gatos, re imaginan las ideas dominantes del hogar, elaboran sus vidas domésticas en ecologías queer, pues los gatos se convierten en los compañeros legítimos, de esta manera se desarrolla una intimidad que se configura más allá de lo humano.

El autor analiza estas relaciones a través de un grupo en twitter con el numeral #catladyproblems, a través del cual se puede observar la relación en que se desarrolla en la casa, de las mujeres con sus gatos. A través de descripciones, frases, expresiones, fotos e imágenes, se puede comprender las ecologías queer de estas mujeres, así como las relaciones de intimidad y domesticidad, en los que se hace referencia a la vida doméstica habitando con ellos. Por ejemplo: 'who needs a relationship when you have a cat #catladyproblems,' #I Wish I Could go home and cuddle with my cat' and '#happy friday—I have a hot date tonight. 'I just wanna find a guy that I can love as much as I love my cats'.

Estos elementos me permiten reflexionar sobre mi vida con Mona, una gata a quien adopte hace menos de un año, y quien ha cambiado mi experiencia del vivir sola. Ahora siento que ya no vivo sola, sino que vivimos las dos. El espacio, los objetos que tengo en la casa se modificaron con ella. Ya no siento estos sólo como míos, sino que ahora son también de ella, en tanto que se fue apropiando a su manera de ellos: por su permanencia allí, con sus hábitos cómo rascarse las uñas, con sus siestas, con sus pelos y juguetes. Asimismo nuestra relación ha ido cambiando, y nos hemos ido conociendo la una a la otra cada día, nos hemos ido acostumbrando a nuevas rutinas que las dos

---

imponemos, como dar paseos cortos en el conjunto, jugar antes de dormir, establecer horarios para levantarnos, comer y descansar juntas. Desarrollamos formas de comunicarnos, de acompañarnos y mimarnos (Ver Figura 3-4).

**Figura 3-4** Mona, mi gata.



(En la Figura 3-4 doy respuesta a la pregunta sobre ¿Qué objetos, espacios o seres la hacen sentir acompañada? Allí muestro a mi compañera de casa, Mona mi gata. En esta imagen Mona se encuentra en el sofá de la casa, lugar en el recurrentemente descansa o se sienta para mirar por la ventana. Normalmente las cobijas dobladas que se encuentran a su lado, se encuentran extendidas para que pueda sentir calorcito.)



Nos cuidamos mutuamente. Mona me brinda seguridad y confort en situaciones de tensión, me hace sentir como en casa, con su presencia, mimos, diálogos, así como en las rutinas que juntas tenemos. Es agradable la sensación de dormir juntas, disfrutar de su compañía en casa, de saber que me espera y me acicala cuando llego, así como de compartir momentos con ella. También me genera angustia cuando se enferma o algo malo le sucede. En ocasiones me siento triste cuando la dejo mucho tiempo sola en casa, por lo que he optado por dejar una lámpara encendida, así como el radio prendido, pues considero que de esta manera se sentirá menos sola.

El amor por los animales por parte de las mujeres, escapa y desestabiliza los regímenes sexualizados del espacio y la familia heteronormativa, pues los afectos y el cuidado en el hogar se suscriben en una ecología queer, que desborda las normativas de género que se producen y reproducen en la casa. En otras palabras los cimientos sociales e históricos de la casa, así como de las relaciones que allí se desarrollan, y que se inscriben bajo una organización heterosexual que determina y distribuye los cuerpos y sus relaciones en el espacio, se trastoca cuando elegimos otras compañías, otros vínculos no humanos en el habitar. Esto, lleva a que el vivir con mascotas cuestione las relaciones entre especie y contribuya a configurar subjetividades y espacios lejos de estas normas de familia. En mi caso a mis 29 años el encontrarme viviendo sola es un experiencia que siento de mayor libertad, y en la que me siento cómoda habitando con quienes yo deseo, como en este caso con Mona, al tiempo que me resisto un poco a la idea de compartir con una pareja, y que esta llegue a regular mi espacio y mis relaciones no humanas, como lo hacía y lo hace mi papá en su casa, o cuando vivía con ellos.

En este sentido considero que en el habitar con nuestras mascotas, ellas se convierten en nuestros hijos e hijas, en nuestros amigos y amigas, en nuestra familia, relaciones que a su vez replantean el lugar de mascotas al complejizarse las relaciones con estos. Pues es con nuestros gatos y perros que pasamos la mayor parte del tiempo y con quienes construimos fuertes lazos. Es así, que la idea de familia basada en un vínculo consanguíneo, así como androcéntrico en el que tradicionalmente son los hombres quienes controlan el espacio, es perturbado por las relaciones entre-especies, a partir de las cuáles el habitar cobra otro sentido.

Sin embargo, estas relaciones entre-especies en el hogar en ocasiones no logran evadir los órdenes sociales y heteronormativos establecidos, sino que contribuyen a establecer o conformar relaciones que se enmarcan en dicho orden. Así, además de establecer vínculos con las mascotas y de ser indispensables en la construcción de hogar, el habitar en pareja o constituir una familia tradicional para algunas sigue siendo un fin último, que yace en las representaciones que se tienen sobre el hogar, pero también que se articulan con la construcción social del ser mujer. Ángela, por ejemplo, no sólo no concibe su vida sin sus mascotas, sino que tampoco la concibe sin la compañía de una pareja con la que pueda envejecer. Sobre esto McKeithen (2017) argumenta que las reinversiones socioespaciales y subjetivas del amor hacia los animales no es total, como tampoco un propósito en sí mismo. Así, la soledad que algunas mujeres experimentan viviendo junto a sus mascotas no las lleva a perder la esperanza de conseguir pareja. En el caso de Ángela es un recordatorio permanente pues sus perros propician y evocan la relación con su novio, ya que él fue quien se los regaló y quien además en ocasiones cuida de ellos.

Las relaciones con nuestros perros y gatos desde el vivir solas, así como el habitar un hogar unipersonal para algunas de las mujeres con quienes dialogué no es su anhelo o una decisión final, sino que se enmarca, según lo expresa McKeithen (2017), en una multiplicidad de deseos en las que cohabitar con otras especies constituye modos de intimidad tanto alternativos como normativos. Vivir con nuestros perros y gatos, en un hogar unipersonal, puede generar orientaciones contradictorias: en ocasiones se experimenten sensaciones de tranquilidad, en otras existe a su vez la tensión de construir un hogar heteronormativo. Este último se constituye también un ideal de realización de algunas mujeres que se ven como esposas o madres, pero también en relación a una serie de expectativas y deseos. Razón por la que vivir en un hogar unipersonal con nuestras mascotas puede ser visto como no legítimo, poco convencional, frente a la conformación tradicional de la casa, familia y hogar.

### 3.1.2 Las plantas

*Yo entiendo que son como un animalito que no habla, las maticas también sienten, entonces yo les echo agua y les hablo. Ésta por ejemplo [señalando una de sus planteas] la tengo hace 25 años, antes de que naciera mi hija que tiene 21, y desde entonces siempre se me demora en florecer. Yo le digo ¿cuándo es que me va a dar flores? porque solo me ha florecido 4 veces nada más. Cuando veo que mis matas están todas sequitas vengo corriendo a echarles agua, y les digo ¡ay pobrecitas mis niñas que están todas secas! Cuando viajo dejo a alguien que me las cuide y me les eche agua, sin embargo, se me entristecen. Cuando estuve por Europa que duré mes y medio, había dejado a la vecina del segundo piso para que me les echara agüita y le había dejado la perrita, y cuando volví encontré unas maticas tristes, casi secas. (Martha, marzo 2017).*

De manera similar a la relación que se establece con las mascotas, el vínculo con las plantas da cuenta de un tipo de relación que se desarrolla con otras especies desde el que se configura el hogar. Las relaciones con las plantas dan cuenta de afectos, al tiempo que expresan y materializan construcciones de género particulares. Para Martha, éstas no sólo significan vida y naturaleza, sino también traen consigo los recuerdos de su casa en la infancia, así como de la relación con su mamá, de quién heredó el gusto y cuidado por ellas. Esta genealogía femenina se fortalece a través del vínculo que Martha tiene con estas especies de compañía, un vínculo que florece en los encuentros cotidianos que tiene con éstas.

Sobre su niñez Martha expresa que vivió junto con su madre y hermanos en el campo, por lo que tuvo la oportunidad de crecer rodeada de vegetación que su mamá sembraba y cuidaba en un huerto. Esto se refleja hoy cuando ella se siente a gusto sembrando sus maticas, viéndolas crecer y florecer o en ocasiones dándole frutos. Bhatti, Church, Claremont & Stenner (2009) señalan que en la interacción con los jardines se desencadenan memorias de la infancia y la familia, cómo también se reviven vínculos con personas específicas, como es el caso de Martha con su mamá y la relación que de ella hereda con el cuidado de las plantas domésticas. De este modo la relación que entablamos con las plantas en los jardines caseros, la manera en que las regamos, cortamos sus hojas, y hablamos con ellas, evocan recuerdos que, en este caso, dan forma a la existencia y la identidad femenina de Martha.

De esta manera la relación con las plantas se encuentra atada a experiencias pasadas que a su vez dan sentido al habitar en el presente. En las interacciones con las plantas no sólo recordamos experiencias pasadas sino también cohabitamos con estas, al tiempo que construimos vínculos afectivos. Así, en las rutinas diarias en espacios de la casa como el jardín, se configura una noción de hogar relacionada con las actividades domésticas y actividades de ocio que allí se llevan a cabo, y a partir de las cuáles se resignifica el sentido de la casa. Siguiendo a Bhatti et al. (2009) el espacio de la casa, y las actividades que allí se desarrollan pueden contribuir a reconfigurar un régimen represivo de rutinas ligadas especialmente a las mujeres; esto en el sentido de que posibilitan que los placeres y afectos que emergen de esta relación con las plantas den cabida a otras formas cotidianas de relacionarnos con el espacio. Si bien para Martha luego de dejar de trabajar y de que su hija se fuera de casa, las tareas del hogar se alivianaron, y su relación con las plantas desde entonces es otra, las disfruta más y dedica mayor tiempo a estas.

Martha, le habla a sus plantas, las consiente, las riega, limpia sus hojas y en esas acciones se origina cierto placer en el contacto con la naturaleza, le genera tranquilidad, alegría, la hace pensar en otras cosas cuando tiene tensiones. Estas son emociones e interacciones desde las cuales ella consigue re encantar y dar sentido a su vida cotidiana todo el tiempo. Así, en el hacer jardinería en el hogar, existe una experiencia perceptiva afectiva que involucra modos multi-sensoriales en donde el cuerpo humano también es tocado y es movido en las relaciones con los no humanos, esta experiencia tiene la capacidad de afectar y agenciar a los seres humanos, de seducirnos y movernos a actuar (Bhatti et al, 2009).

Martha, por ejemplo, no sólo es afectada emocionalmente por las plantas, sino que esa afectación la lleva a reorganizar su espacio también. Así, además de que sus plantas se encuentran en el centro de su casa (Ver Figura 3-6) el lugar más cálido, soleado y propicio para sus plantas, también tiene planeado construir una huerta en su apartamento, para lo cual piensa a futuro remodelar su casa. En relación con esto Shillington (2008) explica como las plantas y los árboles intervienen el espacio, tanto como las acciones y cuerpos de las personas, pues estos no sólo brindan privacidad, cobijo, sombra, regulan la temperatura y demás factores; sino también mueven a las

---

personas a actuar en torno a estos y en relación con sus tiempos ecológicos como los ciclos de siembra, riego, crecimiento, florecimiento, producción de frutos.

**Figura 3-5** Las plantas de Martha.



(En la Figura 3-5 Martha también da respuesta a la pregunta sobre ¿Qué objetos, espacios o seres la hacen sentir acompañada? En esta imagen resalta el lugar de las matas en su casa y en su vida. Esta son el centro de la sala, pero también se ubican en los diferentes espacios dentro y fuera de la casa.)

De esta manera las plantas se articulan a la vida cotidiana a través de los cuidados y afectos que con estas construimos en la interacción con ellas: ellas embellecen y encantan nuestros hogares unipersonales a través de sus materialidades y formas, así como a través de las memorias que evocan. Nos ajustamos a sus ciclos y tiempos, en ocasiones nos alimentamos de sus frutos, purifican nuestro aire, modifican nuestros espacios, afectan nuestras emociones. En esta relación plantas-humanos construimos también un hogar en el que cohabitamos con la naturaleza, con una materialidad viva, relación que ha sido construida histórica, social y naturalmente (Bhatti, et.al, 2009).

- Vínculos desde las plantas

Los vínculos que establecemos con las plantas también pueden generar sensaciones de frustración y tristeza cuando se marchita o no florece una planta, cuando estas se dañan, o en ocasiones debemos ausentarnos y no tenemos quién las cuide. Pero también sentimos gozo al cuidarlas, verlas crecer y observar que están bien. Sin embargo, también es significativo la manera en que se desarrollan y fortalecen las relaciones que establecemos con otras personas, junto con las plantas. Por ejemplo, a Martha, sus amigas y hermanos acostumbran a regalarle maticas, al tiempo que ella obsequia “hijitos” como ella les llama, a los brotes que salen de sus plantas, a sus amigas o personas cercanas. De hecho mis primeras plantas fueron un obsequio de Martha (Ver Figura 3-6). Las relaciones que se establecen con otras personas se dan gracias a la identidad de Martha con sus plantas, Martha es con ellas, al tiempo que es reconocida por otras personas junto con las plantas.

**Figura 3-6** Mi compañía también son las plantas.



(En la Figura 3-6 doy también respuesta a la pregunta sobre ¿Qué objetos, espacios o seres la hacen sentir acompañada? Mis matas otra forma de compañía, que sitúo en el espacio de la sala. Las ubico allí no sólo para dar vida y embellecer el espacio, sino porque es el lugar más iluminado para ellas.)



Los jardines que se construyen en el interior de las casa son un cultivo de relaciones sociales, en los que se materializa, no sólo el proceso de domesticación del espacio, sino también las relaciones familiares, de amistad, trabajo, amorosas, vecinales y demás. En el caso de Martha sus plantas son objeto de conversación con su hija, amigas y familiares, al tiempo que fortalecen y materializan esos vínculos afectivos entre humanos.

Las relaciones espaciales que Martha tiene con sus vecinas se dan desde las plantas: el corredor que comunica a los apartamentos contiguos al suyo es un espacio en el que ella y su vecina han habitado con materas y matas sembradas por ellas y que ambas cuidan. Así, los vínculos que establecemos con las plantas producen nuevas relaciones sociales, encuentros afectivos, maneras de relacionarnos con nosotras mismas y de transformar el espacio. Por lo tanto la relación de Martha con sus vecinas se hace posible en las rutinas y el vínculo con las plantas, mediante los cuales el espacio es intervenido para dar cabida a las relaciones entre especies, que trascienden las fronteras entre el espacio público y privado, pues las relaciones se establecen más allá del apartamento de Martha, para constituir y fortalecer junto con las plantas los lazos con su familia, amigas y vecinas. Estas últimas al punto de que cuando Martha sale de viaje, son ellas quienes se encargan de cuidar de su casa, plantas y perrita (Ver Figura 3-7).

**Figura 3-7** Las plantas de Martha, ubicadas en el pasillo a la entrada de su casa.



(En la Figura 3-7 Martha nuevamente da respuesta a la pregunta sobre ¿Qué objetos, espacios o seres la hacen sentir acompañada? Pero esta vez habla de las relaciones con sus vecinas a partir de sus plantas. Las matas que allí Martha ha plantado, las ha ubicado en el corredor a la entrada de su casa (plantas del costado izquierdo), y sus vecinas han seguido su ejemplo (plantas del costado derecho). Entre ellas cuidan de las plantas sin importar de quien sean, lo que ha fortalecido su amistad.)

Las plantas nos permiten establecer una relación particular con nosotras mismas, y aunque no todas las personas somos afectadas de la misma manera por estos seres, el vínculo y los afectos que se generan permiten comprender el grado de afectación de los mismos, así como la complejidad de las relaciones (Archambault, 2016). Por ejemplo, en el caso de Carolina la relación que establece con las dos plantas que tiene es diferente a la de Martha, ya que aunque ella riega y habla con sus maticas, ellas no son tan protagonistas de su espacio, como lo son las plantas en la vida de Martha.

Las plantas de Carolina las adquirió viviendo sola, una fue un regalo y la otra la compró. La presencia de ellas la acompaña, están presentes en su espacio, la escuchan, interactúa con ellas especialmente dos veces por semana, cuando las riega, les habla, les limpia sus hojas y en ocasiones las adorna. Ella ha construido una relación muy bonita con sus plantas, alegran su espacio y la esperan cuando está de viaje para que cuando vuelva las riegue. Ellas a su regreso aunque algo apagaditas, nunca se le han muerto (Ver Figura 3-8) (Ver Figura 3-9).

**Figura 3-8** Las plantas de Carolina.



(En la Figura 3-8 Carolina da respuesta a la pregunta sobre ¿Qué objetos, espacios o seres la hacen sentir acompañada? La imagen es la de una planta que le regaló su mejor amiga, recién se fue a vivir sola. Está ubicada en la sala, cerca al comedor y le ha puesto dos ovejitas para adornarla y para que le hagan compañía a su mata. Carolina dice que esta planta es muy agradecida, pues es muy bonita y no hay que regarla seguido.)

**Figura 3-9** Otra de las plantas de Carolina.



(En la Figura 3-9 Carolina da también respuesta a la pregunta sobre ¿Qué objetos, espacios o seres la hacen sentir acompañada? En esta imagen Carolina nos muestra su otra planta, la cual le compró a su hermana. Esta se encuentra en la sala de la casa, sobre uno de los objetos más preciados para Carolina, sus libros y objetos que considera también una compañía.)

De esta manera considero que cada relación que establecemos con los no humanos es única. En el vivir solas, establecemos lazos más fuertes con ciertos no humanos y no con otros. Estas relaciones en su diversidad, nos permiten construir nuestros espacios, así como nuevas relaciones con nosotras mismas. Las relaciones que se construyen con las plantas son muy distintas a las relaciones que establecemos con las personas, ellas resignifican nuestro habitar solas. Los apegos, la comunicación, la compañía que establecemos con ellas se convierten en relaciones de escape cotidianas. Estas también encarnan romanticismo, familiaridad y en ocasiones contribuyen a construir relaciones de parentesco más que humanas.

En el estudio que realiza Archambault (2016) sobre las y los jardineros muestra como ellas y ellos afirman que las plantas son sus amantes. Las formas en que resaltan su belleza y cómo ello configura un vínculo afectivo con ellas, que resiste y escapa a las relaciones de pareja del contexto capitalista de Mozambique, a las que los jardineros, por su condición económica, no escapan fácilmente: para conquistar y tener pareja se requiere también de medios materiales que garanticen el vínculo, razón por la cual prefieren invertir su tiempo y afecto en la relación con sus plantas. En ocasiones los afectos que depositamos hacia los no humanos puede convertirse en una salida a las relaciones normativas de pareja u otras relaciones, en mi caso por ejemplo las relaciones de cuidado hacia las plantas, son relaciones y acciones que decido desarrollar, en vez de relaciones de cuidado hacia otros humanos, pues considero que estas son más gratificantes. Demandan poco cuidado o menor desgaste emocional, físico, económico y también de tiempo. Lo que a mi parecer es una relación que me brinda tranquilidad, al ser una especie que aunque requiere de atención, no es la misma que se desarrolla hacia las mascotas o humanos, y sin embargo es a su vez fructífera, lo cual se evidencia en el bienestar de estas, en el brillo de sus hojas, crecimiento y posición.

Los afectos que establecemos con las plantas pueden escapar de las relaciones humanas tradicionales del habitar, para construir vínculos como en el caso de Martha con sus plantas a quienes las reconoce como si fuesen sus hijas, les habla, las mimas y cuida, en otras palabras es movida por los afectos que ha construido junto con ellas. Podría decirse que en el vivir solas, así como en la relación con los no humanos se pueden explorar y afianzar vínculos que antes no eran cercanos, y desarrollar así formas propias

del habitar, de construir otros afectos que intervienen en la manera que ocupamos y experimentamos el espacio actual y el que deseamos habitar en el futuro.

No obstante las relaciones que establecemos con los no humanos son a su vez diversas, pues construimos vínculos más fuertes con unos, que con otros. Por ejemplo la relación de Carolina con las plantas no es la misma a la que siente por sus libros. Con ellos comparte más tiempo y más espacios, aspectos de los que hablaré en el siguiente apartado. De manera similar mi relación con las plantas es distinta al vínculo con mi gata, a las plantas dedico cierto tiempo, y espacios, si bien siento cariño por ellas, llena de vida el espacio, me preocupo por su cuidado, me afecta verlas marchitas, sin embargo he construido un vínculo más fuerte con mi gata, así como Carolina con sus libros.

En conclusión dichas relaciones escapan a una idea de heteronormativa, despiertan afectos que permiten construir otras formas de intimidad y de compañía desde los que resignificamos el vivir solas, cuestionando la idea de habitar “solas” cuando reconocemos otras compañías lejos de la familia, parejas, amigas y amigos, entre otros. Así, los encuentros afectivos con las plantas se desarrollan formas alternativas de ser y de relacionarse. En las relaciones entre especies de las que somos parte, se replantea lo que pareciera ser la naturaleza como algo alejado, externo, para demostrarnos que somos parte de ella, que somos con ella. Por tanto, las divisiones de los ámbitos público y privado se trastocan desde estas relaciones, en las que somos y construimos más allá de lo humano, pero también más allá de los límites geográficos de la casa, en los cuales se crean otros sentidos del hogar.

### **3.2 Objetos que acompañan**

En el vivir solas no sólo habitamos con otras especies como se recoge en los apartados anteriores, también establecemos relaciones de compañía con las materialidades al tiempo que afectan y posibilitan la experiencia de habitar, en ese sentido los libros, el celular, el televisor, la radio y el computar, entre otros, se convierten en elementos fundamentales en la experiencia de vivir solas. Estos objetos ocupan un lugar importante pues con ellos también construimos intimidades, rutinas, transforman nuestras relaciones sociales, domesticamos el espacio e intervienen a su vez en nuestra experiencia emocional y sensorial. Por tanto en la relación con los objetos podemos tener vivencias

tanto positivas como negativas en las que gozamos del espacio, pero también experimentamos formas de control que se reproducen con estos.

En el habitar con los objetos desde el vivir solas, estos a su vez se hallan mediando y reconfigurando el encuentro con otras personas, familias, parejas, relaciones laborales y amistades, sin embargo en las continuas interacciones con las materialidades, en conjunto se desarrollan y posibilitan otras relaciones con una misma, y así como maneras de pensarnos, cuestionarnos y representarnos. Por tanto las construcciones de género también se hacen y deshacen en estos encuentros, tal como lo explica Vivian Lagesen (2012), las interacciones que se dan entre los humanos y materialidades, se desarrolla una construcción mutua del género. Elementos que se irán desarrollando a continuación.

### **3.2.1 Habitando con los objetos**

*Digamos que el computador es muy importante en mi vida, porque es el único medio de distracción mía. Con el computador veo películas, me comunico con la gente, hago trabajos, entonces el computador ha sido una cosa importante. No me he pensado sin él... creo que sin el computador se me va media vida, es el medio de comunicación más grande, pero creo que sin el computador viviría sin los libros no. Estos objetos se convierten también en cosas rutinarias para una ... están ahí, yo permanentemente tengo el libro o los libros para leer, no es sólo uno sino generalmente estoy leyendo dos o tres libros en paralelo, y destino tiempo también para hacerlo, de las 5 a las 8 pm yo estoy leyendo. En la mañana también de 6 a 8 am estoy leyendo. Y el computador, con el computador hasta he rumbeado o de las cosas que hago con mi pareja tiene que ver con los juegos, ahora estamos jugando entonces él me deja tarea para hacer, o nos ponemos los dos a leer o ponemos música y nos ponemos a bailar acá, o sea estos objetos también acompañan. (Ángela, octubre 2017).*

Los objetos con los que habitamos se incorporan a las prácticas cotidianas de nuestras vidas. Están presentes junto con nosotras y hacen una diferenciación en la manera que experimentamos el vivir solas: comer, dormir, llevar a cabo los quehaceres de la casa, estudiar o trabajar en casa, compartir el espacio con otras personas, entre otras actividades que allí realizamos, en las que se construye una situación, y a partir de allí un



sentido del hogar, cómo lo explica Fernando Domínguez (2008) los objetos son agentes constitutivos de las relaciones. Esto es, desarrollan una agencia distinta a la humana, que posee la facultad de generar, crear o forjar el desarrollo de las situaciones, momentos o acciones. Los objetos tienen la facultad de introducir una diferencia en un estado de cosas o situación, de tal manera que es un actor de la misma generando la potencialidad a que esta se desarrolle. En palabras de Domínguez *“una situación viene a existir en la manera que lo hace a través de las diferencias creadas por los agentes implicados en su creación.”* (2008:97)

Viviendo sola el televisor es un artefacto al cual recurro frecuentemente para sentirme acompañada, en esos momentos este objeto a través de su materialidad posibilita que yo me sienta cobijada, entretenida y que de cierta manera reconozca una especie de presencia conmigo. Busco el televisor para comer, en ocasiones para antes de dormir o cuando me encuentro algo cansada o tensionada me relaja. Por tanto no sólo capta mi atención, al tiempo que genera afectaciones en mi estado de ánimo. Estos aspectos hacen que el televisor se encuentre significando mi relación con el espacio, debido a que marca una diferenciación en mi experiencia, al tiempo que posibilita que esta suceda. Por tanto, éste objeto como yo somos actores de las rutinas e intimidades que se desarrollan viviendo solas.

Razón por la que considero que en el vivir sola, el televisor no sólo acompaña sino que a su vez se desarrolla junto con éste cierta relación de intimidad. Intimidad que se da en el compartir un mismo espacio, en el que se genera una sensación de tranquilidad y de disfrute. Pero también en el habitar, los silencios que inundan la casa el sonido del televisor proporciona y llena los espacios. Me siento en casa y en hogar cuando lo escucho, aunque no siempre me encuentro frente a éste. Vivo con dos televisores, uno en el cuarto (Ver Figura 3-10) y otro en la sala (Ver Figura 3-11). El de la sala significa los momentos de almuerzo, la cena, mientras cocino y lavo la loza. Mientras que el otro lo hace en ocasiones al descansar o en momentos de enfermedad, es mi más grande distracción. El radio también hace parte de mí habitar sola, por lo general es mi compañero en las mañanas y mientras estoy estudiando o trabajando, y cuando me baño (Ver Figura 3-12). Estos objetos no sólo hacen más placidas mis actividades sino a su vez otorgan de sentido a las mismas, posibilitando la situación a que estas se desarrollen.

En esta relación con los objetos desde el vivir solas las sensaciones que experimentamos en conjunto en el espacio, hacen que estos deshagan formas tradicionales del hacer doméstico para albergar otras relaciones que replantean las divisiones sociales de los espacios. Es así que considero que la autonomía que generamos junto con estos, a través de la vivencias o situaciones que con estos construimos, transforman aspectos en una misma. En mi caso además de la compañía, la autonomía que por ejemplo experimento al decidir qué quiero ver o cuándo, posibilita otras sensaciones en mí que alimentan aspectos como la toma de decisiones, al tiempo que se genera una experiencia de libertad en el espacio.

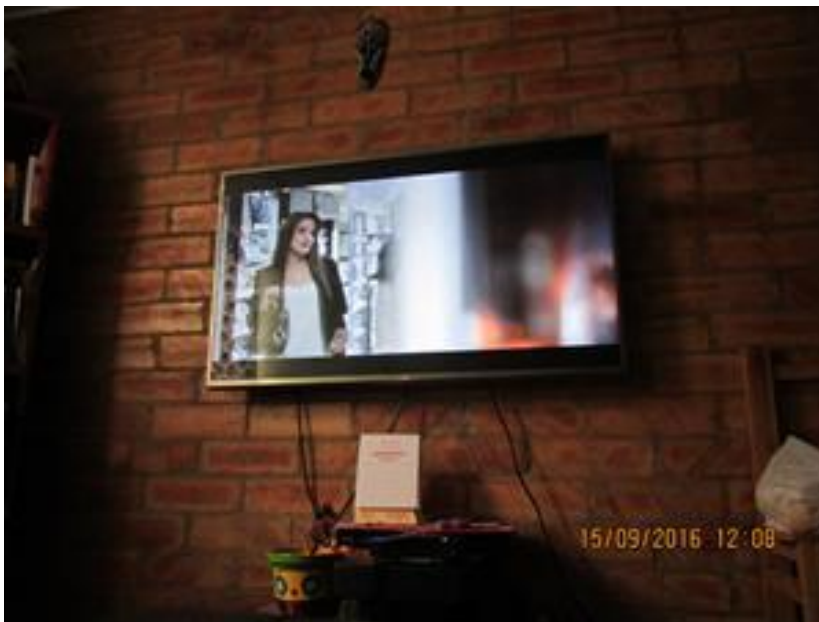
Siguiendo a Lagesen (2008) las asociaciones que establecemos con los objetos hacen del género un hacer constante, en el que se reproducen o trastocan las construcciones sociales en relación al espacio, de esta manera se pueden experimentar libertades, pero como analizaré más adelante también tensiones cuando vivimos solas. Por tanto en esta forma de habitar los objetos no sólo estos hacen parte de nuestra vida, sino a su vez hacen posible que se constituyan otras relaciones con el espacio las cuales generan cambios y experiencias diferentes en una misma.

A partir de allí considero que el espacio, los objetos u artefactos y el género se desarrollan conjunta y continuamente. A través de las múltiples relaciones y conexiones en las que se crean los hogares unipersonales, pero desde las cuales también nos hacemos nosotras. En esa medida retomando a Latour (2005) podría decirse que somos un engranaje de relaciones que confluye todo el tiempo, en el que participan distintos actores tanto humanos como no humanos, que en este caso hacen la experiencia de vivir solas.

**Figura 3-10** El televisor de mi cuarto.



**Figura 3-11** El televisor de mi sala.



(En las Figuras 3-10 y 3-11, doy respuesta también a la pregunta sobre ¿Qué objetos, espacios o seres la hacen sentir acompañada? Allí con las imágenes de mis televisores prendidos, busco dar cuenta de la compañía a través de sus sonidos e imágenes que llenan mi espacio. Son el centro de los espacios de la sala y del cuarto, pues busco adecuar los espacios y objetos entorno a estos.)

**Figura 3-12** La radio en mi baño.



(En la Figura 3-12, doy respuesta de igual manera a la pregunta sobre ¿Qué objetos, espacios o seres la hacen sentir acompañada? En este caso el radio un objeto que también me acompaña sobre todo en las mañanas y durante el tiempo de estudio o trabajo frente al computador. Su lugar es siempre es en el baño, pues sobretodo está conmigo en las acciones cotidianas en este espacio con música o noticias. Las cuáles se extienden a los demás espacios de la casa.)

Para Silverstone (2006) los objetos o en este caso los aparatos electrónicos como el televisor se encuentran redefiniendo el espacio del hogar, estos se incorporan a la vida y a nuestros hábitos, modelando la cotidianidad. En otras palabras, estas tecnologías circulan, se integran y habitan con nosotras, intervienen en nuestro tiempo y dinámicas. Están presentes en nuestros espacios más íntimos mezclados con otras materialidades que integran nuestras rutinas: como lo muestran las imágenes están al lado de nuestras cremas, seda dental, ropa y muebles y ello constituye toda una ecología que redefine la intimidad de nuestro hogar.

Por tanto, en el vivir solas y en las interacciones con diversos objetos vamos aprendiendo otros lenguajes, es decir los códigos a través de los cuáles estos operan, números, teclados, botones, movimientos y demás, aprendizajes que significan en muchos casos formas de empoderamiento. Siguiendo a Alborch (1999) existe una sensación de poder cuando adquirimos dominios y destrezas en las relaciones materiales que sostenemos con estos artefactos. Allí se desarrolla un grado de autonomía que se da en relación directa con el objeto, al tiempo que éste adquiere un nuevo sentido para el espacio, y con ello en la conformación de hogar, pues pensar el espacio sin este es difícil. En el televisor veo y escucho lo que quiero, al tiempo que interactúo con sus códigos y su materia, en otras palabras me relaciono con su control remoto una especie de mouse inalámbrico, así como de sus funciones y sistema operativo. Y en ocasiones con el equipo a través de su limpieza o cuando lo ubico en otro espacio de la casa. De esta manera interactúo y me desenvuelvo desde el vivir sola junto con las materialidades, con las cuales construyo, aprendo y me empodero en el manejo de los objetos, pues en ocasiones cuando vivimos con otras personas, son estas quienes asumen determinados roles en relación con el uso o reparación de ciertos objetos.

Por consiguiente, en el uso que hacemos de artefactos en el vivir solas, también experimentamos otras relaciones en la que se puede fortalecer la autonomía y la confianza, al tener un contacto directo y también a solas con estos. Según Lagesen (2012) en la interacción con los objetos se originan nuevas relaciones, que en este caso reconfiguran la vida cotidiana y propician otras construcciones de feminidad; así, desde el vivir solas somos otras también junto con los objetos.

Por ejemplo poder ver los programas que yo deseo, el tiempo y el momento en el que quiero ver televisión, también me permite experimentar de manera diferente el lugar. Así, en la relación que tenemos con los objetos en nuestro vivir solas se encarnan formas de resistencia frente al control de los espacios que se experimentan cuando se vive con otros. En espacios familiares, los televisores dan cuenta de relaciones de poder, así como de jerarquías al interior de los hogares entre quienes compran y manejan e interactúan con dichos artefactos. Por tanto, en el vivir solas el televisor además de ser una compañía también puede generar sensaciones de autonomía y de goce cuando se hace uso de éste para nuestro gusto y placer.

De forma semejante, la relación que establece Ángela como se expresa al inicio de este apartado con el computador, da cuenta del sentido que adquieren los objetos en el vivir solas y la manera en que se configuran relaciones de compañía, pues junto con éste ve películas, trabaja, estudia, se comunica con otras personas, se divierte, escucha música y hasta baila. Comparte con el computador en el comedor, pero sobre todo en su cuarto y allí, en la cama. Por tanto hasta su intimidad se reconfigura junto con este objeto tecnológico con el cual hace su hogar, pues en la interacción constante y hasta en la dependencia que adquirimos con estos objetos, el vivir solas no sería lo mismo. Nos comunicamos, intervienen en nuestras emociones, habitan el espacio con nosotras, e intervienen los tiempos de descanso, trabajo, así como las relaciones con otras personas.

Para Ángela el computador también le ha permitido conectarse con su pareja, pues juntos juegan en este dispositivo, se comunican y disfrutan de momentos juntos. Por estas razones Ángela ve alterada su cotidianidad cuando su computador se daña, ya que su ausencia afecta su vida en la casa, en el trabajo y en sus relaciones interpersonales. Pues se queda sin con quien vivir el espacio, sin sus sonidos, sin en que trabajar, ver películas, escuchar música y comunicarse con otras personas. Aspectos en los cuales se observa como el computador se constituye como un actor indispensable en la creación y desarrollo de sus rutinas.

Las relaciones que se establecen viviendo solas, muestran formas en que nos encontramos con los objetos, éstos actores configuran nuestras relaciones

interpersonales diarias. La relación que establecemos con los artefactos en el vivir solas generan otras formas de habitar. Esto podría entenderse desde la noción de intra-acción propuesta por Barad (2013). La intra-acción da cuenta de relaciones que se desarrollan más allá de la interacción de entidades y seres independientes, para convertirse juntas en algo nuevo. Así somos con estos objetos y ellos con nosotras, no podemos pensar en nosotras y en nuestro habitar sin ellos. En este caso en las relaciones que desde el vivir solas establecemos con los objetos, dejamos de ser mujeres solas para “convertirnos con” otras compañías y en esos enredos se crean otros habitares.

Por ejemplo, la ausencia o alteración que le causa a Ángela su computador cuando este se daña, evidencia que de cierta manera ella se encuentra construida o intervenida por dicha materialidad y que configura a su vez su construcción como mujer, así como sus roles son definidos en esta relación. En la que no sólo se reinventa su espacio, sino también ella misma, pueden reproducirse ciertas construcciones de género o modificarse a través de las materialidades, las relaciones de pareja, con la casa, y los haceres allí. De esta manera se flexibiliza a su vez la idea de hogar, al habitar con otros, y dónde los sujetos se hacen y rehacen en el vivir solas.

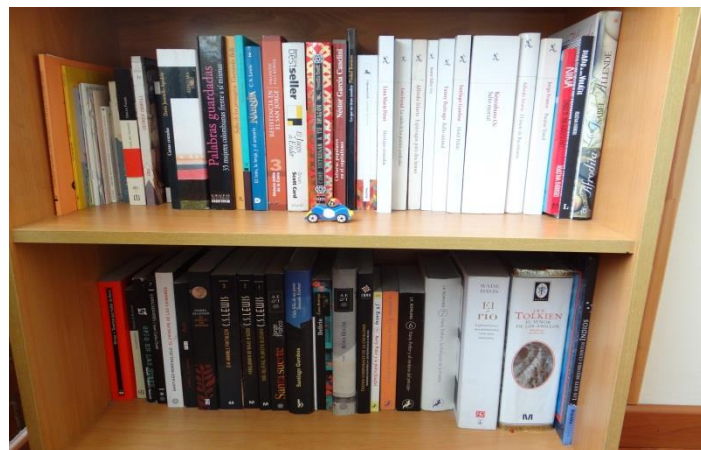
Articulando esto con lo que argumenta Lagesen (2012), podría decirse que el género y la tecnología son entidades heterogéneas y maleables, pues ambas se encuentran en continuo movimiento. Las asociaciones entre estas generan normas, conocimientos, identidades, en las que género y tecnología se hacen y se deshacen de manera compleja. En el vivir solas, esto también ocurre, en las relaciones que se establece con los objetos, las construcciones de género se tornan fluidas y flexibles.

Si bien aunque para Carolina la relación con su computador es muy importante, es su relación con los libros lo que le permiten habitar su casa de otra manera, se siente mucho más tranquila, disfruta de estos, tiene la libertad de invertir buena parte de su sueldo en comprarlos y no es juzgada por ello. La relación con los libros le ha permitido a su vez sentir el espacio como un lugar propio, así como establecer otra intimidad con los mismos: están presentes en toda su casa, la acompañan antes de dormir, en ocasiones al comer, mientras que ve televisión, etc. Este objeto es capaz de afectar su entorno, cotidianidad y hasta su estado de ánimo, pues también recurre a ellos cuando se siente triste, preocupada o feliz (Ver Figura 3-13) (Ver Figura 3-14).

**Figura 3-13** Libros de Carolina.



**Figura 3-14** Los libros de Carolina en la sala.



(En las Figuras 3-13 y 3-14 Carolina da respuesta a la pregunta sobre ¿Qué objetos, espacios o seres la hacen sentir acompañada? En estas imágenes nos muestra Carolina los libros que hacen presencia en su casa, los cuáles no son sólo usados para adornar sus espacios, sino que son su más grata compañía. Estas bibliotecas se encuentran ubicadas en la sala de su casa. En ocasiones rota los libros, es decir que hay libros que tiene guardados que rota, pone y cambia en estas bibliotecas, pues le gusta no sólo poner sus libros favoritos allí, sino también aquellos que aún no ha leído.)



Siguiendo a Barad (2013) Carolina es otra ahora que vive sola, que experimenta otra relación consigo misma en la relación que se desarrolla con sus libros, así como con otros objetos, especies y personas. En ese sentido Carolina no sólo es ella, sino deviene de múltiples relaciones viviendo sola que se ubican más allá del espacio. Por lo que podemos hablar de un ensamblaje del ser con muchos, en el que se configura el vivir solas.

En el encuentro con los objetos pero también con otras especies se desarrollan otras formas de habitar, en las que se alteran las dinámicas tradicionales de la casa, su conformación, así como las acciones que hombres y mujeres han desempeñado, y lugares que han ocupado. Por tanto nos alejamos de la construcción normalizada del hogar para originarse o desarrollarse según McKeithen (2017), otros vínculos a partir de los cuáles se diseñan y habitan los espacios de otra manera, al tiempo que cuestionan el vivir “solas” al reconocerse otras agencias y otros actores no humanos.

Por consiguiente esta idea de vivir solas parece ser mucho más compleja, cuando reconocemos y entendemos que todo el tiempo somos con muchos otros, que existe una inseparabilidad de relaciones que se encuentran produciendo nuestra experiencia, y que a su vez se encuentran constituyendo nuestro presente, así como las representaciones y anhelos de la manera en que queremos vivir a futuro.

### **3.2.2 Los objetos en las relaciones con otros**

Los objetos no sólo se encuentran produciendo la experiencia de habitar, sino que a su vez determinan las relaciones con otras personas parejas, familias, amigos, amigas, entre otras. Arlander (2014) en diálogo con el concepto de intra-acción de Karen Barad, analiza como la agencia de los objetos es posible gracias la entramado de relación en el que estos se encuentran, por tanto en las relaciones con nuestras familias estos se encuentran determinando y produciendo dichos vínculos. Las relaciones familiares con estos se transforman, se fortalecen o por el contrario se debilitan, por lo que además de hacer posibles los encuentros familiares desde el vivir solas, a su vez constituyen el tipo de relación que establecemos con nuestras familias.

Para Carolina (34 años), los vínculos que ha establecido con su familia, en especial con su madre dan cuenta de cómo las relaciones de cuidado se extienden y continúan produciendo con los objetos, aún luego de que se encuentra viviendo sola. En el diálogo a diario entre ellas, el celular integra un entramado de relaciones en las que se producen y hacen continuo los controles que se ejercen sobre ella, pues con éste Carolina es localizada en dónde se encuentre y su vida privada puesta en el centro de la comunicación. En estos diálogos el celular y su madre constituyen la vigilancia sobre Carolina, intenta que vaya a almorzar a casa a diario, y la incentiva a que lave su ropa en la casa materna, con lo cuál otros objetos y prácticas se enredan para configurar su vigilancia y control. Carolina se resiste a aceptar estas solicitudes pues considera que de hacerlo perdería su independencia, privacidad y autonomía, ya que a través de su visita diaria para almorzar, para lavar la ropa, tendría que seguir dando cuenta de lo que hace o no, cómo también seguiría desempeñando acciones de cuidado hacia otros en sus constantes idas.

Estos aspectos hacen que Carolina sienta que, a su edad, su madre aun tenga un trato infantil hacia ella. A través de la comunicación por celular, el lavado de la ropa o la invitación frecuente a comer en casa de su madre, estos objetos y haceres constituye junto con la madre de Carolina la vigilancia sobre su ella. Por esto Carolina prefiere establecer distancia con su familia con el fin de disminuir la sobreprotección de su madre. Así, busca arreglárselas sola en la preparación de su comida, lavado de la ropa, reparaciones del hogar, y de más haceres de la casa, con el fin de evitar que su familia siga desarrollando un papel de protección, pero a su vez de control hacia ella.

La historia de Carolina refleja formas de libertad y control que se mantienen a la hora de vivir solas a través de los objetos relacionados con el habitar y en la relación de estos con los haceres en el hogar. Cieraad (2010) señala que para muchos jóvenes salir de la casa paterna y/o materna es un paso a la vida adulta, a la independencia y la autonomía, dónde los objetos permiten y posibilitan dicha realización, por tanto los objetos y los haceres de la casa, así como las experiencias junto con estos, en conjunto forman las sensaciones de independencia pero también de control como en el caso de Carolina.

La alimentación, los arreglos del hogar y haceres como el lavado de la ropa, son actividades a través de las cuales se mantiene el vínculo con nuestras familias, pero son también actividades que al hacerlas nosotras mismas nos empoderan y nos permiten ganar dominio de nuestro espacio y vida propia. En otras palabras, los objetos y los haceres que con ellos realizamos son aspectos significativos con los cuales desarrollamos autonomía, así como la construcción de un hogar para una misma. El control familiar y a su vez el proceso de ganar autonomía se encuentra vinculado a los objetos, y en las acciones diarias que con los cuales hacemos nuestro hogar..

En mi caso, el uso del celular me permite mantener un diálogo frecuente con mi mamá, los mensajes de textos, las llamadas y video-llamadas también posibilitan acciones de vigilancia, por medio de preguntas sobre dónde me encuentro, si ya comí o a qué horas llego a casa, las cuáles reafirman el vínculo de cuidado pero a su vez de control. Sobre esto Silva (2014) da cuenta de la transformación en las relaciones debido a los teléfonos móviles destacando el uso de esta tecnología como herramienta de vigilancia, al ser un artefacto que permite estar en constante visibilidad. Asimismo, evidencia el uso de estos por parte de las madres en el control de sus hijos e hijas, como una nueva forma de vigilancia y dominio sobre estos. De esta manera el celular así como las relaciones con éste, se encuentra transformando las prácticas de comunicación con la familia, al tiempo que se reconfiguran los afectos, el cuidado, los lazos, como también las dinámicas de control.

Para Martha las tecnologías con las que habita ha posibilitado aunque de manera diferente constituir los lazos con su familia y amistades. Sin importar la distancia el contacto con ellos y ellas se mantiene. El cuidado se rehace también con sus amigas, se hablan a diario para saber cómo se encuentran, como también para acordar verse con ellas. Por tanto el celular se ha convertido en un objeto muy importante, lo usa todo el tiempo y ahora más desde que su hija se fue y Martha quedó viviendo sola. No sólo es el principal medio de comunicación que la mantiene cerca a su hija, familia, pareja y amigas, sino que se ha convertido en su principal compañía, come mirando el celular, y vive pendiente de éste cuando realiza las labores del hogar. Por lo que la compañía también se hace otra. Pasa tiempo en casa chateando con su hija y sus amigas, mirando las redes sociales, el correo y aprendiendo recetas de cocina a través de videos por

internet. Me confesó que es lo último que mira antes de acostarse, así como lo primero que revisa al levantarse.

La relación de Martha con su celular no sólo pareciera darle sentido a su vida y a sus relaciones, sino, como argumenta Silverstone (2006), rompe los límites del hogar, pues los usos que le da le permiten mantener las relaciones que en el hogar se establecen. Por ejemplo, con el celular puede seguir pendiente de su hija, de sus plantas y de sus mascotas independiente de a dónde se desplace, pues tiene manera de comunicarse con quienes las cuidan por ella y así mismo puede estar en contacto con su hija ahora que no vive con ella, como si ella siguiera a la vuelta de la esquina y eso le genera mucha tranquilidad.

El celular le ha permitido establecer vínculos y afectos con su hija y demás familiares. Tiene un grupo familiar de whatsapp a través del cual habla con sus hermanos y se informa acerca de cómo están. Asimismo se comunica con su pareja a diario y con sus amigas del gimnasio con las cuales planean salidas constantes. Es tal el uso que hace de este dispositivo en su casa que para lograr desconectarse un poco antes de acostarse lo apaga para así descansar.

Esta relación con el celular da cuenta de cómo en el vivir solas se establecen fuertes conexiones con diferentes tecnologías digitales. Gina, por ejemplo, se siente consumida por las redes sociales al punto de sentir que la enferman, esto la ha llevado a apartarse de su celular, para así, por ejemplo, leer más. Por consiguiente a pesar de que nos encontramos viviendo solas en las relaciones con estos se construyen otros apegos, compañías pero también experimentamos tensiones.

Conviene subrayar, que un hogar unipersonal se construye en las conexiones con los objetos tecnológicos, en el caso de Martha, quien dice estar conectada al celular todo el tiempo, ella con los objetos conforma un ensamblaje en el que hace su cotidianidad. Este objeto se encuentra presente en la cocina, en el comedor, en el baño o en la habitación, rutinas que no serían lo mismo o no significarían lo mismo sin la presencia del celular, razón por la cual retomando al Latour (2005), podemos entender como el celular integra un de red con otros objetos y personas, los cuales posibilitan las acciones cotidianas.

Siguiendo con esta idea, al Gina sentirse afectada e imbuida por la constante presencia del celular prefiere apartarlo para relacionarse con otros objetos. Situación en la que se evidencia el agenciamiento que tienen los objetos en nuestras vidas, los conflictos y tensiones que estos dispositivos nos generan en el vivir solas, y que en ocasiones reivindican o nos recuerdan las formas tradicionales de habitar, que se instauran en los vínculos y relaciones meramente humanas.

No obstante, tal como se evidencia en el texto de Silva (2014), las tecnologías móviles cómo los celulares se encuentran interviniendo y transformando la manera en que nos relacionamos. Nuestra intimidad y nuestras relaciones familiares y amorosas, e incluso las relaciones que tenemos con nosotras mismas se reconfiguran. La privacidad se resignifica debido a éstas, al punto de que el continuo monitoreo a través de las tecnologías en especial de la comunicación, se convierte en ocasiones en una afectación clara contra nuestra independencia e intimidad. Allí el control traspasa el umbral de lo humano y se configura en la relación con las tecnologías de la información, con las que a su vez la experiencia de seguridad y compañía también se hace otra. De esta manera, se replantea también el habitar tradicional o hegemónico, pues allí se re configura la experiencia de vivir en un hogar unipersonal, en dónde los mensajes, las llamadas, la vibración, los sonidos, se convierten en las formas en que nos comunicamos y habitamos en este espacio.

- Las relaciones de pareja y los objetos, desde el vivir solas

Desde el vivir solas nuestras relaciones de pareja también se configuran a partir del espacio y los objetos. Ellos modifican nuestros espacios y rutinas y definen las construcciones y relaciones de género. Sobre esto Henrietta Moore (citada por Linda McDowell, 2000) expresa como los espacios son una especie de texto que se escribe y rescribe todo el tiempo en las interacciones entre hombres y mujeres, por tanto estos se hacen en la medida en que nos rebelamos o reproducimos roles socialmente determinados a desempeñar en los espacio públicos y privados, según el género. En el vivir solas, nuestros espacios se transforman tras habitar por momentos con otros, así como habitando con nosotras mismas. Aquí quiero resaltar que me estoy refiriendo a la dimensión material del espacio y en ella a los objetos que le constituyen.

*La cocina siempre está llena de desorden, y no dejo que la gente entre. Ni siquiera mi pareja. No me gusta que él este en la cocina, porque está desordenada y a mí me da pena. No me gusta que él vea mi desorden. Cuando él está en la casa me gusta que la casa esté limpia. En ocasiones cuando me visita me dice que parezco una gallina culeca, y yo le digo déjeme arreglar un poquito. Que día si me dijo Ángela está oliendo mucho a perro, en qué le ayudo, pero pues era porque no había tenido tiempo de limpiar por el trabajo. (Ángela, octubre 2016).*

Al compartir nuestros espacios con nuestra pareja, al ver televisión, compartir la cama, la cocina, hacer de comer, escuchar música, realizar en ocasiones los quehaceres del hogar, usar juntos el mismo baño, se posibilitan encuentros íntimos que se desarrollan a partir de los objetos y los haceres en el hogar. En esos momentos, se experimenta la casa de maneras diferentes a cuando estamos solas. Tal como lo expresa Ángela en el párrafo anterior, se disfruta del espacio y los objetos que lo componen de otra manera, pero también pueden experimentarse tensiones; podemos sentirnos incómodas ante la presencia y costumbres de nuestras parejas, así como por momentos podemos desempeñar roles normativos de la feminidad y masculinidad, en relación con el espacio.

Las rutinas que establecemos con nosotras mismas se ven modificadas al convivir por momentos con nuestras parejas. Asumimos tareas de cuidado y limpieza que generan por momentos mayores quehaceres a los realizados habitualmente estando solas. Dejar la ropa tirada, no lavar los platos, cocinar para dos personas, no levantar el bizcocho del baño, etcétera, denotan usos distintos de los espacios, que encarnan en ocasiones prácticas heteronormativas del habitar, y que en el vivir solas deshacemos frecuentemente, por tanto, es común establecer compromisos con nuestras parejas en nuestra casas.

La presencia de nuestras parejas en el espacio transforma nuestras rutinas, altera los espacios y las relaciones con los objetos, así como con los nos humanos. Se configura de nuevo el habitar, la intimidad es otra, es también material, humana y no humana. La sexualidad cambia, la compañía cambia, el espacio alberga a dos personas, los sonidos son otros, se hace y deshacen las construcciones heteronormativas del género en el habitar con ellos. En las relaciones con nuestras parejas se desordena el habitar, en este

nuevo escenario se mueve a su vez el género. Siguiendo a Butler (2007) en estas relaciones fabricamos todo el tiempo feminidades convencionales y no convencionales a través del hacer hogar, a partir de los múltiples encuentros que allí establecemos. Actuamos conforme nos sentimos y nos relacionamos, pero también acorde a las construcciones de género de la ficción social heterosexual que se halla también en la materialidad de la casa.

Carolina, por ejemplo, ha establecido acuerdos con su pareja con el fin de evitar conflictos así como una mayor carga en las tareas de la casa, y a su vez generar otras formas de compartir el espacio. De esta manera, si uno cocina, la otra persona lava la loza o lo contrario. En mi caso la ropa que mi compañero deja debe organizarla en determinado lugar de la casa, y si se encuentra sucia debe lavarla. Aspectos en los que pueden evidenciarse también relaciones de poder en el espacio. No obstante, también se reproduce cierta construcción social de lo femenino, cuando ante ellos desarrollamos actividades que han constituido roles centrales de las construcciones normativas del hogar, como la limpieza y la atención. Ellos, al igual que nosotras, también encarnan ciertos roles en este lugar, al considerarlo por momentos un lugar para su descanso y atención, pero también porque allí en ocasiones desempeñan actividades relacionadas con el mantenimiento físico de la casa, como adecuaciones y reparaciones.

Munro & Madigan (1999) explican como en el habitar en la relación con el espacio se experimentan limitaciones impuestas por el lugar, así como por las relaciones con otras personas, que allí se desarrollan. En otras palabras, en el habitar con otros no sólo se producen modificaciones en el espacio, sino que a su vez las relaciones en el hogar, y por ende de género se ven transformadas. Se establecen negociaciones en el espacio, y asumimos papeles que normalmente no encarnamos cuando estamos solas. Por tanto, desde y a través del espacio y su materialidad, se hace posible la convivencia con nuestras parejas con las cuáles reproducimos o nos resistimos a las limitaciones impuestas tanto por el diseño físico de la casa y por las construcciones socialmente establecidas del hogar.

Trost & Levin (1999) plantean que algunas mujeres que no cohabitan con sus parejas tienen razones claras de esa no cohabitación: La falta de independencia y libertad y a las actividades feminizadas que deben desempeñar por y para estos, como cocinar, y tener

la casa confortable y habitable, es algo que consideran que deben realizar viviendo juntos, cuando generalmente en su casa poco se preocupan por este tipo de cosas. De esta manera, es notable como las relaciones de pareja se hayan determinadas e insertas en las relaciones socioespaciales, las cuáles se encuentran a su vez definiendo las construcciones y relaciones de género. Encarnamos feminidades tradicionales pero también las trastocamos, en el vivir solas y en el compartir nuestros espacios con la pareja, en el hacer juntos domesticidad, se transforman los roles de nuestras parejas.

Para concluir el espacio en su dimensión material es un actor central en el habitar, determina nuestra experiencia de vivir solas. En el espacio de la casa, en las interacciones diarias devenimos con diferentes materialidades creando y dando sentido a nuestro hogar. No obstante, en esta interacciones objeto- espaciales, también se desarrollan y se propician los encuentros con otras personas, como la familia y pareja, quienes entran a su vez a ser parte de ese ensamblado complejo de relaciones, en las que se hacen y reproducen las construcciones y relaciones de género. En este entramado de relaciones nos construimos y deconstruimos como mujeres, experimentamos y vivenciamos libertades, pero también controles, que llenan de complejidad el vivir solas.



## **4 Conclusiones**

### **4.1 Habitando con una misma**

Los motivos que nos llevaron a vivir solas o a desear tener un espacio propio, yacen en las construcciones de género que se encuentran y materializan en el espacio de la casa. Vivir con nuestras familias, parejas, u otras personas, así como relacionarnos con determinado espacio, se encuentra permeado por órdenes sociales que nos dicen cómo las relaciones y los espacios tienen una manera particular de experimentarse según los cuerpos. Si eres hombre o si eres mujer se vivencian maneras diferentes de habitar. Desde la infancia en nuestra casa nos inscribimos en jerarquías y relaciones de poder, que se expresan en controles y vigilancias, que definen o demarcan el lugar a ocupar allí. Así, los espacios y los lugares se estructuran sobre órdenes de género que son aprendidos y repetidos desde la infancia. Por consiguiente, los niños a través del juego se van incorporando en espacios fuera de la casa y las niñas se apropiarán de algunos lugares dentro de la misma. A cada quien, además, se le prepara para desarrollar normas sociales impuestas a cada sexo. Estos aspectos se mantienen y se reflejan en los controles y vigilancias que experimentamos a lo largo de nuestras vidas.

Para algunas de nosotras, vivir ciertos controles del espacio, en los que se define un lugar de lo femenino al interior del hogar ha sido algo recurrente. Pues el tener que realizar los quehaceres del hogar, el no poder decorar a nuestro gusto el espacio, el sentirnos limitadas para acostarnos a leer en el sofá de la sala, son formas de regulación y control que constituyen el género, en el espacio y que lo habita tanto como en quienes lo habitamos. Los espacios y lugares conforman, reflejan y afectan el género y por tanto hacen la identidad también. Razón por la que cuando establecemos otras relaciones con el espacio, por ejemplo, en el vivir solas, también generamos una afectación en lo que somos. Siguiendo a Massey (1994), además de que el espacio y el lugar son importantes en la construcción de las relaciones de género, estos también son substanciales en la

lucha para cambiarlas, por lo que vivir solas puede experimentarse como una manera de resistencia a dichos controles.

Las situaciones de control por parte de quienes ocupan socialmente un lugar de privilegio, por ejemplo, padres, madres, dueños de casa, parejas y demás, quienes generalmente determinan que es lo que se hace allí, supone experimentar relaciones de poder y de género, dónde el control se da en la relación con los objetos, en lo material del espacio, como en el tiempo y en las relaciones que constituyen esa materialidad. Es decir, en el vivir con otros vivenciamos acciones que regulan, por ejemplo, qué podemos poner en ciertos lugares, los usos que se deben de los espacios, la regulación de nuestro tiempo, así como de nuestras acciones. Por lo que en ocasiones, dormir hasta tarde es una actividad regulada por estos, como también la asignación de funciones como el tener que cuidar de otras personas, roles que son atribuidos a las mujeres. la casa, los lugares y sus usos materializan ideas particulares sobre lo femenino y masculino, los cuales alimentan el sentido de hogar y constituyen el espacio mismo.

Así, las actividades de cuidado y trabajo doméstico que llevamos a cabo las mujeres cuando habitamos hogares compartidos, se encuentran constituyendo una idea de lo femenino. Ésta se alimenta de las regulaciones sobre nuestro cuerpo y nuestra conducta, mediante los controles de nuestras relaciones amorosas, laborales, y de amistad. Por consiguiente, en el hogar familiar o compartido con parejas, o con otras personas, es común que nosotras experimentemos mayores restricciones sobre nuestras relaciones en comparación con los hombres, sean estos hermanos, padres, primos y hasta parejas. Estos factores alimentan de forma significativa el deseo de vivir solas, por lo que se convierten en ocasiones en las razones principales para habitar un hogar unipersonal, como el evadir las situaciones de control que experimentamos. Las circunstancias que aquí se narran dan cuenta de cómo para muchas de nosotras, vivir solas tiene presente el deseo de gestar un espacio propio, un lugar en el que podamos tomar nuestras propias decisiones, pero también un espacio que puede liberarnos de las connotaciones de cuidado y trabajo, y con ello trastocar las representaciones del lugar de lo femenino en el hogar. Por tanto hacemos de este un lugar en el que experimentamos otras sensaciones, pero también otras relaciones y otros espacios, que en conjunto llamamos a hogar.

Por consiguiente, las relaciones que establecemos con el espacio cuando vivimos solas y en especial con aquellos objetos y cuerpos más que humanos que también lo habitan con nosotras son significativas, ya que es a través de ellas es que se experimentan otras formas de habitar y de constituir un hogar. Plantas, mascotas, objetos decorativos y dispositivos tecnológicos, así como la forma en que organizamos los espacios de la casa nos permiten establecer otras relaciones con nosotras mismas, nos posibilitan experimentar mayor autonomía e independencia, pero también otras formas de responsabilidad, junto con los cuales creamos nuestro propio sentido del hogar.

En el vivir solas puede subvertirse la voluntad de las mujeres a desarrollar funciones domésticas, cómo también de manera temporal o permanente llevar una vida no definida por la familia, o por la pareja. Así mismo, tener un mayor control y dominio de una misma, que también puede fortalecer la exposición en el espacio público. En otras palabras, en la apropiación que hacemos de los espacios, y de nosotras mismas, en el vivir solas, también pueden verse fortalecidas nuestras acciones en el espacio público, en cuanto a la toma de decisiones, autonomía e independencia.

En el espacio, y allí, en la relación con los objetos y otros no-humanos que tiene lugar en la domesticación que realizamos de éste cuando vivimos solas, se generan afectaciones en nosotras mismas. En esta relacionalidad humana y más que humana que hace el habitar solas, usamos los espacios según nuestros deseos y posibilidades y también experimentamos por parte de estos, ciertas coerciones. Y es que las formas de control y vigilancia también traspasan el umbral humano para inscribirse en los espacios y en los objetos.

De esta manera, los objetos que compramos, traemos con nosotras y/o nos regalan, con los cuáles adecuamos y nos apropiamos del espacio, también pueden hablar del tipo de relaciones que tenemos con otras personas. Nos recuerdan ciertas situaciones o momentos de nuestras vidas, y encarnan representaciones futuras del habitar. En otras palabras, los objetos y otros seres más que humanos aún en el vivir solas, recuerdan y llegan a extender formas de control. Por ejemplo, las toallas que nos regalan nuestras madres dan cuenta de su presencia latente y de su comprensión de hogar y de feminidad en nuestras vidas y en nuestros espacios. Estos objetos y otros encarnan relaciones de control y dominio más allá de los encuentros entre los sujetos. En estas

relaciones humanas y más que humanas convergen construcciones de género en las que a través de plantas, animales y cosas se configuran formas particulares de feminidad.

La relacionalidad que allí construye en la que hacemos y somos con los no humanos, se encuentran mediando la construcción de un espacio propio. En el vivir solas, hacemos de éste un lugar nuestro a través de las rutinas y usos que le damos a cada espacio del hogar, por su parte los objetos, los lugares, la arquitectura de la casa nos recuerda también la división sexual del trabajo y su dimensión espacial, por lo que viviendo solas negociamos todo el tiempo con los espacios. Caballero (2016) explica esta división social del espacio, argumentando cómo la vivienda es un lugar en la que se materializa a través de su arquitectura, desigualdades sociales en las que se configura principalmente un sujeto feminizado hacia espacio interiores privados, confinados e invisibilizados.

Para el autor al igual que para Bourdieu los espacios públicos y privados son sexualizados o se encuentran divididos en una dicotomía sexual, por esta razón la casa al igual que la ciudad, o el espacio público, es un constructo físico y abstracto, afectivo y material, que no sólo guarda un lugar central para la figura masculina sino que a su vez configura una representación espacial marginal de lo femenino. Elementos que reflejan como las construcciones de género, cómo del espacio cruzan las fronteras publico-privado para dar cuenta de una continuidad entre estos espacios.

Por consiguiente la vivienda guarda un orden social que se inscribe o continua en el vivir solas sin embargo en los usos y significados que le otorgamos al espacio en nuestro habitar estos órdenes se resignifican. Se crean otras formas de habitar en las relaciones con los objetos, con otras especies, así como en las relaciones fuera de casa con nuestra familia, pareja, vecinos, amigas, amigos y demás, las cuales desbordan a su vez el espacio geográfico de la misma. De esta manera, se configura un ir y venir constante en el vivir solas, en el que rehacemos las construcciones de género, así como el espacio.

## **4.2 ¿Pero... qué tan solas vivimos?**

En el vivir solas trastocamos los órdenes sociales que espacialmente nos recuerdan cómo debemos vivir, las relaciones que allí establecemos desafían las maneras

heteronormativas del habitar y la división público–privado, por medio de relaciones ecológicas que allí construimos. La manera en qué nos relacionamos con las otras personas desde el vivir solas también modifican las formas socialmente establecidas que conforman un hogar, en el que los dispositivos tecnológicos se encuentran posibilitando dicha experiencia.

Por consiguiente, ¿qué tan solas vivimos cuando habitamos hogares unipersonales con nuestras mascotas y plantas, y en el que estamos en permanente relación con los objetos, así como con los demás a través de medios tecnológicos? Habitar con los no humanos se encuentra reconfigurando formas tradicionales del habitar y con ello formas humanas de conformar un hogar. En estas formas nos reconocemos con y desde otros. Interactuamos y generamos junto con ellos vínculos, nuestras acciones también son determinadas por nuestros gatos, perros o plantas, así como por los objetos. En otras palabras, las relaciones que establecemos en el espacio del hogar son sostenidas por las interacciones complejas entre las entidades humanas y no humanas, desde ellas emergen sensaciones, fuerzas, afectos, que intervienen conjuntamente en lo que somos y la forma como vivimos.

Tal como lo explica McKeithen (2017) la noción de hogar se ve reconceptualizada en la relación con la naturaleza, ya que los vínculos que establecemos con ella re habitan los ideales normativos de nuestras acciones cotidianas. Así, el mantenimiento del hogar se desarrolla a través de lazos y compañías multiespecies, en dónde interactuamos con agencias más que humanas. En otras palabras, en el vivir solas convivimos con otros seres no humanos con los que en conjunto construimos un hogar, y con ello rutinas y compañías. En estas relaciones ellos y nosotras llevamos a cabo acciones diarias con las que domesticamos el hogar, al tiempo que damos sentido al mismo; reinventamos otras formas de habitar a través de las cuáles replanteamos el qué tan solas vivimos, cuando convivimos ante la presencia de estos, sus actuaciones, sus compañías, su corporalidad y materialidad.

Asimismo, las relaciones con las tecnologías, también se encuentran reconfigurando las compañías más allá de las relaciones humanas; las relaciones materiales con estos dispositivos se encuentran, a su vez, configurando y constituyendo el hogar. A diario, a través de estos artefactos no sólo nos comunicamos con otras personas, sino también

con nosotras mismas. Pasamos tiempo a solas con estos dispositivos, ellos, a su vez, replantean y posibilitan las relaciones familiares, de pareja y de amistad, pero también la experiencia misma de habitar.

Las tecnologías rehacen o reproducen las relaciones de género en el vivir solas, pero también replantean las compañías, las comunicaciones, y los lazos afectivos. Retomando a Lagesen (2012) las relaciones entre humanos y entidades no humanas se unen como actores y establecen nuevas rutinas, así como nuevas sensaciones de confianza, poderío y autonomía. En efecto, las relaciones con las tecnologías potencian y transforman las relaciones con el espacio, pero también con una misma. Por lo tanto en las relaciones que establecemos nos construimos en una ecología con estos y las agencias que se desenvuelven (Arlander, 2014), que constituye el género, como la experiencia de vivir en un hogar unipersonal.

Así, las fronteras entre lo personal y lo colectivo parecieran dilucidarse, cuando desde el vivir solas en las relaciones que establecemos con los no humanos, así como con los objetos y/o tecnologías digitales u artefactos electrónicos, se replantean las formas tradicionales en las que se constituye un hogar, pues por quienes se componen la casa, la familia o los vínculos, así como las rutinas que establecemos, los afectos que construimos, y las compañías que allí se desarrollan, descentralizan lo humano para ubicarse en otro lugar desde el cual se producen otras sensaciones, emociones y experiencias del habitar. Por tanto, en el vivir solas, lejos de estar solas, construimos todo el tiempo un espacio propio que replantea las relaciones con lo otro y la concepción más que humana de éste. Razón por la que un hogar unipersonal, más que un hogar en soledad, es un espacio que se desarrolla en constante interacción con otros más que humanos, lo que reconfigura la idea de lo personal y lo colectivo.

En conclusión, en el vivir solas o en el vivir más que solas re-habítamos los hogares, los espacios, así como lo doméstico, les hacemos, nos hacemos con otros actores y otras agencias. En esta relacionalidad se construyen formas del hogar en las que significamos los modos normativos de la casa en el ensamblaje de lo natural, material y lo humano. Por tanto en el vivir más que solas se replantean las divisiones sexuales, las fronteras

público y privado, los roles, las relaciones meramente humanas, en las que se re-hacen a su vez las construcciones heteronormativas del habitar.

### 4.3 ¿Vivir sola en el futuro?

Para muchas de nosotras, vivir solas no es lo que esperamos en el futuro. Estos espacios propios se conciben como transitorios mientras se consigue una pareja con la cual compartir o llegar a la vejez, o mientras tenemos hijos o hijas. Sin embargo, para otras de nosotras el futuro es una temporalidad poco clara. La edad, el momento de vida en que nos encontremos, o nuestra situación económica pensamos el futuro de manera distinta. En cualquier caso, las representaciones que tenemos de cómo habitar también se hayan vinculadas a nuestras experiencias previas, a remembranzas de la infancia que marcan nuestros ideales de vida.

Para Cieraad (2010) los objetos, así como los espacios, no sólo reviven recuerdos de experiencias y hogares pasados, sino también vinculan las vivencias actuales con la construcción de hogares futuros. De esta manera, las memorias que tenemos de las casas en que vivimos en nuestra infancia y adolescencia, las relaciones que establecimos allí, los objetos con los que habitamos, influyen en la forma en que habitamos ahora y las proyecciones que tenemos en el futuro. La autora explica como los recuerdos de la casa de la infancia son un punto primordial de referencia en las proyecciones de casas futuras, esto sin importar que las experiencias vividas en esa etapa de nuestras vidas hayan sido negativas o positivas. Por ejemplo, las mujeres en que se basa esta investigación están marcadas por las experiencias de habitar casas grandes y en ocasiones rurales, así como ambientes familiares. Estas experiencias determinan sus formas de vida actual, y por ende el vivir en ciertos lugares se convierte para cada una en algo que vemos como permanente o como transitorio.

Asimismo, los recuerdos que tenemos de los vínculos con las mascotas, plantas, así como con ciertos objetos o las experiencias relacionadas con estos se encuentran a su vez ancladas a las memorias. En mi caso la experiencia con el control del espacio por parte de mi padre en la tenencia de mascotas marcó en mí una clara representación del habitar hacia el futuro. Un futuro espacial que no sólo interviene en el vivir solas, y con ello en la construcción de un espacio propio, sino que a su vez incide en el deseo de

compartir y conformar un hogar en relación con gatos o perros. Memorias que a su vez se encuentran incidiendo en las relaciones y construcciones de género que allí hacemos, pues a partir de dichas vivencias no sólo formamos representaciones del habitar sino también de identidad.

Estos recuerdos se inscriben en la manera en que queremos vivir en relación con otros, por ejemplo, el querer habitar espacios grandes y con zonas verdes, también en ocasiones se vincula con la conformación de una familia. En ese sentido, los lugares se estructuran sobre la base del género y también le estructuran. Esto ocurre en la experimentación de relaciones con nosotras mismas y con otros más que humanos en el vivir solas. Allí, las formas de habitar y las tensiones que constituyen el habitar, hacen que vivir solas en el futuro sea algo deseado o no. Es de señalar, que cuando el futuro no contempla el vivir solas, esta experiencia deja consigo que en el vivir en pareja se espere seguir disfrutando de independencia y autonomía.

Las representaciones que tenemos del habitar se inscriben en órdenes sociales y culturales que incluyen los órdenes de género. Estas representaciones median las experiencias del habitar y resignifican lo que es vivir en un hogar unipersonal. Por tanto, las creencias, costumbres, vivencias, sensaciones y emociones, así como el lugar que socialmente ocupamos como mujeres, y las relaciones que establecemos con las personas, espacios, objetos y no humanos, generan percepciones e ideas de cómo queremos habitar en el futuro.

En consecuencia, nuestras relaciones familiares, experiencias amorosas, ideales de estilos de vida modernas, las construcciones de feminidad, entre otras, se reproducen en nuestros deseos de vivir de determinada manera. En algunos casos vivir solas se sigue viendo como un deseo y en ocasiones se piensa como una forma alternativa de vivir; como por ejemplo convivir con una pareja pero en viviendas independientes. De otro lado, vivir con mascotas y plantas también se convierte en un factor relevante en el futuro, sea en compañía de otros humanos o no, el compartir espacios a futuro con estos seres más que humanos se visualiza como compañías esenciales en la conformación de un hogar en el futuro.



- Reflexiones finales

Si bien a lo largo del trabajo se cuestiona el vivir solas o lo unipersonal del hogar cuando evidenciamos que cohabitamos junto con otros seres y objetos que trastocan lo humano, queda la inquietud sobre cómo nombramos este habitar más que solas; y aunque en los diálogos con las mujeres se reconocen esos otros, nuestras mascotas, objetos, así como los lazos que se mantienen con otras personas, el vivir solas sigue siendo la manera que denominamos la manera en que habitamos, lo cual refleja la centralidad de lo humano o el reconocimiento social e histórico de lo humano en la conformación del hogar. No obstante podríamos aquí decir que habitamos un hogar unipersonal, un hogar compuesto por una única persona o humano, en un espacio determinado, pero en el que cohabitación con otros no humanos.

Sin embargo, aunque nos nombremos desde el vivir solas, en el hacer el espacio, en la forma en que lo domesticamos, las relaciones que establecemos, las rutinas que allí realizamos, así como las resistencias y la manera en que estas experiencias tocan nuestra identidad, podemos decir que a partir de nuestras vivencias desarrollamos un hacer feminista del espacio. Desde allí el espacio desborda su marco geográfico para ser un concepto que como lo expresa Karsten & Meertens (1992) remite a nociones de autonomía e identidad, al tiempo que en el hacer reconocemos un proceso histórico complejo, desigual pero también cambiante que se enmarca en la vida de las mujeres.

De esta manera en la experiencia de las mujeres que habitan hogares unipersonales, se reconocen vivencias previas marcadas por relaciones de poder que constituyen el espacio y el género. Formas de control sobre el cuerpo, la sexualidad, las decisiones, el tiempo libre, entre otras, por parte de nuestras familias, parejas u otras personas con quienes convivimos. En el habitar un hogar unipersonal, todas estas relaciones se revelan y cobran sentido, al punto que llegan a hacer un espacio propio, en donde experimentamos otras libertades, otras formas de hacer y de ser, y desde el cual reconocemos y nos construimos junto con otros no humanos, todo ello son vivencias que determinan no sólo nuestro presente, sino nuestros anhelos futuros.



## A. Anexo: preguntas orientadoras y momentos de la investigación.

Primer momento: entrevista o conversación previa				
Objetivo General	Categorías de análisis	Pregunta Central	Subpreguntas	
			Primer nivel	Segundo nivel
Experiencia de las mujeres que viven solas	Motivos	¿Quiénes son estas mujeres?  ¿Cómo deciden ó llegan a vivir solas?	¿Cuántos años tiene?	¿Hace cuánto vive sola?
			¿Tiene hijxs?	¿Ha vivido sola antes?
			¿En qué lugar vive (estrato, localidad o barrio)?	¿Por qué no vive con otras personas?,
			¿Desde hace cuánto vive allí?	¿Le gustaría hacerlo?,
			¿En qué trabaja o a qué se dedica?	¿Alguien se lo ha propuesto?

			Motivos /razones que la llevaron a vivir sola o a no compartir su vivienda con otra persona.	¿Cómo llega al lugar en el que vive?  ¿Cuánto tiempo a diario pasa en la casa?
	Percepciones y tensiones	<p>¿Cómo ha sido la experiencia de vivir sola?</p> <p>¿Qué dificultades físicas y emocionales se han presentado desde que vive sola?</p> <p>¿Cómo ha cambiado el vivir sola las relaciones con otras personas?</p>	<p>¿Qué es lo más le gusta de vivir sola?</p> <p>¿Qué ha sido lo más difícil de vivir sola?</p> <p>¿Qué significa vivir sola?</p> <p>¿Qué siente al vivir sola?</p> <p>¿Cree que en el futuro le gustaría vivir sola?</p>	¿Qué opinan las personas cercanas a usted de que viva sola?

			¿El vivir sola que nueva relaciones ha generado?	
--	--	--	--	--

Segundo momento: cartografía del espacio doméstico.				
Objetivo General	Categorías de análisis	Pregunta Central	Subpreguntas	
			Primer nivel	Segundo nivel
Experiencia de las mujeres que viven solas	Relaciones humanas y no humanas	¿Cómo estas relaciones dan sentido o determinan la experiencia de vivir sola?	<p>¿Qué representa este lugar para usted?</p> <p>¿Qué hace que este espacio sea su hogar o lo sienta propio?</p>	<p>¿Cuáles son los lugares de la casa que más le agradan?</p> <p>¿Cuáles son los lugares que menos le gusta?</p> <p>¿Cuáles son los lugares o cosas más significativas?</p> <p>¿Cuáles son los espacios que más disfruta?</p> <p>¿Qué objetos o espacios la hacen sentir acompañada o cobijada?</p>

				¿Cuáles son los espacios en los que más tiempo pasa?
--	--	--	--	--

Tercer momento: cierre				
Objetivo general	Categorías de análisis	Pregunta Central	Subpreguntas	
			Primer nivel	Segundo nivel
Experiencia de las mujeres que viven solas	Relaciones humanas y no humanas	<p>¿Cómo el vivir sola ha determinado cierta relación con los objetos y/o espacios?</p> <p>¿Cómo estos objetos y/o espacios configuran el vivir sola?</p>	<p>¿Qué significado se le dan a los objetos o espacios retratados?</p> <p>¿Qué representa para usted aquello que no se registra o no aparece?</p> <p>¿Qué emociones o sensaciones les generó tomar las fotografías?</p>	<p>¿Por qué se escogieron ciertos espacios o elementos para ser fotografiados?</p> <p>¿Por qué no se eligieron otros?</p> <p>Otras preguntas según las fotos....</p>

## Bibliografía

Alborch, C. (1999). Solas: gozos y sombras de una manera de vivir. Madrid: Temas de Hoy.

Alcaldía Mayor de Bogotá (2014). Informe de Demografía, población y diversidad: hacia la inclusión y la equidad en Bogotá. Secretaría Distrital de Planeación, Bogotá.

Arango, L. & Molinier, P. (2011). El trabajo y la ética el cuidado. Bogotá: La Carreta Editores - Universidad Nacional de Colombia.

Archambault, J. (2016). Taking Love Seriously in Human-Plant Relations in Mozambique: toward an anthropology of affective encounters. *Cultural Anthropology*, 31(2), 244–271. Recuperado de <https://culanth.org/articles/808-taking-love-seriously-in-human-plant-relations-in>

Arlander, A. (2014). «De la interacción a la intra-acción en la performance del paisaje». En: Revelles, B., González A., Nardini, K. (coord.). «Nuevo materialismo feminista: engendrar una metodología ético-onto-epistemológica». *Artnodes*. (14), 26-34. Recuperado de <https://artnodes.uoc.edu/articles/10.7238/a.v0i14.2410/galley/2517/download/>

Arriagada, I. (2017, Julio, 13). Familias latinoamericanas: cambiantes, diversas y desiguales. *Papeles de Población*. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=11205302>

Barad, K. (2003). Posthumanist Performativity: Toward an Understanding of How Matter Comes to Matter. *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 28(3), 801–831. Recuperado de <http://doi.org/10.1086/345321>

Baylina, M. (1997). Metodología cualitativa y estudios de geografía y género. *Documents de' Anàlisi Geogràfica* (Universitat Autònoma de Barcelona), (30), 123-138.

Bergman, D. (2017). Género y vivienda: Una perspectiva arquitectónica. *COENCUENTROS Revista Digital*. Recuperado de <https://coencuentros.es/genero-vivienda-una-perspectiva-arquitectonica/>

Bhatti, M., Church, A., Claremont, A., & Stenner, P. (2009). I love being in the garden, enchanting encounters in everyday life. *Social & Cultural Geography*, 10(1), 61-76. Recuperado de <http://dx.doi.org/10.1080/14649360802553202>

Bourdieu, P. (2000). Una imagen aumentada. En Pierre Bourdieu. *La dominación masculina*. Barcelona: Editorial Anagrama, 17-71.

Butler, J. (2007). Actos subversivos corporales. En: *El género en disputa, el feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Editorial Paidós, 173-276.

Caballero, J. (2016). Los criterios de diseño arquitectónico de la vivienda moderna desde la perspectiva de género. *Debate Feminista* 51, 36-49. Recuperado de <https://doi.org/10.1016/j.df.2016.03.002>

Cámara Argentina de Agencias de Medios (2011). *Informe Especial: hogares unipersonales*. Recuperado de <http://www.agenciasdemedios.com.ar/novedades/informes-especiales/hogares-unipersonales/>

Casas, A. (2004). *Niñas, dicen que estamos en casa. Memoria del habitar de las mujeres, 1958. Urbanización el Polo Club y otros proyectos*. Universidad Nacional de Colombia, Colombia.



Cieraad, I. (2010) Homes from Home: Memories and Projections, *Home Cultures*, 7(1), 85-102.

Cieraad, I. (1999). Introduction: Anthropology at Home. Cieraad, I. (Ed.) *At Home: An Anthropology of Domestic Space* (1-12). Syracuse: Syracuse University Press, 1-14.

Chevalier, S. (1999) The French Two-Home Project. En Cieraad, Irene (Ed.) *At Home: An Anthropology of Domestic Space* (pp. 83-94). Syracuse: Syracuse University Press, 83-94.

Departamento Nacional de Planeación (2014). Situación de pobreza y calidad de vida de los hogares en Colombia. *Observatorio de la Familia*, Departamento Nacional de Planeación, Colombia.

Desblache, L. (2007) Las pasiones ecológicas de Sheri Tepper. En C. Velayos (Ed.), *Feminismo Ecológico*. España: Universidad de Salamanca, 53-70.

Neumark, D. (2013) Drawn to Beauty: The Practice of House- Beautification as Homemaking amongst the Forcibly Displaced. En: *Housing, Theory and Society* 30(3), 237-261. Recuperado de <http://dx.doi.org/10.1080/14036096.2013.789071>

Díaz, P. (2015). Hogares unipersonales: la experiencia de vivir solas y solos. *Tendencias y Retos*, 20(1), 145-160. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/5097457.pdf>

Escobar, A. (2000). El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: ¿globalización o postdesarrollo? En: Edgardo Lander (comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 246.

Giglia, A. (2012). *El habitar y la cultura: Perspectivas teóricas y de investigación*. Barcelona: Anthropos.

Gutiérrez, M. (2010). Vida cotidiana y vínculos en los hogares unipersonales. *Tendencias y Retos* (15), 69-81. Recuperado de <http://www.ts.ucr.ac.cr/binarios/tendencias/rev-co-tendencias-15-05.pdf>.

Haraway, D. (2016). *Manifiesto de las especies compañía*. Editorial: San soleil ediciones.

Keith, J. & Michelle, G. (2013) Introduction: Homes, Objects and Things. *Housing, Theory and Society*, 30(3), 213-218. Recuperado de <http://dx.doi.org/10.1080/14036096.2013.814317>

Herrera, C. (2010). El mito de la heterosexualidad desde una perspectiva queer. En: *Coral Herrera Gómez [blog]*. Recuperado de <http://haikita.blogspot.com.co/2010/09/el-mito-de-la-hetersosexualidad-desde.html>

Instituto Nacional de Estadística (2014). *La formas de la convivencia 20º Aniversario del Año Internacional de la Familia*. Recuperado de <http://www.ine.es>

Karsten, L. & Meertens, D. (1992). La geografía del género: sobre visibilidad, identidad y relaciones de poder. *Documents d'anàlisi geogràfica*, (19), 181-193.

Keith, J. & Gabriel, M. (2013) Introduction: Homes, Objects and Things. *Housing, Theory and Society*, 30(3), 213-218. Recuperado de <http://dx.doi.org/10.1080/14036096.2013.814317>

Lagarde, M. (2012). *El feminismo en mi vida: hitos, claves y utopías*. Inmujeres. México, D.F.

Lagesen, V. (2012). Reassembling gender: Actor-network theory (ANT) and the making of the technology in gender. *Social Studies of Science*, 42(3), 442-448. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/41721330>

Latour, B. (2005). Tercera fuente de incertidumbre: los objetos también tienen capacidad de agencia. En B. Latour (Ed.), *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial, 94–127.

Levin, I. (2013). This is for the Children, the Grandchildren: Houses of Moroccan Immigrants in Metropolitan Tel Aviv. *Housing, Theory and Society*. Recuperado de <http://dx.doi.org/10.1080/14036096.2013.782891>

López, C. & y Pujadas, I. (2011). Transformaciones sociodemográficas y territoriales de los hogares unipersonales en España. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles (Asociación de Geógrafos Españoles)*, (55), 153-182.

McDowell, L. (2000). *Género, identidad y lugar: un estudio de las geografías feministas*. Madrid: Ediciones Cátedra.

McKeithen, W. (2017). Queer ecologies of home: heteronormativity, speciesism, and the strange intimacies of crazy cat ladies. *Gender, Place & Culture*, 24(1), 122-134. Recuperado de [https://www.researchgate.net/publication/312926231\\_Queer\\_ecologies\\_of\\_home\\_heteronormativity\\_speciesism\\_and\\_the\\_strange\\_intimacies\\_of\\_crazy\\_cat\\_ladies](https://www.researchgate.net/publication/312926231_Queer_ecologies_of_home_heteronormativity_speciesism_and_the_strange_intimacies_of_crazy_cat_ladies)

Monguilot, C. (2006). Diferencias que importan: Haraway y sus amores perros. *Athenea Digital*. (10), 239-249. Recuperado de [https://www.researchgate.net/publication/28128818\\_Diferencias\\_que\\_importan\\_Haraway\\_y\\_sus\\_amores\\_perros](https://www.researchgate.net/publication/28128818_Diferencias_que_importan_Haraway_y_sus_amores_perros)

Munro, M. & Madigan, R. (1999). Negotiating space in the family home. En Cieraad, Irene (ed.) *At Home: An Anthropology of Domestic Space*. Syracuse: Syracuse University Press, 118-129.

Osorio, L. (2016). Entre divisiones: género y espacialidad. *Among Divisions, Gender and Spatiality*. (33), 112-113. Recuperado de [www.revistas.unam.mx/index.php/bitacora/article/download/57358/50900](http://www.revistas.unam.mx/index.php/bitacora/article/download/57358/50900)

Pérez, I. (2009) La domesticación de la “tele”: usos del televisor en la vida cotidiana. Mar del Plata (Argentina), 1960-1970. *Historia Crítica* (39), 84-105. Recuperado de [http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci\\_abstract&pid=S0121-](http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_abstract&pid=S0121-16172009000300007&lng=es&nrm=is)

16172009000300007&lng=es&nrm=is

Sánchez, R. (2012). La construcción de los sentidos de la casa y el espacio. Breve recorrido histórico. *Espacialidades. Revista de temas contemporáneos sobre lugares, política y cultura*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2(2), 109–128. Recuperado de [http://espacialidades.cua.uam.mx/vol/02/2012/02/06\\_Sanchez.pdf](http://espacialidades.cua.uam.mx/vol/02/2012/02/06_Sanchez.pdf)

Shillington, Laura. (2008). Being(s) in Relation at Home: Socio-natures of Patio Gardens in Managua, Nicaragua. *Social & Cultural Geography*, 9(7), 755–776. Recuperado de [https://www.researchgate.net/publication/233215595\\_Beings\\_in\\_relation\\_at\\_home\\_Socio-natures\\_of\\_patio\\_'gardens'\\_in\\_Managua\\_Nicaragua](https://www.researchgate.net/publication/233215595_Beings_in_relation_at_home_Socio-natures_of_patio_'gardens'_in_Managua_Nicaragua)

Silva, S. (2014). 24 Hours On Air: Gender and Mobile Phones in a Brazilian Low-Income Neighbourhood. *International Journal of Gender, Science and Technology*, 6(1), 165-181.

Silverstone, R. (2006). Domesticating domestication. Reflections on the life of a concept. En: Berker, Thomas (Ed.), *Domestication of Media and Technology*. Berkshire, UK: Open University Press, 129-247. Recuperado de <http://genderandset.open.ac.uk/index.php/genderandset/article/viewFile/309/573>

Toledo, M. & Aguilar, M. (2016). Entre el afecto y las disputas: la casa como espacio laboral feminizado. *Espacialidades. Revista de temas contemporáneos sobre lugares, política y cultura*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, 6 (1), 193-219. Recuperado de [http://www.academia.edu/23644425/Entre\\_el\\_afecto\\_y\\_las\\_disputas](http://www.academia.edu/23644425/Entre_el_afecto_y_las_disputas).

Tros, J. & Levin, I. (1999). Parejas sin domesticidad común. *Desacatos. Revista de Ciencias Sociales*. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=13900204>>

Wilkinson, E. (2014). Single people's geographies of home: intimacy and friendship beyond "the family". En: *Environment and Planning A: Economy and Space* 46 (10), 2452 – 2468. Recuperado de <https://doi.org/10.1068/a130069p>